Serie época



Condenada por tu Amor

Sophie Saint Rose

Condenada por tu amor

Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Lady Esther estaba de rodillas fregando el suelo de la lavandería con un cepillo. Llevaba haciéndolo un par de horas y la espalda la estaba matando por la posición. Se enderezó llevándose las manos a la espalda, cuando una mirada de la lavandera jefe la fulminó. Volvió a la posición rápidamente cogiendo el cepillo pues sabía que como se acercara a ella, se llevaría varios golpes. Reprimiendo las lágrimas observó sus manos cuarteadas y llenas de heridas mientras seguía fregando. Una de las lavanderas pasó frente a ella pisando el suelo fregado y tirando el cubo a su paso. Gimió cogiendo un trapo y enderezando el cubo mientras las lavanderas se reían de ella.

Llevaba así casi seis meses desde que la reina le arrebatara su título y la condenara a trabajar en la lavandería. Había cometido el terrible error de creer a un hombre que decía que la amaba y contradecir las órdenes de la reina, poniendo en peligro a su ahijada, la Marquesa de Brentwood. Apretó los labios al pensar en Milton que siendo médico de la reina la había engañado para sacar y secuestrar a la Marquesa de su habitación. La pobre mujer se había salvado de milagro. Todo para cobrar un dinero con la excusa de que quería tener una vida mejor a su lado. Tonto enamoramiento.

Y ahora tenía que pagar por ello. Dentro de lo que cabía, había tenido suerte porque todos los implicados en aquella trama habían terminado ahorcados o en galeras. Todos menos ella que gracias a la intervención de la Marquesa, la reina no había sido demasiado dura. Condenada a las lavanderías de palacio y despojada de su título, ahora era tratada como el peor de los lacayos. Le

encomendaban los peores trabajos, ya fuera porque ella había sido una dama, ya fuera por su traición a la reina, nadie quería relacionarse con ella y era tratada entre insultos y golpes. Las bromas pesadas como la del cubo eran el pan de cada día. Un día una de las lavanderas había tenido el descaro de hacer sus necesidades en el suelo para que ella las recogiera y mientras lo hacía entre lágrimas, porque al negarse había recibido golpes de la señora Martin con la vara, la lavandera le decía entre las risas de todas que nunca una Lady le había limpiado las cacas.
Cuando terminó de recoger el agua y de limpiar el suelo, se levantó agotada. Ya era de noche y llevaba levantada desde el amanecer. No dormía fuera de palacio, lo hacía en un cuartucho cerca de las cocinas y el ama de llaves por dejárselo usar, la obligaba a ayudar al panadero a amasar el pan. Eso no formaba parte de su castigo pero los abusos estaban aumentando rápidamente y dentro de nada serían los lacayos los que abusaran de ella.
No podía pedir ayuda a nadie, pues estaba cumpliendo condena y ya se le había pasado por la cabeza acabar con ello tirándose por una ventana. Le daban de comer las sobras de los sirvientes y eso cuando le daban de comer. Varias veces al pedir la comida a la cocinera se había llevado varios tortazos. A Esther todavía la sorprendía la crueldad de la gente y de cómo se podían aprovechar de alguien que estaba en clara desventaja.
-¡Esther!- gritó la señora Martin. – ¡Tienes que subir estas sábanas al tercer piso!
Miró las sábanas y después su sucio vestido gris. Su pañuelo marrón que cubría su melena rubia también estaba sucio y sudoroso. –Señora Martin, estoy demasiado sucia para subir a palacio- dijo en un ruego pues sabía que llamaría la atención.
-¡Haz lo que te digo!- gritó la oronda mujer acercándose con la vara en la mano.
Apresurada mientras las chicas se reían, cogió la enorme cesta llena de sábanas que pesaba bastante. Normalmente la llevaban entre dos pero ella no iba a tener esa suerte. Subió las escaleras que llevaban a las cocinas y siguió subiendo hasta el tercer piso donde estaban las habitaciones de algunas damas. Cuando llegó estaba agotada pues la espalda si antes le dolía, ahora no la soportaba. Una dama pasó ante ella con un maravilloso vestido azul de seda, mientras una doncella la seguía. La doncella la miró y abrió los ojos como platos al verla pero

rápidamente desvió la mirada siguiendo a su señora. Fue hasta el cuarto de la ropa blanca y sacó las sábanas de la cesta rápidamente pues no quería que la viera nadie más. Estaba en el pasillo mirando a su alrededor antes de correr hacia la escalera con la cesta en la mano cuando oyó algo-Lady Esther...

Se dio la vuelta por la fuerza de la costumbre cuando vio a la doncella que se acercaba sigilosamente a ella, la cogió de la muñeca y la metió en un cuarto- ¿Qué haces? No puedo estar aquí- preguntó nerviosa mirando a su alrededor

-Por Dios ¿qué le ha pasado?- preguntó la doncella horrorizada. Le cogió las manos sonrosadas llenas de llagas y heridas- ¡Madre de Dios! Milady ¿qué le han hecho?

Esther se enderezó – Estoy cumpliendo condena.

-La Reina no sabe esto, sólo quería darle una lección. Tiene que decírselo- dijo moviendo su mejilla para ver un morado en su pómulo derecho –Están abusando de usted.

-¿A quién se lo voy a decir? Mi familia no me habla y no puedo pedir audiencia- dijo al borde de las lágrimas- Me pegan cuando quieren o se burlan de mí por haber sido dama.

-Y por lo que veo no le dan ni de comer- dijo la doncella claramente ofendida-¡Tiene que hacer algo!

-¡No tengo a quien acudir! –Miró atentamente a la chica que debía tener su edad era pelirroja, de ojos azules y parecía que tenía mucho carácter- ¿Cómo te llamas?

-Issi, milady- respondió haciendo una reverencia.

-Sabes que no puedes hacer eso, no puedes llamarme así.

-Usted es una Lady de nacimiento y siempre ha sido amable con todos. No sé porque le hacen esto ¡Sólo cometió un error!- dijo furiosa. Volvió a mirar sus manos y gimió- ¡Tiene que pedir ayuda!

-Mi padrastro nunca me ha hecho caso. Esto le ha venido de perlas para quedarse con mi herencia y a mis hermanastros casi ni los conozco. Después del colegio interna me mandaron a palacio. No tengo amigos ni...- se quedó pensando un momento – tengo una tía abuela en Escocia.

-Tiene que escribirle.

-No puedo, no tengo quien envíe la carta- Issi sonrió de oreja a oreja y Esther negó con la cabeza- No puedo dejar que hagas eso.

-¿Por qué no puedo enviar una carta?

-Tengo prohibido ponerme en contacto con mi familia- dijo con miedo.

-¡Con decir en la carta que no deben decir que les ha escrito, ya está!

-Sería mentir a la Reina- dijo horrorizada.

-Como siga así, morirá antes de un año ¿Quiere pasar ese infierno?- preguntó la doncella preocupada. Sin darle permiso le levantó la falda y le miró las piernas, pues no llevaba ni medias, ni ropa interior- ¡Dios mío!- exclamó al ver sus piernas amoratadas- Escriba esa carta, milady. Yo la enviaré. Ahora váyase antes de que la echen de menos.

Esther salió en cuanto Issi vio que el pasillo estaba despejado- La esperaré aquí esta noche a las dos de la mañana- susurró la doncella.

-No tengo con que escribir la carta.

-Yo me encargaré- dijo la doncella alejándose al ver que se acercaban unas damas.

Esther agachó la cabeza yendo hacia las escaleras de servicio y las bajó corriendo. ¿Sería posible que encontrara una salida? Dios, esperaba que sí.

Esa noche a las dos de la mañana esperaba a Issi en una esquina oscura del tercer piso. La doncella apareció con unos minutos de retraso y se acercó a ella con una lámpara de aceite- Siento llegar tarde, pero la señora se acaba de acostar con una buena cogorza.

Le tendió el papel, la pluma y el tintero.-Vamos al cuarto de la ropa y allí escribe la carta.

Fueron hasta allí sin hacer ruido y temblando de los nervios, Esther escribió unas líneas. – ¿Qué pone?- preguntó la doncella.

“Querida tía abuela Rose

Te escribo estas líneas pues me encuentro en una situación desesperada, cumpliendo condena en la lavandería de palacio por mandato de la Reina. Necesito tu ayuda pues temo por mi vida.

Tu sobrina Esther”

Issi hizo una mueca- Breve y efectiva, diría yo. Si después de leer eso no viene corriendo, no sé que lo hará.

-Es mi última esperanza – dijo doblando la carta y escribiendo la dirección- No sé la dirección exacta pero sé el nombre de su castillo y su título, ¿crees que le llegará?

-Seguro- dijo la chica dándole ánimos- Si en un mes no hay noticias, buscaremos otra solución. Ahora a la cama.

-¿La enviarás mañana?

Issi sonrió –La dejaré en la bandeja del correo, así de simple.

Esther la miró –Gracias, no sé si dará resultado pero gracias. Sentía que no tenía salida

-No quiero ni imaginar lo que ha pasado, milady. Pero no se preocupe que Issi está aquí.

Pasó una semana sin ver a Issi pues no la dejaron salir de la lavandería. La señora Martin estaba endureciendo los castigos, pagando con ella el rencor que sentía por la aristocracia. No la dejaban tocar los vestidos de las damas pues temían que por odio los estropeara, pero si que la obligaban a lavar las sábanas con agua hirviendo. Sus manos estaban en carne viva y tenía varias heridas infectadas que no terminaban de curar.

Después de otra semana sentía que sus fuerzas comenzaban a fallar. Estaban en invierno y salía de la lavandería con su vestido mojado para meterse en aquella fría habitación que no tenía fuego y sólo tenía una fina manta para cubrirse por la noche.

Cuando terminó la semana tenía unas profundas ojeras y una tos molesta. Cuando finalizó el mes desaparecieron las pequeñas esperanzas de que la ayudaran y ya no lo soportaba más.

Estaba llevando la ropa al tercer piso, pues ahora era otra de sus obligaciones cuando vio a un hombre moreno de unos treinta años saliendo de una de las habitaciones de las damas. Era guapísimo, sus ojos verdes le llamaron la atención y su vestimenta le sentaba estupendamente. Llevaba unos pantalones beige y una chaqueta granate con solapas marrones. Sus botas negras

brillaban como espejos y su pañuelo del cuello era impecablemente blanco. Desvió la mirada avergonzada aunque él no la había ni mirado y se avergonzó todavía más al darse cuenta que él nunca la miraría dos veces. Ya no era de su clase.

Estaba saliendo del cuarto de la ropa cuando una doncella tropezó con ella tirándola al suelo- Vuelve a tu agujero, rata- dijo la doncella mirándola con malicia. Esther levantó la palma de la mano pues al caer se había hecho daño en una de sus heridas, cuando vio unas botas debajo de su cara- ¿Estás bien?- preguntó una voz grave.

Ella miró hacia arriba asustada y le miró con sus ojos azules- Sí, milord- dijo levantándose rápidamente y agachando la cabeza mientras hacia una reverencia.

-¿Seguro? Parecía que te habías hecho daño.

-No, milord –dijo rodeándolo- Gracias, milord.

-Espera un momento- dijo el hombre haciendo que ella le mirara otra vez. Tenía el ceño fruncido- ¿Te conozco?

-No, milord- dijo haciendo otra reverencia.

-He visto esos ojos antes- dijo con él ceño fruncido pensativo- Son de un azul claro casi transparente.

Dios mío, era guapísimo. Sonrojada se dio la vuelta y salió prácticamente corriendo mientras notaba su mirada en la espalda. Al llegar al final del pasillo, allí estaba Issi que le hizo una seña con la cabeza. Se dirigió a la doncella- ¿Se sabe algo?- le preguntó.

-No – dijo la doncella mirándola con pena- Puedo contárselo a mi señora para que hable con la Reina.

-No, eso no- dijo en rotundo- No la conozco y puedo salir peor parada.

-Tiene razón, además es una bruja- dijo Issi haciéndola reír.

-¿De verdad?

-Si yo le contara.

-Uff, como echo de menos esos cotilleos- dijo con nostalgia- Allí abajo no me entero de nada

Issi la miró con pena y le observó las manos- Esto va a peor.

Esther escondió las manos en los bolsillos del vestido- Estoy bien.- susurró. –Tengo que irme Cuando se iba, tuvo un acceso de tos e Issi la miró preocupada. Al bajar a la lavandería la señora Martin la puso a fregar el suelo. Después de un par de horas casi había acabado cuando varias personas entraron en la lavandería, entre ellas el hombre que había visto en el pasillo de la tercera planta. – ¿Quién manda aquí?- exclamó el hombre moreno a la sala que se había quedado en silencio.

-Yo, milord –dijo asustada la señora Martin dando un paso al frente. –Yo soy la jefa de lavanderas. ¿Ocurre algo?

-¿Quién es Lady Esther Somerville?

Esther tembló por dentro y se levantó lentamente. Un hombre mayor que estaba tras él hombre moreno la miró horrorizado- Yo soy Esther Somerville.

-Vengan conmigo- ordenó el hombre moreno después de una mirada penetrante. Muy nerviosa miró a su alrededor, mientras las lavanderas murmuraban y la observaban con odio. Enderezando la espalda que la estaba matando de dolor siguió a la señora Martin que le susurró- ¿Qué has hecho, puta? Te juro que como hayas abierto la boca, te voy a matar a palos.

El miedo la paralizó y miró a su alrededor atemorizada.- ¿Milady?- preguntó el hombre mayor indicándole el camino- Continúe, por favor.

Temiendo que le pegaran continuó siguiendo a su jefa por el pasillo. Subieron las escaleras hasta el segundo piso y se atemorizó todavía más cuando vio como pasaban por habitaciones que recordaba muy bien como dama de la reina. Llegaron a uno de los salones y se mordió el labio inferior al ver a las damas rodeando a la reina. Empezó a temblar de miedo pues seguramente se había enterado de que había enviado la carta y le esperaba un severo castigo. –Pase Conde, le estaba esperando.

-Majestad- dijo el atractivo moreno haciendo una profunda reverencia.

La reina miró a su alrededor hasta que sus ojos se encontraron con los de Esther que bajó la vista rápidamente en actitud sumisa. No vio como la reina la miraba con espanto-¿Lady Esther?- preguntó la reina. Esther no levantó la cabeza pues ese no era su título y la reina se dio cuenta-

¿Esther?

Levantó la cabeza lentamente y miró a la reina haciendo una profunda reverencia – Majestad.

-Santa madre de Dios- dijo la reina pálida- Hija ¿qué te ha pasado?

Sabía que tenía mal aspecto. Había adelgazado tanto que estaba en los huesos literalmente. Los pómulos marcados no tenían nada que ver con las mejillas llenas y sonrosadas que antes lucía. Ahora tenía profundas ojeras y su vestido no la favorecía precisamente. La reina al ver que no respondía se levantó de su asiento y Esther sin querer dio un paso atrás.

Todo el mundo se dio cuenta y las damas murmuraron- ¡Silencio!- gritó la reina rabiosa. Se acercó a Esther y le quitó el pañuelo de la cabeza provocando que su espesa melena rubia cayera sobre sus hombros. Esther sin darse cuenta de lo que hacía levantó las manos para apartarse el cabello y la reina jadeó cogiendo una de sus muñecas y mirando su mano. – ¡Que traigan al médico!

La reina fulminó con la mirada a la jefa de lavanderas que se mantenía callada – ¿Usted es la jefa de lavanderas?

-Sí, Majestad- dijo casi sin voz. Empezaba a ser consciente del error que había cometido al tratar así a una lady.

-Enséñeme sus manos.

La mujer le enseñó las manos que temblaban visiblemente. Estaban algo sonrosadas pero ni de lejos se parecían a las manos de Esther, llenas de llagas y totalmente rojas.- ¿Usted se ha sobrepasado en un mandato mío?- preguntó la reina fríamente- ¿Cuales eran mis órdenes?

-Que trabajara en la lavandería como cualquier otra.

-¿Y lo ha hecho?

-Sí, Majestad.

-Que traigan a las lavanderas, quiero verles las manos y como me hayas mentido, prepárate para las consecuencias.- la voz de la reina implicaba que no tendría piedad.

-Quizás ha realizado trabajos algo más duros.- dijo la mujer llorando.

-¿Cómo por ejemplo?

-Fregar el suelo, las letrinas...

-¿Qué más?

-Algunas chicas le han gastado bromas.

-¿Qué tipo de bromas?

-Tirarle el agua, hacer sus necesidades en el suelo para que tuviera que fregarlo, ensuciar la ropa que lavaba para que tuviera que volver a empezar. Esas cosas- las damas estaban cuchicheando y se sonrojó profundamente. Si poder evitarlo miró al hombre moreno que la observaba con el ceño fruncido. El hombre mayor estaba claramente preocupado.

La reina miró a Esther –Y por lo que veo tampoco la alimentaban.

-Eso no es cosa mía- dijo la mujer entre sollozos.

-¿Quién te daba de comer?

-La cocinera- susurró cubriéndose las manos con el sucio delantal- Ella me daba la comida.

-¡Que venga la cocinera! –ordenó la reina provocando que uno de los lacayos saliera a toda prisa.

La reina Victoria se acercó a Esther y le levantó la barbilla – Yo no quería esto y va a provocar el disgusto de mi ahijada- le dio mirándola a los ojos.

En ese momento llegó el doctor… seguido de dos de sus ayudantes- Atiendan a Lady Esther- ordenó indicándola con la cabeza.

El jefe de médicos se acercó a ella lentamente –Vayan a la habitación de al lado. Quiero un informe completo.

Se la llevaron de allí justo cuando llegaba la cocinera que la miró con los ojos como platos.

Cuando la metieron en la habitación de al lado, una doncella que no conocía le quitó el vestido y gritó de horror al ver sus morados por todo su esquelético cuerpo. Uno de los doctores dio un paso atrás –Dios mío- susurró el doctor…

Se abrió la puerta de golpe entrando la reina seguida del hombre moreno y Esther se dio la vuelta tapándose la cara mientras lloraba de miedo y vergüenza. No pudo ver como la reina Victoria y el Conde observaron con pasmo los morados por todo su cuerpo que apenas eran piel y huesos. Su cuerpo demostraba la clase de tortura a la que había sido sometida. Furiosa de rabia la reina

salió de la habitación dando gritos mientras el hombre salía lentamente. –Ya se han ido, milady- dijo la doncella suavemente- Le voy a traer un baño, ¿le parece bien?

La miró con ojos llorosos- ¿Un baño?

-Sí, para que se bañe después de que los doctores la atiendan. –dijo con una sonrisa.

Uno de los médicos se acercó lentamente- Milady, siéntese en la cama.- dijo el doctor con ternura.

-Estoy bien- dijo antes de toser.- Sólo tengo algo de tos.

El hombre asintió mirando a sus compañeros- Vamos a revisarla ¿Le parece bien?

Escucharon sus pulmones y le tomaron el pulso. Lo más doloroso fue la cura de sus manos pues le sacaron la infección para curar las llagas apretándoselas fuertemente y gritó de dolor. Cuando terminaron tenía las manos cubiertas de una crema y vendadas. No podía mojarlas, así que cuando los médicos se fueron la doncella fue la que la bañó. Estaba lavándole el cabello cuando entró Issi con una bandeja. Le guiñó un ojo y Esther sonrió de agradecimiento. –Milady, la Reina va a venir a verla en cuanto cene.

Esther perdió la sonrisa asustándose- No tiene que preocuparse, milady. Todo va bien.

La doncella que le lavaba el cabello frunció el ceño e Issi salió de la habitación rápidamente.

Le pusieron un camisón de seda con una bata a juego que era realmente maravillosa, incluso se pudo perfumar pues había un frasco de perfume.

No pudo cenar ni un cuarto de todo lo que le habían traído, pues su estómago estaba cerrado y tomó una infusión que le habían recetado los médicos. Se tumbó en la cama sintiéndose agotada cuando la puerta se abrió entrando la reina, el hombre moreno y el anciano- Lady Esther –dijo la reina acercándose- No se levante- añadió al ver que hacía el amago.

Agachó la mirada a sus manos vendadas como si fuera una sirvienta y la reina chasqueó la lengua- Míreme.

Levantó la cara y vio que la reina todavía estaba enfadada. Tembló por dentro – Tengo entendido que escribió una carta a su tía abuela- su temblor se hizo evidente.

-Sí, Majestad –dijo preparada para el castigo que vendría.

-El conde de Hackford ha venido desde Escocia pues su tía abuela está muy delicada.- dijo la reina mirando al hombre moreno- No debes preocuparte por contradecir mis órdenes, no habrá represalias por eso. Nunca hubiera querido que pasara esto pues mi intención era darte una lección, no que murieras por los maltratos de mis subordinados. Desgraciadamente mi ahijada tenía razón y estoy muy disgustada.

Esther se mordió el labio inferior pues sabía que la Marquesa de Brentwood no quería que la enviaran a la lavandería.- Te irás a Escocia en cuanto estés recuperada. Tu tía abuela te está esperando. Te devuelvo tus privilegios de nacimiento.

Totalmente sorprendida respondió casi sin voz- Gracias, Majestad.

La reina apretó los labios – El conde te acompañará hasta la casa de tu tía. – miró al Conde que estaba muy serio observándola con los brazos cruzados – Me parece que no os conocéis, aunque sois familia. Es primo segundo tuyo.

Eso la sorprendió pues no recordaba a ningún primo segundo –Conde- dijo inclinando la cabeza

-Milady- el hombre hizo una ligera reverencia pero la reina continuó hablando.

-Dentro de seis meses volverás a Londres y serás presentada en sociedad- eso sí que la sorprendió, pues para todo el mundo estaba perdida.

-Pero...

-Serás presentada en sociedad y te casarás con un par del reino – dijo la reina sin dar opción- Lo harás con mi respaldo. Es mi manera de resarcirte por el daño causado.

Que la reina hiciera eso era un honor- ¿Necesitas algo más?- una idea se le pasó por la cabeza y sonrojada pidió en voz baja.- ¿Puedo pedir que cierta doncella venga conmigo?

La reina sonrió- Imagino que habrá sido la que envió la carta. ¿Quién es?

Esther se mordió el labio inferior- Issi.

Su majestad estaba contenta porque había confiado en ella y se notó- Pues será Issi la que te acompañará y será tu doncella a partir de ahora.

Sonrió como si le hubiera hecho el mejor regalo del mundo y el conde entrecerró los ojos perdiendo la sonrisa.- Te enviaré varios vestidos y cosas necesarias para el viaje. Mientras tu

padre te envía tus cosas a Escocia.

Esther entrecerró los ojos- No me enviará nada, Majestad.

-Eso ya lo veremos.- la reina se retiró y el Conde se la quedó mirando. Ella avergonzada por estar en ropa de cama miró sus manos.

Al ver que no hablaban, quedándose allí el Conde de Hackford y el hombre mayor, levantó la vista tímidamente-¿Algo más?

El anciano sonrió- Permítame que me presente, milady. Soy el señor Tempelton. El secretario de la duquesa viuda. También viajaré con ustedes.

-Encantada, Señor Tempelton. Espero que sea un viaje muy agradable.

-Nunca has viajado a Escocia- dijo el Conde con desprecio.

Esther perdió la sonrisa- No. En realidad nunca he viajado a ningún sitio.

Esos ojos verdes la traspasaron- Viajaremos en cuanto estés en condiciones.

-Por mí, mañana mismo.

-No hace falta apresurarse tanto, milady. –dijo amablemente el señor Tempelton.- Tiene algo de fiebre y un catarro, por no hablar de las heridas. Su tía abuela desea verla pero no en esas condiciones. Y el viaje dura varios días.

Esther sonrió al hombre- Gracias.

-Nos retiramos para que descanse- dijo el hombre mirando al Conde que parecía enfadado.- Steven.

-Sí, será mejor que nos vayamos- dijo entre dientes.

Cuando salieron de la habitación se quedó mirando la puerta un rato pues cualquiera se daría cuenta de que ese hombre estaba enfadado con ella.

Se quedó dormida en cuanto puso la cabeza sobre la almohada y por primera vez en meses no tuvo sobresaltos, ni pesadillas.

Descansada abrió los ojos y sonrió al ver las sábanas blancas – Buenos días, milady- dijo Issi sonriendo al otro lado de la cama mirándola con picardía- Nos libramos ¿eh?

Esther se echó a reír asintiendo con la cabeza- Sí, gracias a Dios –se sentó en la cama apartando su pelo rubio- ¿Te molesta que te haya reclamado?

-¡No!- dijo sonriendo- Estoy encantada. La bruja empezaba a tener la mano suelta.

-Lo siento, Issi.

La doncella chasqueó la lengua- Señora, aquí tiene el desayuno y tiene que comer porque quiero sacarla de palacio cuanto antes.

-¿Crees que estoy en peligro de volver a la lavandería?- preguntó con miedo.

-No, la Reina está furiosa. Pero es mejor alejarse por si acaso cambian los vientos- dijo mirándola a los ojos

Esther asintió y empezó a comer. – ¿Hoy se levantará de la cama?

-¿Puedo?

-Podemos salir al jardín a que le dé un poco el aire. Aunque hace frío, el aire fresco le vendrá bien.

-¿Y el catarro?

La doncella la miró con el ceño fruncido- Tiene razón, hoy se queda en la habitación y si mañana sigue teniendo tos, lo hablamos.

Cuando vio que no podía más le quitó la bandeja- Pero...

-Tampoco quiero que lo vomite. – fue a abrir el armario y Esther abrió la boca al ver por lo menos veinte vestidos

-¿Y eso?

-La Reina tiene remordimientos- dijo sacando uno de seda gris perla – ¿A qué es precioso?

-Oh sí- dijo levantándose para ver los vestidos. Uno verde agua la volvió loca y lo sacó para ponérselo delante- Este es maravilloso –miró dudosa a la doncella- ¿me quedará bien?

La doncella se mordió el labio inferior- Milady casi no tiene pecho.- Esther se sonrojó pues era lo primero que le había adelgazado.- Tiene que engordar un poco pero en primavera le quedará perfecto.

Esther alejó el vestido dándoselo a Issi- ¿Tan mal estoy?- preguntó mirándose al espejo. –Uff-

dijo pasándose una mano por el pómulo. –Esto no tiene arreglo ya.

-Era muy hermosa y volverá a serlo.

-¿Me conocías?

-Claro, por eso la reconocí- dijo la doncella metiendo el vestido en el armario.- Milady no se acuerda de mí pero la conocí el primer día que llegó a palacio. Mi anterior señora era la Baronesa de Crofoot pero falleció y en palacio la bruja se había quedado sin doncella, así que me quedé. – la doncella la miró con una sonrisa – El día que la conocí tiré una bandeja de la que salía de la habitación de la Baronesa y usted me ayudó a recogerlo antes de que lo viera alguien y me regañaran.

Esther no recordaba ese día y sonrió – Lo siento, pero no me acuerdo.

-Siempre tenía gestos así con la servidumbre, por eso me molestó tanto como la habían tratado- dijo Issi yendo al tocador y cogiendo un cepillo de plata – Siéntese milady, voy a peinarla.

Mientras la cepillaba le contaba lo que había pasado en palacio los últimos meses y se alegro mucho cuando se enteró del embarazo de la Marquesa de Brentwood.- Me alegro mucho, es una buena mujer.

-Sí y pasó mucho al principio de su matrimonio pero ahora es muy feliz. Su marido la adora y todo el mundo dice después del ejemplo del Marqués que no hay nada mejor que casarse con un calavera.

Esther echó una risita e Issi asintió.- Me gusta verla reír- La miró a través del espejo.

-¿Crees que es cierto?

-¿El qué?- preguntó la doncella distraída mientras le cepillaba el cabello.

-Que es mejor casarse con un calavera- se miraron a los ojos a través del espejo.

-No sé. Nunca se sabe si está reformado, pero está claro que han corrido lo suyo antes de casarse y supongo que con la mujer adecuada….

Esther asintió- Tengo que casarme.

-Lo sé, no se habla de otra cosa. Pero encontraremos a uno adecuado.

-Mi padrastro aprovechará la situación para no darme mi dote- dijo preocupada- Seguro que ya

se ha gastado mi dinero y no tengo nada.

-Vayamos paso por paso- dijo la doncella apretando su hombro- De momento nos vamos a Escocia- dijo emocionada

-¿Te apetece?

-Mi madre era escocesa y tengo muchas ganas de conocerlo- dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

-Lo pasaremos bien- dijo resuelta a aprovechar la vida que hasta el día de ayer pensaba que se había acabado.

-¡Sí!- exclamó la doncella- Viviremos aventuras.

Esther se volvió – Disfrutaremos de la vida.

-¡Y comeremos lo que nos de la gana!

Esther se echó a reír al verla disfrutar de esa manera- ¿Sabes lo que no he hecho nunca?

-¿El qué?- preguntó la doncella interesada.

-Nunca he ido a un baile, ni me he tomado una copa de champán, nunca he bailado con un hombre –abrió los ojos como platos –y eso que he vivido aquí en Palacio.

Issi la miró divertida- ¿La han besado alguna vez?

-¡No!

Se echaron a reír cuando llamaron a la puerta y se callaron al instante. Issi le entregó la bata y se la puso rápidamente- Adelante.

Los médicos entraron en el dormitorio y Esther les observó.- Lady Esther- dijo el doctor acercándose para hacer una reverencia- ¿Cómo se encuentra?

-Mucho mejor, gracias.

Entró en ese momento el Conde y Esther se sonrojó intensamente pues recordaba muy bien que la había visto desnuda- ¿Se ha tomado las infusiones?

-Sí, ayer noche y hoy por la mañana. Y ahora que lo dice casi no toso- dijo dándose cuenta.

El hombre sonrió- ¿Me permite verle las manos?

Esther las extendió y eficientemente le quitaron las vendas. El conde al ver las heridas apretó los

labios pero no dijo nada – Le quedará alguna cicatriz, Milady- dijo el doctor apenado

-¿Y?- preguntó sin importarle- Estoy viva ¿no le parece suficiente?

El doctor la miró a los ojos y asintió con una sonrisa- Muchas ladys que conozco montarían un escándalo

-Muchas ladys no se han pasado siete meses en el infierno. –murmuró entre dientes para sí sin darse cuenta que la habían oído.

Al manipular sus heridas hizo un gesto de dolor y el Conde dio un paso al frente- ¿Tiene que hacerle daño?

-Lo siento, Milady.

Esther miró al Conde- Está haciendo su trabajo.

Issi carraspeó y la miró. Su doncella se hizo la loca y Esther sonrió abiertamente –Si me permite decirlo, Milady. Tiene una sonrisa preciosa- dijo el doctor vendándole otra vez las manos después de untarla con una crema.

-Se lo permito- dijo ampliando su sonrisa. El Conde frunció más el ceño y Esther perdió algo la sonrisa- ¿Ocurre algo?- le preguntó directamente.

-No –dijo molesto mirándola a los ojos.

Levantó las manos – ¿Esto es necesario?- preguntó al ver el enorme vendaje.

El doctor sonrió- Serán sólo unos días.

-Vaya, no podré bordar- dijo divertida haciéndolos reír a todos. A todos excepto al Conde que seguía con cara de funeral.

Cuando los doctores se fueron, el Conde la observó un rato antes de decir- He mandado un mensaje a tu tía abuela para comunicarle tu estado y el retraso de tu partida.

-Pero se va a preocupar y si está delicada...

-Eso es una excusa. La tía no soporta Londres y por eso me ha enviado a mí- dijo molesto- Está como un roble y nos enterrará a todos.

Esther sonrió – ¿De veras? Me alegro mucho.

La fulminó con sus ojos verdes- En cuanto te repongas nos iremos. Tengo asuntos que atender en

casa.

Con eso le quería decir que había sido una verdadera molestia ir a rescatarla y apretó los labios asintiendo- Gracias por venir.

La miró como si no hubiera sido cosa suya y salió de la habitación- Vaya, ese hombre necesita que le saquen el palo que tiene en el culo.- dijo Issi muy molesta.

Esther la miró sorprendida y después se echó a reír a carcajadas.

Capítulo 2

Los siguientes días fueron muy amenos pues Issi no se separaba de ella y era muy divertida. Incluso empezaron a salir al jardín para que paseara. Tenía mejor color y había engordado un par de kilos. Los vestidos le quedaban un poco amplios pero con el maravilloso abrigo que le había dado la reina, no se le notaba. A veces si el día era bueno se sentaban en un banco a leer un rato. Issi no sabía leer y Esther la estaba enseñando. Así pasaban las horas pues en palacio nadie la molestaba. Las damas no se acercaban a ella y no se encontró con la reina ni una sola vez, pues comía en su habitación y no asistía a las cenas comunes.

Una semana después de que le devolvieran el título, la llamaron a las habitaciones de la reina. Issi le había puesto el vestido verde agua con encajes blancos y le había recogido su espesa melena en un recogido con los rizos a un lado que la favorecía mucho. Al llegar a las habitaciones de la reina, Issi se quedó fuera algo nerviosa y ella entró siguiendo al mayordomo hasta la sala privada de la reina donde la anunció- Lady Esther, Majestad.

-Oh sí- dijo la reina levantando la vista de un papel que estaba leyendo- Siéntese querida y coma algo.- dijo señalando el té que tenía en frente.

Se sentó ante la reina, con las manos vendadas de aquella manera no podía servir y la reina se dio cuenta haciendo un gesto a una dama que Esther no había visto. La dama le entregó la taza encima del platillo como si se lo entregara a la reina y ella la sonrió- Gracias.

-Lady Esther –dijo la reina después de leer la cara y dejarla sobre la mesa de café- tenemos un problema

Entrecerró los ojos- ¿Un problema?

-Su padrastro se está poniendo muy pesado –dijo como si estuviera harta- me reclama su tutoría.

Esther la miró horrorizada –Por su reacción, veo que no le apetece volver con él

-Majestad ¿puedo hablar con libertad?

-Por supuesto, querida.

-Sólo quiere que vuelva por mi dinero, Majestad. Aunque no sé lo que quedará de mi fortuna pues él es mi tutor- la reina frunció el ceño.

-¿Tenía plenos derechos sobre tu fortuna?

-Nunca me han explicado bien los términos del testamento de mi madre porque en cuanto falleció inmediatamente me enviaron a un internado. Pero sé que aparte de mi fortuna que era cuantiosa también había una suma considerable para mi dote. La fortuna sería mía cuando me casara y la dote para mi esposo pero ahora no tengo ni idea de lo que queda de todo eso.

La reina asintió –Entiendo. Haré que alguien lo averigüe.

-Gracias, Majestad –dijo muy agradecida.

-De momento te irás a Escocia y cuanto antes mejor. Cuando vuelvas a Londres ya veremos lo que pasa.

-Respecto a eso- dijo dudosa dejando el platillo sobre la mesa- Nadie va a recibirme en su casa

-Eso déjamelo a mí- dijo la reina sonriendo- Te veo mejor.

-Gracias, Majestad.

-Espero que cuando vuelvas seas la hermosura que fuiste hace siete meses. Lo espero de verdad.

Asintió levantándose y haciendo una reverencia pues era una despedida.

Al salir de las habitaciones de la reina Issi la esperaba impaciente- ¿Qué ha pasado?

-Mi padrastro que me reclama.

-¡Oh, no!

-Tranquila- dijo con una sonrisa de oreja a oreja- ¡Nos vamos a Escocia!

Issi reprimió un chillido – ¡Calla loca!- exclamó riendo mirando a su alrededor mientras se reían a carcajadas bajo la atenta mirada de la guardia real. Sonrojándose salieron de allí a la carrera,

mientras reían como chiquillas.

Al entrar en su habitación ya no reprimieron las risas. Para celebrarlo Issi fue a la cocina y trajo un enorme trozo de tarta de chocolate. Estaban sentadas en el suelo comiendo la tarta entre las dos cuando se abrió la puerta de golpe y el Conde entró en la habitación. Issi se levantó rápidamente pero Esther no se molestó. Estaba recuperando la confianza y chupó la cucharilla mientras miraba al Conde con la ceja levantada- ¿No sabe llamar?

-¿No tienes una mesa para comer?- preguntó irónico.

-Puesto que no tiene modales no sé que hace criticando los míos- dijo levantándose y poniendo su brazos en jarras.

El Conde entrecerró los ojos y ella preguntó- ¿Quería algo?

-Comprobar como estabas- dijo molesto mirando sus manos vendadas- Veo que pareces estar mejor.

-Estoy muy bien, gracias

-¿Crees que podrás viajar pronto?

-Sé que está impaciente pero los médicos todavía me están curando las manos.

-¿No te las puede curar tu doncella?- preguntó señalando a Issi que simulaba no oír nada.

Esther se agachó a recoger el plato de tarta y comió otro trozo para luego encogerse de hombros.

El conde entrecerró los ojos y ella se metió otro trozo enorme en la boca.- ¿No puedes dejar eso un momento?- preguntó molesto.

-Tengo que engordar, son órdenes del médico- dijo divertida con todos los dientes negros por el chocolate.

El conde puso los ojos en blanco- Ten cuidado no te pases al otro extremo.

Esther entrecerró los ojos por ese comentario malicioso cuando sabía de sobra que tenía que engordar, así que dijo inocentemente- A muchos hombres le gustan las mujeres voluptuosas. Las curvas están de moda, así que si me paso no tendrá importancia.

Issi reprimió una risita y el Conde la miró molesto-¿Entonces?

-¿Entonces qué?- preguntó con la boca llena.

-¿Cuando podrás viajar?- exclamó enfadado.

-Cuando el médico me diga que puedo irme- dijo como si fuera estúpido.

Furioso fue hasta la puerta y la abrió de golpe- ¿Ya se va?- preguntó divertida-¡Que tenga un buen día!

En cuanto salió dando un portazo Esther se echó a reír- Tenga cuidado, milady. Parece peligroso.

-Estoy harta de ese estirado. Siempre me mira enfadado y no he hecho nada. Ahora lo hará con razón- dijo antes de comerse el último trozo.

-¿Voy a por más?

-¿Si quieres para ti?- preguntó encogiéndose de hombros mirándose al espejo. Estaba más guapa pero todavía le hacían falta unos kilos. Ese hombre era idiota. Se miró un brazo levantando la manga. Los morados estaban desapareciendo quedando apenas unas manchas amarillentas.

Issi la observó con una sonrisa- No tiene que preocuparse por lo de engordar.

-Lo sé –respondió molesta para después sonreír –Lo ha dicho para molestarme.

-¿Sabe que ya se ha llevado a la mitad de las damas a la cama?- preguntó divertida.

Esther perdió la sonrisa y miró a Issi- ¿De veras?

-Oh sí, es un auténtico calavera.

-No pienses tonterías.

-No las pienso. Sólo digo lo que veo- la sonrisa pícara de la doncella la hizo echarse a reír

-¿Con él?

-¿Por qué no? Es guapo, conde y seguro que besa...ummm

-¡Issi!

-No sé lo que le molesta de milady pero en cuanto pase unas horas con él en el carruaje y la conozca cambiará de opinión.- dijo muy segura.

Cuatro días después comprobó que la teoría de Issi no daría resultado pues el Conde no se subió al carruaje, sino que iba montado en un hermoso purasangre negro escoltando el coche. El señor

Tempelton era muy agradable y les hizo las primeras horas muy amenas, con historias sobre su tía abuela que por lo visto era una mujer increíble. Se había casado con un escocés con la oposición de su familia y siempre había hecho lo que le había dado la gana. No soportaba Londres y a sus chismosos. Y al tener una sustanciosa fortuna propia no tenía que rendir cuentas a nadie. Incluso su castillo era de ella, pues se lo había comprado a la familia de su marido después de fallecer. Por lo visto el heredero de su marido, al padre del Conde le parecía frío e inhóspito. –Pero el Conde tiene un apellido inglés. No me parece escocés.

-Porque en realidad es primo segundo del fallecido Duque y es inglés, aunque es como un hijo para la duquesa viuda.

Asintió entendiendo. Miró por la ventana del carruaje y pudo ver al conde que estaba impaciente por llegar a casa. –Así que vive en Escocia.

-Sólo pasa allí la mitad del año. El resto lo pasa en Inglaterra para encargarse de las tierras que tiene aquí.- el señor Tempelton la miró fijamente y ella se sonrojó.- Es muy apuesto y un gran partido.

-Eso le he dicho yo- dijo Issi metiendo baza y ganándose una mirada fulminante de Esther.

-Ya te he dicho que te olvides de eso- la doncella se dio cuenta que había metido la pata y se sonrojó.

-No sé por qué- dijo riendo el secretario de su abuela.- Será un hombre importante. Será duque cuando su padre fallezca y aunque no tiene mucho dinero, es el heredero más probable de la duquesa viuda. Así que el dinero tampoco le faltará. Aunque ha conseguido salvar la mayoría de las propiedades de su padre gracias a su duro trabajo y las finanzas de la familia están mucho mejor.

-Así que ha trabajado para salvar su patrimonio- dijo ella admirada. La mayoría de la aristocracia sólo se dedicaba a gandulear y no trabajaban. Tenían administradores que se encargaban de sus propiedades y ellos sólo recogían los beneficios.

-Es un hombre como ya no quedan. Sino llega a dirigir su patrimonio, sus padres lo hubieran dilapidado sin ningún remordimiento, dejándolo absolutamente en la miseria. –dijo molesto.

Esther volvió la vista al Conde y le miró con otros ojos. –Ahora entiendo la prisa.

-Está muy ocupado.

Después de varias horas se detuvieron en una posada a almorzar. Issi la ayudó a quitarse el abrigo en cuanto entraron y el conde la fulminó con la mirada al ver que se le veía algo del escote. Varios hombres la miraron con admiración, pues aunque todavía estaba algo delgada irradiaba una luz que la hacía realmente hermosa. Se sentó sonriendo al posadero que les sirvió algo de vino y tartamudeó diciéndole el menú. –Lo que sea estará bien –dijo con una dulce sonrisa mientras le daba los guantes a Issi que seguidamente se sentó a su lado.

-¿Tienes que sonreír a todo el mundo?- preguntó el Conde sentándose con el ceño fruncido. Los tres le miraron como si estuviera loco y gruñó antes de tomar un trago de vino.

Confundida por su ataque miró al señor Tempelton que se encogió de hombros. Les sirvieron la comida y Esther sin darse cuenta sonrió –Gracias- dijo cogiendo los cubiertos.

El Conde volvió a gruñir de manera desagradable pero ella decidió ignorarlo- Tengo muchas ganas de cruzar la frontera escocesa – dijo sonriendo al señor Tempelton- ¡Me han dicho que hay salteadores de caminos!

El hombre empezó a reírse y una mirada fulminante del Conde lo cortó.- ¿Quiere encontrarse con los salteadores?

-Oh sí, ¿no sería emocionante?- preguntó sonriendo.

El Conde bufó y Esther perdió la sonrisa- ¿No sabe hacer otra cosa que gruñir o bufar?

-¿En serio quieres que detengan el carruaje, puede que hiriendo a alguien para que te roben todo lo que tengas?- preguntó como si fuera estúpida.

Esther se encogió de hombros- Yo no tengo nada que puedan robarme –dijo antes de empezar a comer el cochinillo que tenía delante.

-¿Seguro?- preguntó malicioso. Esther se sonrojó intensamente al darse cuenta de lo que quería decir y el señor Tempelton carraspeó incómodo.

No se habló más el resto de la comida pues a ella se le habían quitado las ganas de hablar mientras que Issi miraba al Conde con los ojos entrecerrados. Cuando les retiraron los platos, el

posadero les preguntó si querían un trozo de tarta de manzana y Esther sonrió pero al ver la mirada del Conde negó con la cabeza murmurando- Gracias.

Cuando se subieron al carruaje estaban a punto de salir cuando el Conde se acercó y abrió la puerta dejando sobre el regazo de Esther una servilleta. Sorprendida vio como cerraba de un portazo – ¿Qué es?- preguntó Issi desconfiando.

Abrió las esquinas de la servilleta y allí había un trozo de tarta de manzana. El señor Tempelton se echó a reír mientras el carruaje comenzó el camino y Esther miró al exterior pero no vio al Conde. Sonriendo cogió el trozo de tarta invitando a los demás que negaron con la cabeza. Ese trozo de tarta le supo a gloria porque aunque le había dicho que no se pasara comiendo, bien que la alimentaba.

El traqueteo del coche la hizo dormitar pero el sombrero le impedía apoyar bien la cabeza, así que se lo quitó. Se quedó dormida sobre el hombro de Issi que también durmió sobre la cabeza de su señora. Cuando el coche se detuvo se dio cuenta que ya era de noche e hizo una mueca pues le dolía el cuello por la posición- ¿Queda mucho para la siguiente parada?- preguntó en voz baja para no despertar a Issi.

-No creo – dijo con el ceño fruncido- Creía que ya teníamos que haber parado pero parece que lo haremos en la siguiente.

Esther tenía unas ganas terribles de aliviarse pues habían pasado muchas horas pero cualquiera se lo pedía al conde que le gruñiría fulminándola con la mirada. Cuando ya no pudo más sacó la cabeza por la ventanilla y miró hacia delante. Al no verlo miró hacia atrás para ver el caballo del Conde casi sobre su cara. Miró hacia arriba asustada y vio sus ojos – ¿Queda mucho?

-Unas millas ¿Por qué?- preguntó con rudeza.

-No sé los demás, pero yo tengo que bajar- dijo avergonzada. Ese hombre era insufrible.

El señor Tempelton sacó la cabeza lo que pudo y dijo enfadado- ¡Por el amor de Dios Steven, tenemos que aliviarnos!

El Conde miró a Esther como si tuviera la culpa de todo e hizo detener el carruaje. Ya estaba muy oscuro e Issi que se había despertado, insistió en que tuviera cuidado mientras sujetaba el

vestido para que no tropezara.- ¡Esther, no te alejes mucho!- gritó el conde sacando su arma.

-Igual teme que nos asalte una ardilla- dijo Issi haciendo reír a Esther que se acercó a un enorme árbol –Aquí, Milady. Aquí no la ven.

-Gracias a Dios- susurró de alivio. Miró hacia la carretera y se dio cuenta de que el Conde miraba en su dirección con el arma en la mano- ¿Estás segura que no me ve?

Issi miró hacia la carretera y se puso delante- Ahora seguro que no.

Se agachó y gimió de alivio- Este hombre es un torturador.

-Seguro que él se ha bajado del caballo y nadie se ha enterado. –dijo la doncella molesta- Es inhumano llevar a una dama atravesando el país a toda prisa.

Después de subirse sus calzones y de bajarse las faldas esperó a Issi. Juntas rieron al ver una ardilla y el Conde les gritó- ¿Queréis daros prisa, maldita sea?

Esther puso los ojos en blanco y con unas zancadas muy poco femeninas volvió al carruaje parando a su lado mientras le sacaba la lengua. Él arqueó una ceja viéndola subir al carruaje sin ayuda, levantando las faldas hasta las rodillas y enseñando los bordados que sus medias tenían a la altura de los tobillos.

Una media hora después llegaron a la posada y Esther sonrió de felicidad pues así podía estirar las piernas. No estaba acostumbrada a estar tanto tiempo sentada y le dolía el trasero. Cuando entraron las llevaron a las habitaciones. Esther compartiría la suya con su doncella y los hombres compartirían la otra.

-¿Se cambia de vestido, milady?- preguntó su doncella echando agua en el aguamanil.

Normalmente no lo haría pero quería hacer esperar al conde para la cena por hacerla de rabiar. –Dame el azul- dijo maliciosa pues ese tenía un escote de infarto.

Issi sonrió maliciosa- Entiendo.

Se aseó lo que pudo y se puso el vestido azul –Es una suerte que no tenga que ponerse corsé.

-Como siga comiendo así, tendré que ponerme uno dentro de nada –dijo mientras Issi ajustaba las cintas traseras de su vestido.

Se abrió la puerta de golpe y apareció el Conde con cara de pocos amigos- ¿Pero que haces,

mujer?- preguntó mirándola de arriba abajo.

Ella con las manos en la cintura mientras Issi tiraba, le espetó- ¿Sabes lo que es llamar? ¡Estoy empezando a pensar que lo que quiere es pillarme desnuda!

-Ya te he visto y no mereces la pena.

Issi jadeó de indignación mientras Esther intentó encajar el golpe pero le había dolido y se giró para que no viera cuanto- Saldremos enseguida.

-¿Puede salir, milord?- exclamó Issi con ganas de golpearlo.

Él la miró apretando los labios y salió la habitación dando un portazo. –Este hombre...- Issi miró a su señora que se miraba al espejo aparentando indiferencia –No le haga caso, milady. Puede que hace tres semanas estuviera desmejorada pero ahora está preciosa aunque un poco delgada todavía. Su cara tiene otra luz y sus ojos brillan. Necesita un poco más de carne, eso es todo. Por lo demás está preciosa.

-Gracias Issi –dijo sonriendo débilmente. –Vamos a cenar e ignoremos al Conde.

-Bien dicho.-salió detrás de ella y bajaron las escaleras hacia el comedor donde los hombres las esperaban en la mesa. En cuanto las vieron se levantaron pero Esther sólo sonrió al señor Tempelton ignorando al Conde totalmente. Les sirvieron un exquisito cordero con patatas y verduras. Aunque le costó se lo comió todo y el Conde frunció el ceño para después mirar a Issi que lo fulminó con la mirada.

Les ofrecieron postres y café pero Esther lo rechazó levantándose –Estoy agotada. Les dejaré con su licor y su cigarro.

Los hombres se levantaron –Buenas noches, milady- dijo el señor Tempelton.

-Buenas noches- se giró sin mirar, ni despedirse del Conde que apretó las mandíbulas viéndolas partir

-¿Qué diablos te pasa, Steven?

-No sé de que hablas- se sentó en la mesa y pidió dos brandys.

-Desde que la conoces no has hecho más que molestarla cuando esa adorable joven ha pasado un infierno.

-Ella se lo buscó por lo que he oído- dijo rabioso.

-¿Qué diablos ha hecho aparte de enamorarse de un joven que se aprovechó de ella para conseguir lo que quería? Y lo reconoció todo. La reina ha reconocido que se equivocó con ella.

El conde gruñó antes de beber un trago. –Eres desagradable con ella y no te ha hecho nada.

-Todavía- murmuró provocando que su amigo le mirara enfadado.

-Ya entiendo lo que pasa. Temes que se quede con la herencia si se gana a la Duquesa.

-Es una familiar más directa que yo, que sólo soy pariente por matrimonio. Tendría más derecho pues es de su sangre. –dijo molesto.

-Steven ¿no te das cuenta que esa muchacha vio como única salida enviar esa carta? ¿Preferías que no lo hubiera hecho? ¡Habría muerto en un par de meses!

El conde pareció avergonzado – Claro que no. Pero no puedo evitar sentirme molesto por toda esta situación. Tener que venir yo y ver lo que le hicieron, me ha revuelto las tripas. Encima tengo que llevarla a mi casa durante meses.

El señor Tempelton entrecerró los ojos- Es muy agradable y todavía no entiendo tu comportamiento.

El conde sonrió apoyando la espalda en el respaldo de la silla-¿Sabes que la conocía?

-¿De verás?

-Sí, debía tener cinco años. Yo había ido con la abuela a Londres para las segundas nupcias de su madre. –dijo con una sonrisa. –Nada más verme me pegó una patada en la espinilla.

Su amigo se echó a reír – ¿Por qué?

-Porque me llamo Steven como su padrastro. –pensó en aquel día .-Era una muñequita de rizos rubios y con unos ojos increíbles, parecían de un azul transparente.

-Sigue teniendo unos ojos maravillosos y es muy guapa. Cuando engorde un poco van a tener que quitarle los pretendientes a puñetazos.

Eso le quitó la sonrisa al conde y Tempelton se levantó – Me voy a la cama. Mañana va a ser un día largo al ritmo que nos llevas.

-Quiero llegar cuanto antes.

-De eso ya nos hemos dado cuenta.

Al la mañana siguiente un fuerte golpe en la puerta las despertó. Como estaba acostumbrada a madrugar no le costó levantarse. Se puso un vestido de viaje de terciopelo azul pues el día anterior había pasado un poco de frío, aunque no había dicho nada por no molestar.
Con su chaquetilla a juego y su sombrero bajó a desayunar. Las miradas de admiración al verla la siguieron hasta la mesa donde estaban sus acompañantes que no se perdían detalle. Se levantaron en cuanto llegó hasta la mesa - Buenos días –dijo radiante sin pensar en lo ocurrido la noche anterior. En cuanto se sentaron en la mesa les sirvieron el desayuno y comió con ganas pues sabía que en unas horas no se llevaría nada al estómago. Estaba tomando otro té cuando el Conde la miró – ¿Ha terminado, milady?
-Sí, Conde- dijo dejando el té a la mitad.
Se levantó y el conde miró su taza apretando las mandíbulas mientras se levantaba.-Sino había terminado...
-Oh, da igual –dijo ella con una sonrisa- Podemos irnos.
La doncella le fulminó con la mirada antes de seguir a su señora. Estuvieron sentados en el carruaje un rato pues todavía no habían cargado los baúles, así que de todas maneras tuvieron que esperar. –Increíble- murmuró Issi indignada.
-Tranquilízate y disfruta- dijo sonriendo a su amiga.
Cuando emprendieron el viaje decidieron inventar historias absurdas y se rieron los tres un rato. Estaban hablando de cómo era el sitio a donde iban cuando se detuvieron. – ¿Ya es hora de comer?- preguntó sorprendida por lo rápido que había pasado.
-No creo- el señor Tempelton sacó la cabeza y la metió rápidamente- ¿No quería un asalto? Pues ahí lo tiene, milady.
Esther emocionada sacó la cabeza por la ventana – ¡Métete dentro, mujer!- exclamó Steven furioso con el arma en la mano. Ella no le hizo caso sin dejar de mirar a su alrededor. Cuatro

hombres a caballo les apuntaban con escopetas- Veo que la dama quiere conocernos- dijo divertido el que parecía el cabecilla. Era bastante atractivo, rubio de ojos marrones, la miraba atentamente con una sonrisa en la boca. Ella sonrió y Steven puso el caballo entre ella y el salteador- Si nos dan el dinero y las joyas nos iremos por donde hemos venido.

Steven no bajaba el arma y ella frunció el ceño- Baja la pistola- susurró.

-Cállate.

-¿Quieres que te metan un tiro?

-La dama tiene razón. Baje el arma- el salteador se puso serio –Nosotros somos cuatro y ustedes sólo tienen dos armas. ¿Quién cree que saldrá perdiendo?

Steven bajó el arma. –Ahora baje de ese hermoso caballo para que pueda volver a ver a esa maravillosa mujer.

Gruñendo se apeó del caballo y lo apartó. El salteador sonrió a Esther que volvió a sonreír. –Baje del carruaje, Milady.

Issi la agarró por la cintura- Ni se le ocurra.

-Milady no se mueva de aquí- suplicó el señor Tempelton.

-¿Es necesario?- preguntó ella mirando al salteador- No llevo joyas y no tengo dinero.

Los salteadores se echaron a reír- Lo siento Milady, pero es necesario.

Esther miró al conde y abrió la puerta del carruaje. Saltó del coche y se acercó al conde.

-¡Los demás, bajen!- ordenó el guapo atracador.

Issi bajó antes que el señor Tempelton colocándose los cuatro juntos. El cabecilla se bajó del caballo a la vez que otro de ellos que recogió la pistola de Steven y la escopeta del cochero. –Bien, ahora que nos hemos entendido tan bien. ¿Me dan el dinero, por favor?

Steven sacó una bolsa del gabán y se la tiró. El señor Tempelton hizo lo mismo. El hombre rubio miró a su doncella- ¿Y tú?

-¿No pensará robar a una doncella?- preguntó ella horrorizada.

-Tiene razón, es poco caballeroso- El delincuente se acercó a ella y el conde la cogió del antebrazo colocándola tras él.- ¿Por qué la esconde?

-Ella no tiene dinero, ni joyas. Déjela en paz. – el hombre sonrió.

-Es valiosa en sí misma- dijo divertido –Esos ojos suben su precio en la trata de blancas.

-¡Oiga!- exclamó ella saliendo de detrás de Steven que la volvió a agarrar para colocarse ante ella.

-No te preocupes preciosa, en todo caso te guardaría para mí.- dijo divertido mientras sus compañeros se reían.

Eso la asustó y se pegó a la espalda del Conde, aunque el atracador la agarró del brazo arrastrándola ante él, cogiéndola por la cintura para pegarla a su cuerpo y levantándole la cara para mirarla a los ojos. Steven dio un paso hacia ella pero uno de los asaltantes le apuntó a la cabeza con su propia pistola- ¡Suéltela!- gritó él mientras Esther forcejeaba.

-Tranquilo amigo- susurró con una sonrisa mirándola a los ojos- Sólo voy a robarle algo que no echará de menos.

Antes de que se diera cuenta la estaba besando en los labios y Esther abrió los ojos como platos pero cuando se los acarició suavemente no pudo evitar cerrar los ojos pues era muy agradable. Cuando se separó de ella estaba totalmente obnubilada y ni se dio cuenta de que Steven la había cogido por la cintura acercándola a su costado. Miró a Issi y la doncella soltó una risita. El delincuente la miró guiñándole un ojo y se sonrojó intensamente todavía encantada con lo que había sentido. Suspiró al verle subir al caballo ganándose una mirada fulminante del Conde pero le dio igual. ¡Un bandolero le había dado su primer beso! Cuando se fueron el Conde la giró de golpe.- ¿Estás loca?

Todavía con una sonrisa miró a su doncella ignorándolo- ¡Esther!- exclamó el Conde furioso – ¡Sube al carruaje!- la empujó hasta el coche y la cogió por la cintura tirándola dentro.

-¡Steven!- exclamó el Señor Tempelton pasmado mientras el Conde cogía las riendas del caballo y se subía

-¡Subir al carruaje! ¡Ahora!

Issi se subió rápidamente para atender a su señora, que se intentaba levantar del suelo del coche donde la había tirado. Hizo una mueca al sentarse en el asiento colocándose el sombrero que se

le había torcido totalmente. – ¿Le ha hecho daño?- preguntó su doncella preocupada.

-Me duele un poco la rodilla- susurró ella mientras el secretario subía y cerraba la puerta. El coche salió a toda velocidad. El cochero debía estar algo nervioso.

-¿Está bien, Milady?

-Sí, no se preocupe- Había recibido golpes mucho más duros. Todavía estaba algo confundida por el comportamiento del Conde pero no pudo evitar sonreír otra vez haciéndolos reír por lo que había pasado.

-¿Cómo ha sido?- preguntó Issi.

-No sé- dudó por la pregunta- Al principio me sorprendió. Pero luego me gustó.

El hombre no paraba de reír al ver su cara.

-Su primer beso se lo ha dado un asaltante de caminos- dijo Issi admirada.

-¿Ha sido el primero?- preguntó su amigo.

Esther se sonrojó intensamente- Sí- respondió con una risita.

Al poco se detuvieron en una posada. El Conde estaba intratable gritando a todo el mundo. Fueron al aseo y se sentaron a la mesa. El Conde llegó más tarde y se sentó fulminando con la mirada a Esther- Creo que me debe una disculpa, Conde- dijo ella enfadada.

-¿Por comportarte como una mujerzuela a que le gusta que le bese cualquier sinvergüenza que aparece?

Issi jadeó por el insulto y Esther palideció levantándose de la mesa- ¿Cómo se atreve?

-Steven por Dios ¿qué dices?- el secretario estaba muy incómodo.

-¿Acaso no te gusta que te digan lo evidente?- preguntó ignorándolos a todos –Debes tener un problema con los hombres, parece que te atraen los poco recomendables.

Reprimió las lágrimas porque su referencia a su error anterior, por el que había sido severamente castigada, había sido un golpe bajo.-Si me disculpan, se me ha quitado el apetito.

-Siéntate, Esther – siseó cogiéndola por la muñeca- No pienso quedarme sin almorzar porque tú quieras montar el numerito.

Si salía de la posada Issi la seguiría, así que después de soltar su muñeca se sentó a la mesa. Los demás se pusieron a comer y aunque Issi le acercó el plato dos veces no probó bocado. El conde la condenó con la mirada pero ella no levantó la vista en ningún momento. Tenía un nudo en el estómago y ganas de llorar, pero había aprendido que las lágrimas no servían para nada. Cuando terminaron la comida el posadero se acercó preguntándole sino le gustaba y ella con una sonrisa que no llegaba a sus ojos le dijo que no tenía hambre, que no se encontraba muy bien. El conde entrecerró los ojos pero no dijo nada. Durante toda la tarde no abrió la boca, pues no tenía ganas de hablar y el Señor Tempelton la miró preocupado- Debe ignorarlo, pequeña. No entiendo lo que le pasa pero seguro que no lo ha dicho en serio.

No contestó, no merecía la pena ponerse a hablar de lo que había pasado. Había querido hacerle daño y desgraciadamente lo había conseguido.

Cuando llegaron a la posada esa noche decidió no bajar a cenar e Issi le subió una bandeja mientras se bañaba. –Es una cena fría, así que no se dé prisa.

Suspiró apoyando la cabeza en el respaldo de la bañera y cerró los ojos. La puerta se abrió de golpe sobresaltándola. Miró hacia atrás para ver que el conde entraba en la habitación fulminando con la mirada a Issi que lo miraba horrorizada- ¡Largo!- gritó fuera de sí. La doncella la miró y ella todavía sorprendida asintió.

Issi salió corriendo pues el conde parecía a punto de explotar. Encogió las piernas para tapar sus pechos mientras él se acercaba a ella como si quisiera matarla- ¡No te atrevas nunca más a contradecirme ante los demás! ¡Si yo te digo que te metas en el carruaje, te subes y punto!- le gritó fuera de sí.

Esther palideció al notar su agresividad y se estremeció. Él se dio cuenta y vio su rodilla que sobresaliendo del agua se notaba que empezaba a amoratarse – ¿Eso te lo he hecho yo?- preguntó sorprendido

Ella no respondió simplemente se le quedó mirando – ¡Joder, no me mires como si te fuera a pegar!- gritó fuera de sí.

Una lágrima cayó por la mejilla de Esther sin darse cuenta y Steven la miró arrepentido –Nena,

no llores- se agachó a su lado y la cogió por la nuca para que lo mirara a los ojos- Lo siento.

-¿El qué?

Le miró la cara desde sus finas cejas bajando por sus ojos, pasando por su nariz hasta llegar a su hermosa boca. A Esther se le cortó el aliento abriendo los labios sin darse cuenta y Steven se apartó levantándose de golpe- ¡No volverás a faltar a una comida común! ¡Y cuando te encuentres en la mesa comerás!- gritó yendo hacia la puerta y saliendo dando un portazo.

Issi entró rápidamente- ¿Qué ha pasado?

Esther la miró confusa –No lo sé.

Capítulo 3

Al día siguiente a la hora del desayuno ya se le había pasado el disgusto y se acercó con una sonrisa. El conde la miró con el ceño fruncido, pero eso no era una novedad. Se sentó en la mesa y miró su desayuno. Frunció el ceño al ver gachas. Las odiaba. Nunca había podido comerlas –

¿No hay otra cosa?

-No- dijo el Conde de mala manera.

-No puedo comerlas.

-¿Y eso?

-Me dan nauseas- dijo apartando el vol.

-Comételas Esther, no fuerces mi paciencia- Nadie en la mesa decía nada, pues era una orden.

-De verdad, prefiero no desayunar. La leche me pone mala- dijo apartando el vol otra vez.

-¡Que te las comas!

-Steven, quizás...- dijo el Señor Tempelton

-No pienso tolerar niñerías.

No queriendo hacer un conflicto de eso cogió la cuchara y empezó a comer. Tragando aunque le daban asco. Cuando terminó tenía el estómago revuelto. Siempre le había pasado, cada vez que tomaba algo mojado en leche le daba asco y se ponía mala. Al terminar estaba algo pálida y Steven la miró irónico- ¿A que tampoco ha sido para tanto?

Respiró hondo e intentó sonreír. Al subir al coche el traqueteo la empeoró y sus acompañantes la miraban preocupados. -Se está poniendo verde, mi señora.

Volvió a respirar hondo quitándose el sombrero pues estaba empezando a sudar profusamente
– ¿Se encuentra mal?- preguntó el señor Tempelton preocupado.
Sintió una arcada y el secretario gritó que pararan el coche. Abrió la puerta rápidamente y a Esther no le dio tiempo a bajar. Vomitó desde el coche mientras Issi la ayudaba sujetándola para que no cayera al exterior. Se puso malísima, tanto que pensaba que se desmayaría. Steven al ver la situación la sacó del carruaje cogiéndola en brazos cuando pensó que había acabado. La llevó hasta la vera de la carretera mientras Issi mojaba un paño con agua. Totalmente agotada y con sudores fríos se dejó hacer, mientras Steven le pasaba el trapo por la cara. –Tenemos que llevarla a un médico.
-¡Si no la hubieras obligado a desayunar, esto no habría pasado! ¡No sé lo que te pasa con esta muchacha, pero esto es el colmo Steven!- le gritó el secretario.
Issi lloraba a su lado pues estaba muy pálida- ¿Se va a morir?
-¡No se va a morir!- gritó Steven asustándose por sus palabras.
Otra arcada la sobrevino y él la colocó para que vomitara. Volvieron a pasarle el trapo mojado por la cara pues estaba sudando bastante y Steven le abrió la chaquetilla del vestido. –Está casi sin sentido- dijo Issi temblando.
-La siguiente posada está a varias millas –dijo el Conde preocupado al ver que no abría los ojos. Se levantó con ella en brazos. –Tempelton ata mi caballo al trasero del carruaje. –ordenó llevándosela en brazos. La cabeza de Esther cayó hacia atrás totalmente desmayada e Issi se la agarró histérica.
Se metieron en el carruaje y Steven la echó sobre él mientras la abrazaba preocupado. Le dio dos palmaditas en la cara y al ver que no reaccionaba palideció.- ¡Dios mío! ¡Por unas malditas gachas!
-¡Dijo que le sentaban mal!-gritó Issi con ganas de matarlo- No tenía derecho.
El señor Tempelton tocó la vena del cuello de Esther y después cogió su muñeca –Tiene pulso.
-¿Cómo puede pasar esto? –Steven la abrazó y su cabeza cayó hacia atrás.
-Igual no tolera la leche.- dijo la doncella muy nerviosa.

-La he visto tomar postres que tienen leche- dijo él.

-A ver que dice el médico- dijo el secretario.

Esther gimió tocándose el vientre – Eso si encontramos un médico por aquí- dijo Steven muy serio.

Llegaron a la posada y la bajaron del carruaje. Ya en la habitación Issi la desnudó mientras iban a buscar al médico que vivía a varias millas. Esperaban tener suerte y que estuviera en casa. Al pasarle un trapo húmedo sobre la frente se despertó y le sobrevino otra nausea. Estaba vomitando en un cubo cuando el médico entró en la habitación seguido de Steven. Cuando apartó el cubo se dejó caer en las almohadas y el médico se hizo cargo de ella. – ¿Qué ha pasado?

-Ha desayunado unas gachas y se ha puesto enferma- dijo Issi mirando con odio al conde que la ignoró para acercarse a Esther. Se sentó en la cama y le pasó el trapo húmedo por la frente.- Nos dijo que le sentaban mal pero el Conde la obligó a comerlas

-dijo haciendo que el médico fulminara con la mirada al Conde.

-Supongo que ahora cuando milady le diga que algo le sienta mal, le hará caso.

El médico apartó las sábanas y le tocó el vientre. Esther se quejó de dolor – ¿Qué le pasa doctor? - preguntó el Conde

-Pues se lo ha dicho milady-dijo como si fuera estúpido- Esa comida le sienta mal y evidentemente enferma. No debe tolerar la leche sin hervir, imagino. Seguramente ya le pasaba de pequeña.

-¿Qué hacemos?

-No podemos hacer nada- dijo el médico haciendo que palidecieran- debe expulsarlo su cuerpo y evidentemente lo está haciendo. Su cuerpo se recuperará solo. Puedo darle una infusión para asentar el estómago, pero no se si la tolerará en este momento.

-¿Y los desmayos?

-Eso es de agotamiento. Las nauseas la dejan agotada. Lo importante es que no se deshidrate. Denle agua. Aunque lo vomite. Si empeora...

-¿Cómo sabremos que empeora si está desmayada?- preguntó Steven fuera de sí pasándose una

mano por su pelo.

-Si respira mal, llámenme- dijo el médico cogiendo su maletín y yendo hacia la puerta – pero seguramente mañana después de dormir, se encuentre mucho mejor.

Esther pasó una noche horrible pues intentaban darle agua y en cuanto llegaba a su estómago lo vomitaba – No le des más agua- dijo Steven al ver que no funcionaba- al volver a vomitar se pone peor.

Suspiró de alivio cuando la dejaron en paz y por fin pudo dormir. Se despertó a media tarde del día siguiente con la boca pastosa. Abrió lo ojos y gimió pues estaba algo mareada- ¿Esther?- preguntó el Conde acercándose a la cama- ¿Cómo estás?

-Tengo sed- él frunció el ceño.

-¿Seguro que lo puedes tolerar?

-Tengo sed.

Le acercó un vaso y bebió lentamente. Agotada se dejó caer sobre las almohadas. Steven se sentó en la cama a su lado. Esther cerró los ojos pues no podía mantenerlos abiertos. Él le apartó le cabello rubio de su frente sudorosa pero no dijo nada y ella lo agradeció.

La siguiente vez que abrió los ojos se encontraba mucho mejor. Al menos ya no sudaba y aunque estaba mareada, su estómago ya no estaba tan mal. De hecho, incluso tenía un poco de hambre. – ¿Issi?

Su doncella se dio la vuelta de golpe- Gracias a Dios- dijo acercándose a la cama- ¿Cómo se encuentra, milady?

-¿Qué hora es?

-Deben ser sobre las seis de la tarde. Lleva en la cama tres días.

Se sorprendió de todo el tiempo que llevaba enferma- ¿En serio?- preguntó confundida.

-¿Se había puesto así de enferma antes?

-No comía gachas desde niña- dijo con una sonrisa de disculpa- Sabía que me enfermaban pero no recordaba que tanto.

-Pues le puedo asegurar que ninguno de nosotros lo va a olvidar. El conde estaba como loco- dijo con los ojos como platos.

-Tengo sed- Issi le acercó el vaso de agua y bebió con ansia.

-Despacio, señora.

-Quiero comer algo –dijo cuando el agua llegó al estómago y sintió las tripas moverse. La doncella la miró preocupada pero salió de la habitación.

Al rato llegó el conde – Te has despertado.

-¿No sabes llamar? –preguntó enfadada, harta de que entrara cuando le diera la gana.

La ignoró sentándose en la cama- ¿Cómo estás?

-Bien- dijo desconfiada-¿Por qué?

Steven hizo una mueca- Lo siento. No tenía que haberte obligado a comer esas gachas y me disculpo por ello

Ella entrecerró los ojos sin creer ni una palabra pero aun así le dijo con ganas de que desapareciera- Está bien, disculpas aceptadas. ¿Ahora te puedes ir?

-Lo digo en serio- dijo ofendido.

-Bien- respondió indiferente haciendo que apretara las mandíbulas.

Issi entró con una bandeja y se la dejó sobre las rodillas bajo la atenta mirada de Steven. Ella miró la bandeja, dos rebanadas de pan con un poco de mantequilla y té. Levantó una ceja mirando a su doncella que se cruzó de brazos entrecerrando los ojos- Hasta que no vea que eso se queda en su estómago milady, no comerá otra cosa.

Steven rió entre dientes mientras Esther cogía una rebanada de pan para meterla en la boca. Se detuvo a punto de morder- ¿No tiene nada que hacer, conde?

-Pues no. Puesto que estamos aquí detenidos a causa de tu sensible estómago.

-Le dije…

-Ya, ya.

Asombrada miró a su doncella que se encogió de hombros. Comió las dos rebanadas y se bebió el té mientras la observaban como halcones. Cuando terminó, Issi retiró su bandeja y se volvió a

acostar pues estaba cansada. Steven sentado a su lado la miró a los ojos- Si quieres podemos irnos, puedo dormir en el carruaje. Duermo en cualquier sitio.

Él apretó las mandíbulas y negó con la cabeza- Unos días no nos perjudicarán.

Esther le miró atentamente pero no daba signos de mentir, así que asintió. Cerró los ojos y suspiró –He vuelto a adelgazar- dijo con pena para sí.

-Ya cogerás peso.- susurró el- Tampoco hay prisa.

Ella hizo una mueca antes de dejarse llevar por el sueño.

Issi la despertó a la mañana siguiente y Esther estaba muerta de hambre. Cuando vio lo que le traía de desayuno frunció el ceño enfadada –Quiero otra cosa.

Su doncella miró las dos rebanadas de pan- Milady, tiene el estómago sensible

-¡Ya estoy bien!- exclamó muerta de hambre.

Se abrió la puerta y apareció el Conde en camisa y sin pañuelo. Parecía que se acababa de levantar de la cama pues tenía el pelo revuelto. Esther arqueó una ceja- ¿Una noche agitada, Conde?

Gruñó antes de acercarse- ¿Qué diablos pasa?

-¡Quiero otra cosa de desayunar!- se quejó apartando la bandeja- ¡Llevo días sin comer algo decente!

El conde observó las dos rebanadas de pan y miró a la doncella – Vaya a la cocina y que le preparen otra cosa más contundente.

-Pero milord…- dijo Issi preocupada.

-Issi, tengo hambre- dijo cruzándose de brazos –Y también quiero algo dulce. Chocolate.

-Esther…-su voz indicara que no se pasara.

Ella le miró con los ojos entrecerrados- Algo de fruta y unos huevos con esas rebanadas de pan. Eso es todo.- dijo él sonriendo.

Chasqueó la lengua pero se conformó, asintiendo a Issi que la miraba esperanzada. Cuando salió de la habitación cogió su té y bebió mientras él se quedaba allí de pie- ¿Se pasó ayer con el

brandy?- preguntó observando su pelo revuelto.

-Fue una noche bastante aburrida- respondió divertido sentándose en la cama.

-Pobrecita. Vaya concepto que tiene de ella.

Él se quedó con la boca abierta- ¿Pero que…?

Esther le miró divertida- ¿Va a negarlo?

Se sonrojó ligeramente y Esther se echó a reír a carcajadas al ver su expresión. No sabía que decirle y eso la divirtió mucho. Carraspeó levantándose evidentemente incómodo –Veo que te encuentras mucho mejor

-¿Nos vamos?- preguntó esperanzada con ganas de llegar- Estoy bien. En cuanto desayune me pongo el vestido de viaje

-¿Te sientes con fuerzas? –preguntó mirándola dudoso- Queda lo peor del viaje y...

-Sí, sí. ¡Estoy bien!

Steven lo pensó unos minutos – Está bien. Nos pondremos en marcha.

Sonrió como una niña y el no perdió detalle. Se miraron a los ojos y después de unos segundos Esther desvió la mirada avergonzada aunque sin saber porque. – Te esperamos abajo.- dijo el con la voz endurecida antes de salir de la habitación.

Al levantarse de la cama se dio cuenta de que no tenía tantas fuerzas como pensaba pero no dijo nada pues no quería estar en la cama y así avanzarían en el viaje. Issi la miraba con el ceño fruncido –No se encuentra bien.

-Como digas algo…- pensó en lo que iba a decir- no te daré mi postre.

-Usted lo necesita más que yo – dijo la doncella sonriendo.

Esther se echo a reír a carcajadas porque tenía razón. –Estoy bien. –dijo saliendo lentamente de la habitación.

Cuando llegó abajo enderezó la espalda para que vieran que estaba bien. Se encontró con los hombres que la esperaban en el comedor y el Conde la miró con los ojos entrecerrados. Gimió interiormente sonriendo para la galería.- Buenos días, Señor Tempelton.

-Milady, me alegro de ver que se encuentra mejor. Nos dio un buen susto.

-Me encuentro mucho mejor. Gracias

-Siéntate antes de que te caigas redonda- dijo el conde mirándola enfadado.

Se sentó en la silla mientras los lacayos bajaban los baúles y se mordió el labio inferior porque el conde no le quitaba ojo. Issi se acercó a ellos – Todo listo.

Esther se apoyó en el respaldo de la silla para levantarse y Steven se acercó a ella rápidamente y la cogió en brazos – Puedo andar.- protestó pasando el brazo detrás de su cuello.

-Reserva tus fuerzas- dijo molesto- Te juro que como te vuelvas a poner enferma…

-Estoy bien.

La sentó en el asiento del carruaje e Issi y el secretario se sentaron frente a ella.- Así podrá tumbarse, Milady- dijo el señor Tempelton.

Tumbarse del todo no pero si podía estirar las piernas. Se sentó en una esquina y las extendió sobre el asiento. Issi le puso una manta por encima- ¡No soy una invalida!

-¡Hace frío! ¡No discuta más!- la reprendió la doncella.

Esther sonrió guiñándole un ojo al señor Tempelton algo sorprendido por las confianzas que se tomaba la doncella.

El conde cerró la puerta después de verla cómoda y se subió a su caballo- ¿No hace demasiado frío para que vaya a caballo?- preguntó algo preocupada al ver que empezaba a llover ligeramente.

-Le he dicho que alquiláramos un coche pero no ha querido.

Preocupada porque lo hiciera por su estado se acercó a la ventana. Steven se enfadó al verla- Mete la cabeza, ¿estás loca? Te vas a mojar.

-Sube al carruaje. Está lloviendo.- dijo ella preocupada- Si te pones enfermo tú ¿qué vamos a hacer?

El conde puso los ojos en blanco – ¡Entra y acomódate antes de que te pegue una tunda!

Jadeó indignada abriendo los ojos como platos y sin contestar lo que se merecía, entró sentándose enfadada- Eso me pasa por abrir la boca.

-Cierto, Milady- dijo el secretario haciéndolas reír.

Varios minutos después estaban hablando animadamente cuando se detuvo el carruaje y Steven subió al carruaje después de quitarse el gabán. Esther levantó una ceja sin mover las piernas y él la miró divertido. La cogió por los tobillos levantándole las piernas y ella chilló indignada cuando se sentó volviendo a colocarlas encima de sus muslos una vez sentado. El señor Tempelton intentaba contener la risa mientras Esther intentaba bajar las piernas- No te muevas- dijo él fulminaba con la mirada. –Recuerda la tunda.

Issi jadeó cruzándose de brazos y Esther intentó patalear pero él agarró sus piernas para inmovilizarla. No tenía fuerzas, así que apoyó la espalda en la pared del carruaje. La avergonzaba un poco estar en esa posición tan íntima con sus piernas sobre sus muslos pero no tenía ni fuerzas ni ganas para resistirse, así que se encogió de hombros.

El señor Tempelton y él estuvieron hablando un rato sobre unas obras que pensaban hacer en la finca. A ver que el sombrero le impedía apoyar la cabeza en el respaldo Steven alargó el brazo y le soltó el lazo quitándoselo en un movimiento. Asombrada miró a Issi que reprimió una risita. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento escuchándolos hablar de unos pastos que no estaban siendo bien aprovechados cuando sintió como le acariciaba el tobillo por encima de la media. Sorprendida no se movió, hasta que reaccionó y lo movió ligeramente para que se diera cuenta de lo que había hecho pero él no hizo ni caso, como siempre. Así que lo dejó por imposible.

Después de unas horas Steven quiso que se detuvieran para que ellas fueran al excusado y tomaran un té con un pastel. Cuando la llevó otra vez al carruaje se sentaron en la misma posición y le quitó los zapatos para que estuviera más cómoda. Se quedó dormida al subir pues en ese momento ya estaba agotada. Se llevó varios golpes en la cabeza y gimió en sueños. El coche se detuvo y al no haber movimiento se despertó. Su frente estaba pegada al cuello de Steven y la tenía agarrada por la cintura. Dios mío ¡estaba sentada encima de él! ¿Cómo había pasado eso?

Levantó lentamente su mirada al ver que Issi bajaba del carruaje.- ¿Paramos?

-Vamos a almorzar- dijo él mirándola atentamente apretando la mano que tenía en sus rodillas- ¿Estás bien? ¿Pido las habitaciones?

-No- dijo sonrojada- siento haberme dormido encima de ti.

-Eres ligera como una pluma- dijo divertido sentándola en el asiento. Steven se agachó y le puso un zapato.

-Puedo yo- dijo al ver como le ponía el otro acariciando el puente de su pie. Se puso como un tomate desviando la mirada al exterior.

-Vamos, nena- dijo Steven saliendo del carruaje.

Antes de que se diera cuenta ya la había cogido en brazos y la entraba en la posada. –Estoy bien

-Por eso has dormido tanto –dijo él molesto.

Decidió cerrar la boca pues no conseguía nada. La sentó en la silla y llamó al posadero que se acercó inmediatamente. –Tráiganos algo de comer. ¿Qué tiene?

El hombre sonrió enseñando que le faltaban dos dientes- Un cordero para chuparse los dedos.

Steven frunció el ceño mirando a Esther que sonreía de oreja a oreja- Milady está delicada.- ella perdió la sonrisa e Issi echó una risita.

-Entonces a ella puedo ponerle un caldito de pollo con patatas.- dijo el hombre mirándola y asintiendo.-Eso le sentará bien

-Bien, traiga tres platos de cordero y el caldo.- El conde se sentó en la silla frente a Esther que estaba claramente enfurruñada- Y vino, para ella agua.

-Sí, milord- el posadero salió a toda prisa y Esther gruñó.

-No protestes Esther, no quiero que me vomites encima- dijo divertido.

Volvió a gruñir haciéndolos reír. Una muchacha se acercó para servirlos. Llevaba una blusa que dejaba a la vista la mayoría de sus encantos y sonreía mucho. Sobretodo a Steven que se dejaba querer. Cuando dejó el cordero ante él se agachó tanto para enseñarle sus pechos que Esther se la quedó mirando con la boca abierta, hasta que Issi le dio pellizcó el muslo por debajo de la mesa. El conde sonreía divertido por su comportamiento mientras que al señor Tempelton se le caía la baba. –Si necesita algo más, por favor pídamelo- dijo ella con voz seductora mirando al Conde como si quisiera comérselo. Esther estaba muy molesta y era algo que no llegaba a entender porque ese hombre no le caía bien.

Cuando la chica se alejó de la mesa moviendo descaradamente las caderas, Esther frunció los labios. Entonces miró su comida para después mirar los platos de los demás, gimió metiendo la cuchara en aquel mejunje- Come Esther- dijo el Conde que había perdido la sonrisa.

-Esto es asqueroso- protestó ella levantando la cuchara.

-Ya empezamos- dijo el conde exasperado.

-Dame un trozo de cordero, Issi- dijo ella mirando a su doncella que negó con la cabeza metiendo el tenedor en la boca y saboreó la deliciosa carne.- Traidora.

-Come el caldo y déjate de tonterías. ¿O también el caldo te sienta mal?- la ironía de la pregunta le fastidió.

Hizo una mueca y metió la cuchara en la boca. Tenía buen sabor aunque la pinta dejaba que desear. Comió todo el pan que pudo para llenarse, pues el caldo no era suficiente mientras ellos se ponían las botas comiendo el cordero sin ningún remordimiento. Cuando la moza recogió los platos sonriendo como una tonta, se acercó descaradamente a Steven casi pegando su cadera a él.

– ¿Tienen algo dulce?- preguntó desesperada.

La chica la miró indiferente –Pues... tarta de moras.

Esther miró a Steven rogándole con la mirada- Está bien- dijo él sonriendo a la chica. –Traiga tarta de moras para todos.

Sonrió como si le hubiera regalado la luna y el Conde se la quedó mirando varios segundos hasta que el señor Tempelton carraspeó. Cuando le sirvieron la tarta frunció el ceño porque la muy zorra le había dado el trozo más pequeño. Era tan evidente que Issi se quedó con la boca abierta. Steven cogió su plato y se lo cambió antes de que le dijera algo a aquel pendón. Esther la miró con inquina y la chica se sonrojo yéndose rápidamente.

-Voy a decirle cuatro cosas antes de irnos- dijo ofendida.

-Déjalo estar, seguro que le han dicho que estás delicada – Steven se lo estaba pasando en grande

-Sí, Milady. Seguro que es eso- el secretario intentaba calmarla pero ella no se quedó tranquila.

Comió la tarta que estaba deliciosa y cuando comió el último trozo hizo una mueca. Steven la miraba divertido – ¿Te hace gracia?

-Sí.

-Esto es culpa tuya- dijo enfadada mirando su plato intacto. –Dame tu tarta.

Steven se echó a reír y le pasó su plato.

-¡Milord!- protestó Issi ganándose una mirada fulminante de Esther – ¿Y si vuelve a vomitar?

-Tendrás que soportarme- dijo Esther con la boca llena.- No seas pesada.

Los tres se echaron a reír mirándola disfrutar de su postre.

Cuando se levantaron ella se adelantó para que Steven no la cogiera en brazos, pero se cruzó con la muchacha que estaba flirteando con otro cliente después de haberse dado cuenta de que había perdido su oportunidad con Steven. Le lanzó una mirada fría que borró la sonrisa de la cara a la muchacha. –Milady- Issi la cogió del brazo- Nos vamos.

La chica le sonrió descaradamente y se cruzó de brazos intencionadamente elevando sus enormes pechos. Miró sus pequeños pechos que todavía estaban más disimulados con la chaquetilla de su vestido. Se sonrojó profundamente e Issi fulminó con la mirada a la muchacha – ¿Tú no tienes nada que hacer?

-Claro, ir a dar a mamar a mi chiquitín. –dijo descarada sonrojándolas a las dos-Algunas podemos.

La mirada de desprecio que le dirigió la moza la sacó de sus casillas dando un paso adelante. Steven se colocó a su lado cogiéndola del brazo-¿Y sabes de quién es ese chiquitín?- preguntó divertido provocando que la moza se avergonzara por las risas de la mesa de al lado.

Esther miró de reojo a Steven y enderezó la espalda, saliendo del comedor como una reina. En cuanto llegaron al carruaje Steven la ayudó a subir. Sonriendo se sentó en su sitio. Issi cuando subió le guiñó un ojo satisfecha. Steven se subió al carruaje y volvió a subirle las piernas antes de darse cuenta quitándole los zapatos. Estuvieron hablando un rato de lo que se podía hacer en el castillo. –La abuela organiza fines de semana con las familias vecinas- dijo Steven mirándola- Y si el tiempo lo permite hay meriendas.

-También podrá montar a caballo. –dijo el señor Tempelton.

Ella hizo una mueca- No sé.

La miraron escandalizados – ¿Cómo es que no sabes montar a caballo?

Se encogió de hombros- Cuando era pequeña mi madre decía que cuando creciera un poco y después me fui al internado. Allí no se practicaba. Después me enviaron a palacio y me daba vergüenza decir que no sabía, así que las damas que montaban se iban sin mí pues les decía que no me apetecía.

Steven entrecerró los ojos- En casa aprenderás, es imprescindible.

-Sí Milady, puede necesitar montar. Debe aprender.- dijo el secretario molesto por que hubieran descuidado su educación.

-En el internado nos enseñaban otras cosas- dijo sintiendo la mano de Steven en su empeine.

-¿Bordar?- preguntó divertido.

-Y pintar-contestó entre risas- llevar una casa.

-¿Qué otras cosas has aprendido?

-Hablar francés, alemán…- pensó en ello- no sé matemáticas, geografía...

-¿Hablas alemán?- preguntó sorprendido.

-Es que mi tutora era alemana y como me quedaba en las vacaciones, me hablaba en su idioma.

-¿Se quedaba en las vacaciones? ¿No iba con su familia?- preguntó el Señor Tempelton sorprendido.

Se sonrojó ligeramente y negó con la cabeza-¿Hace cuanto que no ves a tu padrastro, Esther?- preguntó Steven mirándola atentamente.

-Desde que tenía siete años.

-Madre de Dios- dijo el secretario escandalizado. Steven lo fulminó con la mirada al ver que Esther se avergonzaba más.

-¿Y a tus hermanastros?

-A dos no los conozco- murmuró ella –y los otros los vi por última vez en el funeral de mi madre.

-¿Cómo llegaste a palacio?- preguntó suavemente mirándola a los ojos.

-Mi padrastro me envió, no sé como lo hizo- dijo encogiéndose de hombros.

-¿No tenías que haber sido presentada en sociedad?

-Tenía diecisiete años y mis amigas del internado fueron presentadas ese año, así que supongo que sí, pero a mí me llevaron a palacio y nunca se me habló del tema.- dijo mirándolos confusa- ¿Por qué?

-Está claro que tu padrastro no quería que te casaras- dijo entrecerrando los ojos.

Ella le miró con alivio- Claro, se quedaría sin mi dinero.

Steven se enderezó- ¿Qué dinero?

-Pues si me caso heredo la fortuna de mi abuela que a su vez le dejó a mi madre. Es mía, no sería de mi marido. A él le correspondería una dote aparte que es muy sustanciosa.

-¿La fortuna de tu abuela se parece a la de la tía abuela?- preguntó sorprendido.

-No sé, pero es mucho. Recuerdo que mi madre en su cama me dijo que podría cubrirme de diamantes- dijo sonriendo al recordarlo- Aunque no sé lo que queda, claro. Después de trece años puede que no quede nada. No sé los términos del testamento pues era muy pequeña.

El secretario parecía muy interesado-¿No sabe los términos del testamento de su madre?

Se encogió de hombros-¡Válgame Dios! La ha tenido prácticamente enclaustrada para que no se enterara de nada.

-La Reina me ha dicho que lo investigará- dijo con una sonrisa- Ella se encargará.

Steven apretó los labios muy molesto- Tu padrastro debe ser un desgraciado para tratarte así.

-Recuerdo de pequeña que no podía ni verlo- dijo entre risas –Cada vez que lo veía le pegaba una patada en la espinilla

Steven sonrió.

Hablaron otro rato pero a Esther se le empezaron a cerrar los ojos. Casi dormida sintió como la sentaba en su regazo y le colocaba la cabeza en su cuello mientras susurraba algo al señor Tempelton. Se quedó dormida oliendo su agradable aroma.

Se despertó en una cama, así que imagino que estaba en una posada. Se sentó en la cama y se

sorprendió al llevar el vestido puesto. Frunció el ceño mirando a su alrededor. Aquello no era una posada. Parecía una casa y la cama no era de calidad. Los muebles eran toscos, aunque estaban limpios. Se sentó en la cama para ver que sus zapatos no estaban allí, ni su equipaje.

– ¿Issi? – preguntó casi con miedo. Se bajó de la cama y fue hasta la puerta que se abrió en ese momento y quien entró la dejó con la boca abierta.

-Te has despertado, preciosa.

Delante de ella tenía a la única persona que esperaba no volver a ver en la vida- Martin, ¿qué haces aquí?- preguntó sorprendida mirando al hombre que le había arruinado la vida.

-He venido a buscarte, mi amor- dijo mirándola con cariño con sus ojos marrones. Ella le miró de arriba abajo. No parecía que acabara de salir de galeras. Su pelo rubio estaba impecablemente cortado y peinado. Llevaba una camisa blanca impecable con un lazo al cuello, una chaqueta de terciopelo rojo y unos pantalones de montar beige. Incluso sus botas relucían. Esther incluso diría que estaba más gordo- No has ido a galeras.

Él se echó a reír e intentó abrazarla pero al ver que se apartaba Martin frunció el ceño- ¿Qué ocurre mi vida? Estoy aquí.

-¿Qué ha pasado Martin? – preguntó furiosa- ¿Cómo te veo tan bien mientras yo he pasado un infierno?

-Me escapé. Soborné a uno de los guardias antes de que el barco zarpara- dijo él mirándola preocupado- Después te iba a buscar pero entrar en palacio es muy difícil

Tembló de indignación. Esther pensaba que él estaba en alta mar y mientras tanto ella fregando suelos. Y todo había sido culpa suya. – ¿Por qué lo hiciste?- preguntó furiosa- ¡Me traicionaste!

-Quería una vida mejor para nosotros, mi amor- dijo mirándola suplicante.

-¡No tenías que haber hecho nada!- gritó ella –Sabías que tenía dinero y en cuanto me casara….

-¡No nos hubieran dado ni un penique!- gritó él. – ¡Tenía que hacer algo y lo hice!

-La Marquesa podía haber muerto ¡La secuestraste!

Martin ante la mirada atónita de Esther se encogió de hombros.-Me mentiste para que engañara a los lacayos diciendo que querías entrar en la habitación para cuidar a la Marquesa como médico

de la reina y te la llevaste para que un loco la matara. ¿Estás chiflado?

-Me iban a pagar bien.

-¿Y sabes por qué no te pagaron? ¡Porque estaban en la ruina más absoluta! –gritó ella fuera de sí- Si hubieras esperado hubiéramos tenido mi dinero.

Martin se volvió a acercar a ella- Ahora da igual, Esther. Podemos ir a las Américas. Lo tengo todo pensado. En el Oeste necesitan médicos- Esther lo miró horrorizada dándose cuenta que no sabía que le había visto a ese hombre.

-No pienso irme de Inglaterra.

-Preciosa, estás confusa. Sé que lo has pasado mal…

-¿Mal? Casi muero de hambre y por los golpes que he recibido en siete meses. ¡Y después de mentirme y hacerme pasar un infierno, tienes el descaro de presentarte ante mí!- gritó ella queriendo pegarle. Hasta que se dio cuenta de algo- Dios mío ¿cómo he llegado aquí?

Él la miro sonriendo- Soy médico, mi vida. Cuando llegasteis a la posada le di unas monedas a la moza y eché laudano en el vino y en tu sopa.

Se llevó una mano al pecho- ¿No les habrás hecho daño?

-Simplemente paré el carruaje y te recogí de entre sus brazos- dijo entrecerrando sus ojos marrones- Por cierto ¿por qué te abrazaba mientras dormías?

-¡Eso no es asunto tuyo!- gritó ella.

Martin se enfadó cogiéndola de los brazos – ¿Después de todo lo que he hecho para que volviéramos a estar juntos? ¿No estarás con él?

-¡Suéltame Martin!- dijo intentando soltar sus brazos.

-¿No te habrás acostado con él cuando a mí no me has dado ni un maldito beso?

-¿Dónde estamos, Martin? – preguntó asustada por su comportamiento. Siempre había sido un hombre dulce con ella y ese aspecto de su personalidad le ponía los pelos de punta.

-Cuando vi la dirección que tomabas busqué un sitio donde quedarnos unos días hasta que pasara tu búsqueda- dijo mirándola a los ojos con malicia –Y ahora voy a tomar lo que me hubieras dado gustosa en palacio.

-¡Eso es mentira!- gritó ella intentado soltarse- ¿Crees que no me enteré de todas las damas con las que te acostaste? ¡Las chicas que trabajaban conmigo se encargaron de decírmelo!

Martin se echó a reír- Cielo, si no me dabas ni un beso ¿Qué querías que hiciera?

La apretó a él y la besó. Esther intentó resistirse pero no tenía fuerzas. Fue muy rudo y le hizo daño en los labios. Se echó a llorar porque Martin se estaba comportando de una manera que la estaba asustando. Intentó que abriera la boca, le mordió el labio inferior y la apretó a su pecho.

Un golpe en la puerta los sorprendió y Steven entró con la pistola en la mano seguido de el Señor Tempelton- Apártate de ella- dijo con voz fría apuntando a Martin con la pistola- o te juro que te pego un tiro.

-Gracias a dios – dijo ella pero la mirada de odio que le dirigió Steven la dejó helada.

-¿Se puede saber qué quiere usted?- preguntó Martin enfadado- Estoy con mi novia y vamos a casarnos.

Steven apretó las mandíbulas mientras ella se apretaba las manos nerviosa- ¡No nos íbamos a casar!

-Cállate Esther- dijo Steven furioso – ¿Y usted es?

-Martin Fishburne- Esther lo miró sorprendida, ese hombre era idiota. Acababa de decir su nombre real cuando seguramente le estarían buscando.

Steven entrecerró los ojos- El médico. –dijo entre dientes.

-¡No tiene ningún derecho!- gritó Martin intentando coger a Esther del brazo.

-No la toque- el médico bajó la mano temiendo que le pegara un tiro.-Esther, vete al coche.

Nerviosa miró a Martin- No le matarás ¿verdad? Se va a las Américas.

Steven miró hacia ella como si quisiera matarla- ¡Al coche!- gritó fuera de sí.

-Mi amor- dijo Martin al ver que se iba hacia la puerta. –no puedes irte con él

Ella le miró a los ojos- Adiós, Martin.- salió por la puerta sin mirar atrás cuando oyó un golpe.

Nerviosa volvió a la habitación y abrió los ojos como platos cuando vio a Steven y a Martin pegándose puñetazos. El señor Tempelton la cogió del brazo y tiró de ella – Vamos al carruaje.

La metió en el coche donde Issi la esperaba comiéndose las uñas- ¿Cómo me habéis encontrado?

-El muy inconsciente se la llevó a caballo y se encontró con varias personas a su paso. Sólo tuvimos que buscar en dos casas hasta encontrarla. Sabíamos que no podía ir muy lejos con Milady inconsciente.

Steven salió de la casa con la furia reflejada en sus ojos. En realidad todo él parecía a punto de estallar.

Subió al carruaje y dio un golpe en el techo. Esther le miró de reojo y vio que abría y cerraba las manos que estaban ensangrentadas-¿Le has matado?- preguntó nerviosa.

Steven la fulminó con la mirada- No, tu amorcito todavía está vivo.

Issi se moría por saber lo que pasaba- No es mi amorcito- susurró ella.

-¡Pues bien que le estabas besando, aunque después de haberte visto besar a un asaltante de caminos no me extraña nada!- gritó él fuera de sí.

-Me besaba él a mí- dijo indignada – ¡Y no me gustó!

-No como el asaltante, quieres decir

-¡Exacto!- gritó ella cruzándose de brazos.

Steven la miró como si quisiera estrangularla y ella decidió ignorarle- Como se te ocurra acercarte a él otra vez le entrego a los guardias.- la amenaza no surtió efecto porque a ella le daba igual.

-No hace falta, se va a América.

-Quería irse contigo, claro.

-Claro- le espetó como si fuera estúpido.-Él me ama.

Steven apretó los labios- ¿Qué manera de amar es esa que hace que traiciones a la Reina y tiene la necesidad de secuestrarte?

-No traicioné a la reina ¡Yo no sabía lo que Martin tramaba!- gritó furiosa- Y además ¿a ti que te importa? ¡Tú sigue acostándote con todo lo que se mueve y déjame en paz!

Él la agarró por el cuello acercándola a él – Como le vea acercarse a ti le pego un tiro. Mientras estés en casa de la abuela te comportarás como una dama y no como una furcia del puerto.- Issi jadeó- Y no andarás por ahí besándote con el que se te ponga por delante.

-¡Estúpido hipócrita!- le gritó a la cara- Tienes el descaro de darme lecciones de moralidad cuando eres como un perro callejero.

El secretario carraspeó pero ellos no le hicieron caso mientras se miraban con furia- ¿Te hubieras ido con él?

-¡Ese no es tu problema! ¡Yo no soy tu problema!

-¡Mientras estés en casa de la abuela sí!- la soltó de golpe y ella se alejó todo lo que pudo de él molesta.

En el carruaje se hizo un silencio denso que duró lo suficiente para que le doliera la cabeza. Furiosa salió del carruaje cuando se detuvieron sin esperar la ayuda de nadie. Entraron en la posada y les dieron dos habitaciones. Al subir, Issi la miraba preocupada y ella le pidió el baño pues no tenía ganas de hablar con nadie. Después de bañarse se puso el camisón y le dijo a Issi que fuera a cenar pues a ella no le apetecía.

Minutos después de que su doncella se fuera se estaba cepillando el cabello ante el fuego cuando se abrió la puerta de golpe. El Conde entró en la habitación cerrando la puerta de golpe – ¿Qué haces en camisón?

-¿Eres estúpido o sólo lo aparentas? Me voy a acostar- dijo con ironía sin mirarlo mientras se seguía cepillando el cabello para que se secara.

Él se acercó y le arrebató el cepillo tirándolo al otro extremo de la habitación. Esther le miró furiosa- ¡Ese cepillo es un regalo de la reina!

-¡Me importa una mierda!- le gritó a la cara- ¡Tenías que estar abajo!

-Me duele la cabeza- le dijo entre dientes.

-¿Ahora te duele la cabeza? ¡Voy a empezar a pensar que eres una quejica!

-¡Déjame en paz de una vez!

-¡Vístete ahora mismo para bajar a cenar!

-No –se dio la vuelta para meterse en la cama cuando la cogió por la cintura y le dio la vuelta. La agarró del pelo tirando de su cabeza hacia atrás para que lo mirara. Sus ojos verdes refulgían de furia- Estás acabando con mi paciencia, Esther.

-Ah ¿pero tienes de eso?- le retó con la mirada y Steven la besó. La sorprendió tanto que se quedó totalmente quieta sin responder, aunque por otra parte no sabía lo que tenía que hacer. Con las manos en los costados él la besaba moviendo su cabeza como si fuera una muñeca y cuando empezaba a sentir una sensación bastante agradable, él se enderezó con el ceño fruncido. –El asaltante lo hacia mejor- dijo sin pensar.

-¿En serio?- parecía sorprendido y después enderezándose frunció el ceño – ¿Qué hacía distinto?

Esther lo pensó un segundo- No sé, pero lo hacía mejor.-Se volvió y fue hasta la cama metiéndose en ella. Steven se quedó allí parado mirándola como si nunca la hubiera visto. Cuando acomodó las sábanas le miró y levantó una ceja-¿Algo más?

Él negó con la cabeza y salió pensativo de la habitación. Esther se encogió de hombros y se tumbó pensando que los labios de Steven eran muy suaves.

Capítulo 4

A la mañana siguiente se despertó con mucha energía y mucha hambre-Buenos días –dijo radiante sentándose en su silla. El posadero se acercó y ella pidió un gran desayuno. El Conde la miraba con los ojos entrecerrados mientras hablaba con el señor Tempelton. Comió el jamón y los huevos saboreándolos. Su té le supo a gloria y cogió dos galletas que mordisqueó sin que el conde abriera la boca. Issi lo miraba con el ceño fruncido y el señor Tempelton también pero Esther esa mañana se sentía feliz y no quería que nada se lo fastidiara- Llegaremos hoy ¿verdad?
-Sí, esta tarde habremos llegado a Castelblack-dijo el secretario satisfecho.
-Estupendo –dijo levantándose-¿Nos vamos? Estoy impaciente.
El conde se subió a su caballo dando órdenes y Esther levantó una ceja mirándolo. Él la ignoró y eso le hizo gracia. Estaba enfadado con ella. La mañana fue divertida porque todos estaban animados al estar tan cerca de su destino. A la hora de la comida no pararon de hablar entre los tres mientras el Conde que parecía haber perdido el apetito apartó el plato y se levantó diciendo que iba a revisar los caballos. No lo había hecho nunca y lo miraron extrañados.
Después de un par de horas llegaron a su destino y Esther sacó la cabeza por la ventana para ver la que sería su casa hasta la primavera. El edificio parecía sacado de un cuento. ¡Era un castillo de verdad! ¡Con su torre de piedra e incluso tenía un muro de piedra y un foso! Esther se enamoró nada más verlo.
– ¡Es emocionante!- gritó viéndolo a medida que llegaban mientras el señor Tempelton se reía de su entusiasmo.

Sonrió al Conde que iba detrás pero Steven desvió la mirada haciéndola perder algo la sonrisa. Pero no dejaría que le estropeara ese momento. Se volvió al castillo y vio que se acercaban a un puente de piedra que daba paso al patio del castillo. Una anciana rodeada por el servicio les esperaba en la escalinata y el carruaje se detuvo ante la puerta. Nerviosa miró a Issi – ¿Cómo estoy?- preguntó insegura.

-Preciosa, milady. Mejillas sonrosadas y ojos brillantes llenos de vida- dijo la doncella con cariño.

Sonrió a su amiga cuando se abrió la puerta. El conde la miró duramente y estiró la mano. Ella se la cogió insegura y bajó del carruaje mirando a la anciana que estaba sonriendo en lo alto de la escalera. Subió los escalones con el Conde a su lado e hizo una reverencia agachando la cabeza- Duquesa.

-Déjate de tonterías, niña y dame un abrazo que hace años que no te veo. –Esther aliviada se acercó para abrazarla y la mujer la besó en la mejilla. No la besaban así desde que su madre había muerto y se emocionó.

La mujer se alejó para verle la cara- Estás más bonita si cabe, aunque un poco delgada.

Esther se echó a reír atrayendo todas las miradas- Gracias ¿Cómo quiere que la llame?

-Abuela estará bien ¿te parece?

Sonrió encantada- Me gusta, abuela.

-A mi hermana no le importaría- dijo ella con tristeza.- ¿Cómo te encuentras? Sé que has estado delicada.

-Abuela, ha estado enferma también durante el viaje ¿Por qué no entramos? Empieza a hacer frío.

-Sí, Steven –Cogió del brazo uno a cada lado- ¿Cómo ha ido el viaje? ¿Algún problema?

-Nos han asaltado-dijo ella emocionada.

-Dios mío –la abuela la miró con una sonrisa- ¿Te asustaste?

Se sonrojó provocando la risa del secretario que los seguía- La besó un asaltante, abuela-dijo Steven molesto.

La abuela entrando en el salón la miró con picardía- ¿De verdad?

-Oh sí, era muy apuesto- dijo ella sonriendo de oreja a oreja mientras se quitaba el sombrero.

La risa de la abuela le encantó y se propuso animarla todo lo que pudiera- Fue su primer beso- dijo el secretario sorprendiendo a la abuela.

Se sonrojó intensamente-Vaya, ¿qué les pasa a los ingleses?

-Pues no sé porque desde que salí de Londres me han besado dos ingleses también y no lo hacen igual- dijo confundida.

-¿Dos?- el secretario miró al conde que se sonrojó intensamente.

La abuela se echó a reír- También la secuestraron- dijo el conde evidentemente para desviar el tema.

-Dios mío, que viaje más ajetreado

-No te haces idea, abuela-apostilló él conde sirviéndose una copa.

-¿Y quién te secuestró?

-Su novio- dijo irónico.

Esther entrecerró los ojos- No es mi novio. –miró a la abuela- Es el hombre responsable del castigo impuesto por la reina.

-Entiendo, querida. Me entristecí mucho cuando Steven me escribió para contarme lo que había pasado. Viéndote es evidente que se aprovecharon de ti. Siento que la Reina cometiera este error.

-No fue un error, abuela- dijo muy seria pues no quería que hubiera mentiras entre ellas- Él me engañó y yo contravine las directrices de la Reina. Engañé a los lacayos para que se separaran de la puerta y así que Martin pudiera acceder a la habitación de la Marquesa. Soy culpable de ello y merecía un castigo.-La abuela la miró con admiración dejándola continuar- Siento haberte molestado para que vinieras a rescatarme pero ya no me sentía con fuerzas de continuar con la situación.

-Bueno, pues yo me alegro mucho. Aquí estarás estupendamente hasta la primavera, eso si no te casas antes y no tienes que volver- dijo la abuela con una sonrisa.

-Oh abuela pero no tengo permiso para eso- el conde gruñó – Tengo que volver en primavera

para ser presentada en sociedad y casarme en Londres.

La abuela frunció el ceño- ¿Y eso por qué?

-La reina lo ha querido así- dijo para luego encogerse de hombros.

El conde y la abuela se miraron – ¿Tú sabías eso?

-Sí, abuela. La reina se lo dijo delante de mí.-se volvió a levantar sirviéndose otra copa.

-¿Raulf?- dijo la abuela.

-¿Sí, Excelencia?- el mayordomo se acercó rápidamente.

-Enséñale a mi nieta su habitación. Querrá descansar antes de la cena.

Esther se levantó sonriendo- Sí, tengo ganas de refrescarme un poco.

-Raulf te acompañará, querida.

Frunció el ceño-¿Tengo que vestirme de gala? –preguntó preocupada- Sólo tengo un vestido de noche.

-No te preocupes, querida. Solemos vestirnos de noche pero si tienes ese problema lo solucionaremos mañana con una visita a la modista.

-Pero...

-¡Sube a tu habitación, Esther!- exclamó el conde dejándolos a todos con la boca abierta.

Sonrosada se volvió para seguir al mayordomo. Subieron unas enormes escaleras y ella miró a su alrededor- Esto es precioso

-Gracias, milady. Estamos muy orgullosos de él.

-¿De qué año data?

-Del novecientos treinta y cinco.

-Impresionante- dijo mirando el techo hecho con vigas de madera. La llevó por un pasillo y abrió la segunda puerta de la izquierda- Esta habitación tiene unas vistas estupendas, milady.

-Gracias, Raulf.- entró en ella y se asombró por los maravillosos muebles de estilo francés. La cama era una hermosura con cuatro postes y un maravilloso dosel de encaje. –Oh- fue lo único que pudo decir acercándose a uno de los postes y tocándolo. Tenía labrados imágenes de angelitos.-Maravillosa.

-Espero que esté cómoda, milady- el mayordomo sonrió y cuando ella se acercó a la ventana chilló de alegría-¡El mar, es el mar!

El hombre asintió riéndose por lo bajo- Tiene una playa bajando el acantilado por si quiere pasear.

Admirada vio la hermosura de las olas- Nunca había visto el mar- susurró ella tocando el cristal.

-Entonces lo disfrutará mucho.

Un lacayo llegó en ese momento con su baúl e Issi – Si necesita cualquier cosa no dude en llamar, milady.

-Gracias, Raulf.

-¡Mira Issi, es el mar!- exclamó señalando la ventana.

La doncella se acercó corriendo para mirar por la ventana- Vaya, esto es el paraíso

Se miraron sonriendo- Nos lo pasaremos bien.

Se bañó y se vistió con su único vestido de noche. Era rosa y no era de los que más la favorecían pues el escote no lo rellenaba bien. – ¿Y si metemos relleno? –preguntó la doncella.

-¿Relleno?- la doncella sacó unas medias y se las puso aumentando el volumen de su escote

Se miró al espejo y no estaba mal. – ¿No se me caerán?

-No creo, el corpiño está lo bastante ajustado. Lo único que tiene que cuidar es que no se le vean por el canalillo.

Se miró los pechos y metió la mano para empujarlas bien hacia abajo. Se volvió a mirar en el espejo.-Así me queda mejor y mientras no tenga otro.

-Se lo arreglaré cuando tenga otro, milady.

-Gracias, Issi. –casi no podía creer la suerte que tenía desde que la había conocido. Se la quedó mirando emocionada.

-¿Qué ocurre, milady?

-Nunca podré agradecerte lo suficiente…

-No, milady- dijo sonriendo- Nunca podré agradecérselo yo. Desde que trabajo para usted mi vida es mil veces mejor. Y ahora a cenar que tenemos que llegar a rellenar ese escote. Así me

ahorrará un trabajo.

Esther se echó a reír girándose para salir de la habitación. Se topó en el pasillo con Steven que salía de la suya. Estaba guapísimo con un traje negro y camisa blanca. Él la miró de arriba abajo y al volver a subir arqueó una ceja.- Ni se te ocurra decir una palabra- dijo entre dientes.

Muy tiesa bajó por el pasillo yendo hacia la escalera- Esther…

Ella se dio la vuelta- Estás muy bonita esta noche- dijo él sonriendo diabólicamente.

Entrecerró los ojos- Pero esconde la esquina de la media

Abrió los ojos como platos mirando su escote. No se le veía nada y pateó el suelo por haber picado- ¿Como sabías que eran medias?- preguntó enfadada.

Pasó a su lado divertido – Intuición.

Bufando bajó las escaleras y al llegar abajo él la esperaba. Extendió el brazo y ella lo cogió por compromiso con ganas de pegarle una patada en la espinilla- Tenías que aprovechar la oportunidad ¿verdad?- preguntó con una falsa sonrisa.

-Querida, me lo has puesto tan fácil que no he podido evitarlo- la llevó hasta el salón donde la abuela ya estaba esperando.

-Esto es porque te he dicho que besas mal- susurró diabólica justo antes de decir en voz alta – Abuela, estás preciosa con ese vestido verde esmeralda.

La abuela se sonrojó de gusto resaltando su cabello blanco recogido en un primoroso moño en lo alto de la cabeza.- Gracias, Esther. –miró su vestido rosa- tú también estás muy bonita

-No mienta, duquesa –dijo divertida.

La abuela se echó a reír- Tienes que engordar, querida. Pero dentro de unos meses estarás tan bonita que tendré que retirar a los hombres de la puerta.

Esther se echó a reír mientras Steven la sentaba al lado de la abuela- ¿Un jerez?- preguntó Steven con los ojos entrecerrados

Ella nunca había bebido uno pues en palacio no se lo ofrecieron nunca. Dudosa miró a la abuela que asintió. Sonrió al conde- Sí, por favor

Él gruñó yendo hacia las bebidas y sirvió tres copitas. Les dio una a cada una y se sentó en la

butaca- ¿El señor Tempelton?

-Hoy no cenará con nosotros aunque lo hace a menudo- dijo la duquesa antes de dar un sorbito a la bebida- Ha ido al pueblo a visitar a una amiga.

Como lo dijo estaba claro que era su amante y se sonrojó haciendo reír a los otros. El conde la miró irónico –Es una viuda muy agradable- dijo para torturarla.

-¡Steven!- le reprendió la abuela –Recuerda que es una debutante.

-Sí, abuela- dijo riéndose de ella.

Para disimular bebió un sorbito del jerez –Unnn, está bueno.

La abuela sonrió –Querida, he pensado que este fin de semana voy a invitar a unos amigos para que te conozcan.

-¿Este fin de semana?- preguntó Steven molesto – Quedan tres días y no tiene vestidos adecuados.

Se llevó la mano al pecho sin querer y él la miró malicioso. –Eso no será problema. En unos días tendrá algún vestido y la semana que viene tendrá un vestuario completo. Como si tengo que contratar a medio pueblo.

-Eso no es necesario abuela- dijo algo incómoda.

La abuela chasqueó la lengua. –Tengo muchas ganas de que conozcas a mis amigos. –Miró al conde-¿Sabes que van a venir Stuart?

El conde se enderezó mirando a Esther con los ojos entrecerrados- ¿Quién es Stuart?

-Es el Marqués de Weinstein-respondió la duquesa- Un joven guapísimo y muy simpático. Seguro que os lleváis muy bien. Es el mejor amigo de Steven.

Asintió dando otro sorbito al jerez. Dejó la delicada copa de cristal sobre la mesa pues no estaba acostumbrada al sabor.

– ¿Pasamos al comedor? Seguro que Esther estará agotada del viaje.- dijo él levantándose y ofreciendo el brazo a la duquesa.

La abuela avanzó hasta el comedor con el Conde del brazo. La abuela se sentó en la cabecera y el Conde a su derecha. Frente a él se sentó Esther sonriendo a Raulf que apartó su silla para

acomodarla- Gracias, Raulf.

Comenzaron la cena con un consomé de marisco que estaba delicioso mientras Steven le decía a la abuela que al día siguiente tendría que irse unos días- ¿No te quedas para el fin de semana? –preguntó la abuela.

-Tengo que ir a revisar las obras de los prados del norte- dijo él para decepción de Esther que se quedó con la cuchara en alto. Cuando se dio cuenta se la metió rápidamente en la boca- Pero volveré en cuanto pueda.

Apretó los labios disimulando lo que sentía, que no lo entendía ni ella misma. Lo único que sabía es que no quería que se fuera. De repente la cena había perdido parte de su encanto. Le sirvieron un rape en salsa de ostras y lo comió con gusto mientras hablaban del accidentado viaje. –Así que te pusiste enferma- dijo la abuela.

Esther miró a Steven a los ojos –Sí, las gachas no son lo mío.

-Se puso realmente enferma pero la culpa fue mía- Steven desvió la mirada hacia la abuela- La obligué a desayunar las gachas pensando que se quejaba por capricho.

-Querido, siempre tan rígido- dijo la abuela haciendo una mueca.

Cuando llegó el tercer plato que era un delicioso pato se mordió el labio inferior pues no creía que debiera comerlo- No sirvan a milady, no puede más- dijo el conde interrumpiendo al lacayo que se disponía a servir.

La abuela la miró- Por supuesto, querida. Si has tenido el estómago delicado es lógico.

Esther sonrió y tímidamente dirigió una mirada a Steven que no dejaba de observarla.

– ¿Qué te gustaría hacer mientras estás aquí?- preguntó la abuela antes de llevar el tenedor a la boca.

-Va a aprender a montar a caballo.

-Sí, por lo visto es imprescindible. –dijo ella sonriendo.

Su abuela la miró horrorizada- ¿No sabes montar?

Se sonrojó intensamente- No, es algo que nunca he hecho.

-Steven te enseñará, es un jinete excelente. ¿Alguna cosa más?

-No sé – se empezaba a sentir agobiada y se mordió el labio inferior.

-Ya veremos según pase el tiempo, abuela. Acaba de llegar- dijo él mirándola preocupado.

Aliviada vio que dejaban el tema y cuando llegó el postre había una deliciosa tarta de almendras con nata. – ¿Puedes tomar nata?- preguntó Steven.

Entonces se dio cuenta que no la había comido nunca o eso creía- Es un derivado de la leche- dijo la abuela preocupada.

-Pero puedo comer queso- dijo con ganas de comer la tarta.

-Igual sólo es la leche cruda- dijo la abuela al Conde

Él la miraba con el ceño fruncido- No le eche nata- dijo al lacayo que no sabía que hacer.

-Pero…

-¿Quieres arriesgarte a volver a enfermar? Si tienes que evitar lo que no has probado, lo evitas y punto.

Esther entrecerró los ojos – ¿No estás siendo un poco duro?- preguntó la abuela- ¿Y si está evitando cosas que pueden gustarle y que no le hacen daño?

Sonrió al oír a su abuela- Écheme nata- dijo al lacayo. El hombre le sirvió una cucharada al lado de la tarta de almendras y ella cogió la cuchara de postre bajo la atenta mirada del conde que se había enfadado. Tomó un poco de nata. Estaba dulce pero enseguida se dio cuenta que no podía tomarlo e hizo una mueca. –Lo sabía- el conde se levantó inmediatamente retirando el plato de delante.

-¡Eh, que todavía puedo comer la tarta!- exclamó ella.

-¡Tráigale otro pedazo de tarta!

La abuela la miró haciendo una mueca –Al menos ya sabemos que no puedes tomar nata.

Esther sonrió viendo el lado positivo mientras el conde la miraba furioso- ¿Te encuentras bien?

-¡No he comido casi nada! Sé que no me sentaría bien y lo he dejado.

La abuela asintió sonriendo y empezó a comer la tarta de almendras que estaba deliciosa. Cuando terminó Steven la miraba divertido- Le encantan los dulces, abuela.

-Oh, pues mi cocinera es maravillosa en ese aspecto. –dijo la abuela encantada- hace un mouse

de limón que es pura gloria.

-¿La mouse no lleva nata?- preguntó él con los ojos entrecerrados.

-Deja ya de fastidiar con el tema- protestó Esther haciéndolos reír.

Después de cenar se sentaron en el salón a tomar un brandy. La abuela también tomaba mientras Steve fumaba su cigarro. No era lo habitual pues normalmente los hombres no fumaban delante de las damas pero como estaban solos, no importaba. La abuela no bordaba pues decía que ya no tenía la vista para hacerlo de noche pero le proporcionaría a ella todo lo necesario. Esther sonrió encantada porque le gustaba mucho. No hacía los típicos bordados sino que bordaba lo que imaginaba y hacía mucho que no disfrutaba de su hobby. La abuela miró sus manos que tenían las cicatrices en el dorso. Escondió las manos avergonzada y la abuela le cogió la muñeca para verlas bien –Querida, tus pobres manos.- dijo con pena.

Esther se sonrojó- No pasa nada, abuela.

Steven la miró con el ceño fruncido y ella desvió la mirada. –Te daré una crema de rosa que hace milagros.

-Gracias.

-Esther ¿tocas?- preguntó él desviando el tema

Lo miró confundida – ¿Tocas el piano?

-Hace tres años que no- dijo viendo el piano en la esquina del salón- Decían que no se me daba muy bien.

-¿De veras?- preguntó la abuela.

-Sí, mi tutora decía que no tenía disciplina para practicar lo suficiente- dijo divertida –Siempre iba detrás de mí diciendo que tenía que practicar.

-Toca algo- dijo la abuela divertida- Así te evaluaremos.

Divertida se levantó- Empieza con una escala para calentar- la abuela se cambio de sitio para poder verla bien.

Se sentó en la banqueta y abrió el piano. Hizo una escala y los miró sonriendo. –Luego no digáis que soy horrible.

La abuela la miró con los ojos entrecerrados- Toca, querida.

Empezó con una pieza sencilla que se les enseñaba a los niños para calentar y Steven se levantó acercándose a la butaca de la abuela. Se decidió por una pieza de Schumann llamada Mariposas. Era una pieza que le gustaba y se sumergió en la música disfrutando como nunca de tocar, pues hacía mucho tiempo que no la oía. Al terminar se volvió y les miró sonriendo- ¿Cual es el veredicto?

La abuela y Steven la miraban con la boca abierta- Querida ¿quién te ha dicho que no se te daba bien?

-La señora Bauman, mi tutora- dijo entrecerrando los ojos mirando a Steven que a su vez miró a su abuela antes de echarse a reír.- ¿Qué pasa?

-Tocas maravillosamente, Esther-dijo el conde- Mucho mejor que la mayoría de las personas que he escuchado.

-¿Por qué lo haría?- preguntó la abuela ofendida- Si tocaba bien ¿para que le decía que lo hacía mal?

-Será un método de enseñanza- dijo el conde mirando a Esther – ¿Qué otras cosas decía que hacías mal?

Esther entrecerró los ojos –Nunca me decía que hacía algo bien. Para ella todo estaba mal

Steve entrecerró los ojos-¿Esa mujer ha estado a tu lado la mayor parte de tu vida y nunca te ha dicho que algo estaba bien hecho?

Se sonrojó- Pues no.

La abuela estaba escandalizada. Se hizo el silencio en el salón y Esther incómoda dijo –Si no os importa, me voy a la cama.

-Por supuesto querida, debes estar agotada- la abuela estaba en shock mirando a Steve que parecía furioso.

-Buenas noches.-Se giró hacia la salida y subió a su habitación rápidamente.

La abuela miró a Steven- ¿Qué opinas?

-Su padrastro la envió al internado y se olvidó de ella. Ni en vacaciones se ocupaba de ella y la dejaba a cargo de una mujer que no le daba ni una muestra de ánimo –dijo sirviéndose otro brandy- Después la envían a palacio porque su padrastro no quería perder su dinero y el primer hombre que le hace caso le destroza la vida.

-Necesita amor. Ha estado falta de cariño toda la vida- comento la abuela con pena.

Steven estaba furioso.-No me extraña que todo le ilusione. No ha vivido nada a pesar de vivir en palacio es como una niña de diez años.

-Tú no pareces pensar que tenga diez años- dijo la abuela divertida- La tratas como un padre gruñón pero la besaste.

-Estaba enfadado. Sino no se me hubiera ocurrido, te lo aseguro.

-Es muy hermosa. Esos ojos…

Steven se encogió de hombros- Que no se te pasen cosas raras por esa cabeza tuya.

-No tengo ni idea de lo que quieres decir-dijo indignada- En cuanto engorde un poco será la sensación de la zona.

Él apretó los labios- Entonces te lo pasarás bien rodeada de visitas.

-Steven, no es malo que te parezca atractiva.

-¿Ese palo de escoba? Si ni siquiera tiene pechos, hoy llevaba unas medias para rellenar.

Un carraspeo les hizo girar la cabeza hacia la puerta y allí estaba Esther pálida queriendo que se la tragara la tierra- ¿Abuela?

-¿Sí querida? –preguntó la abuela fulminando con la mirada al Conde.

-Me preguntaba si podríamos ir a la modista por la mañana para tener los vestidos cuanto antes- dijo muerta de la vergüenza después de lo que había oído.

-Por supuesto, querida.

-Gracias, hasta mañana- dijo escondiendo su vergüenza dándose la vuelta para salir corriendo.

-Joder- dijo Steven furioso.

-Pobre niña.

Hasta esas últimas palabras tuvo que escuchar. Esther subió las escaleras corriendo sintiéndose la persona más horrible del universo por las palabras de Steven. Reprimiendo las lágrimas entró en su habitación e Issi se sobresaltó-¿Qué ocurre, milady?

Sorbió negando con la cabeza mientras la doncella se acercaba.

-¿Qué le ha hecho ahora? Ese hombre siempre está fastidiándola- dijo la doncella indignada.

Se limpió las lágrimas- Quítame el vestido –dijo sacándose las medias furiosa.

-Le ha dicho algo ¿verdad?

Esther la miró sentándose en la cama- Me ha llamado palo de escoba y le ha dicho a la abuela que llevaba las medias en los pechos. Lo hizo cuando creía que me había ido, así que lo dijo de verdad- se echó a llorar y la doncella se acercó.

-No llore, milady- le acarició la espalda- Estoy segura que cuando vuelva a su peso tendrá unos pechos preciosos.

Negó con la cabeza –Nunca he tenido demasiado pecho.

-Pero más que ahora sí- dijo la doncella- Bastante más

Asintió limpiándose las lágrimas.

-Bueno no queremos unas tetas como una vaca lechera, como unos buenos tomates nos conformamos.

Esther miró a su doncella con la boca abierta y después se echó a reír a carcajadas.

La doncella sonrió- Así me gusta y ahora a dormir que mañana tiene que estar aún mas bonita.

-Se va mañana. Espero no verlo nunca más- dijo furiosa- es desagradable siempre me está diciendo lo que tengo que hacer y encima me insulta…

-La venganza hay que servirla fría, milady. Recuérdelo. Tarde o temprano tendrá su momento y él estará allí para verlo.

Los días siguientes fueron una locura porque la abuela quería que tuviera el mejor vestuario. El día de la partida de Steven no se encontró con él, afortunadamente. La abuela estaba algo

incómoda en el desayuno pero Esther sonrió tanto e hizo tantas bromas que se terminó relajando. La llevó al pueblo y cuando decía que si tenía que contratar a medio pueblo para que tuviera un vestuario decente, no exageraba. Mandó a la modista que contratara a diez mujeres y se pasaron el día entre medidas y elecciones de telas para tener un vestuario completo. Hasta mandó hacer para ella cuatro vestidos de fiesta y Esther se escandalizó pues no los usaría- Aquí puedes asistir a las fiestas, querida. En Londres no se enterarán. Será mi presentación en Escocia. Cuando lo crea conveniente organizaré un gran baile y recibirás invitaciones para asistir a otros. Usarás los vestidos.

Cuando llegó al castillo tenía menos energía que la abuela que la mandó inmediatamente a dormir una siesta. En la cena las acompañó el señor Tempelton y fue muy agradable. La duquesa la envió a la cama y le envió un chocolate para dormir diciendo que le vendría bien. A partir de ahí todas las noches le servían un chocolate antes de dormir. La doncella le dijo que seguramente era para engordar más rápido y ella lo entendió. Cuando llegó el fin de semana ya tenía varios vestidos. Todos preciosos y preparados para que si engordaba se pudieran reformar.

Vestida con un hermoso vestido de flores azules y amarillas que caían por su voluminosa falda recibió junto a su abuela a los invitados al fin de semana. La mayoría eran vecinos de los alrededores que pasarían allí el fin de semana, pues al hacer frío la abuela consideraba una inconveniencia que fueran y vinieran a diario. Le presentaron a dos chicas un poco más jóvenes que ella. Isabella y Rosi. Isabella era rubia y de ojos azules y sus atributos eran evidentes, mientras que Rosi era morena de ojos negros con una piel blanca como la leche y una sonrisa encantadora. Eran primas y muy agradables aunque la miraban a veces con suspicacia. Pero la gran sorpresa fue el mejor amigo de Steven. Cuando la abuela dijo que era guapo eso era quedarse muy corto. El Marqués de Weinstein era mucho más. Era rubio de ojos marrones pero era un Adonis. Alto y musculoso podía haber sido modelo para Miguel Ángel. No le extrañaba nada que Isabella y Rosi se le quedaran mirando con la boca abierta. La madre de Rosi tuvo que darle un codazo para que se espabilara. –Encantado de conocerla, milady- dijo mirándola a los ojos mientras besaba su mano.

-Lo mismo digo Marqués- respondió sonrojada.

-Tiene unos ojos maravillosos- Se sonrojó por el cumplido y la duquesa se echó a reír

-Gracias, es muy amable.

El Marqués habló unos minutos con la duquesa y le preguntó por el Conde. Se quedó algo desilusionado cuando se enteró que no estaba, aunque luego miró a Esther y sonriendo dijo- Aunque seguro que será un fin de semana de lo más entretenido.

-Pórtate bien, Stuart. Sino tendré que darte un correctivo- dijo la abuela sonriendo.

-Auchh, no abuela. Todavía me duelen los coscorrones- sus palabras provocaron las risas de los que estaban a su alrededor.

Después tomaron un té de lo más incomodo, en el que todos querían saber novedades de Londres que ella no podía responder pues no se había enterado de nada. La abuela tuvo que decir que había estado enferma y que precisamente estaba allí para recuperarse de una larga enfermedad. Nadie lo puso en duda al ver lo delgada que estaba y el Marqués la miró con el ceño fruncido analizándola y ella disimuló con una sonrisa angelical.

La madre de Rose preguntó por el conde y la abuela dijo que llegaría en cuanto pudiera. Las chicas se decepcionaron y eso fue evidente pero enseguida miraron al Marqués que sonrió irónico.

Más tarde sus invitados se retiraron a sus habitaciones hasta la hora de la cena. Esther no tenía sueño, así que se quedó en el salón para bordar un rato en soledad. Estaba bordando un enorme loro con la selva detrás y le estaba quedando muy bien. Estaba enfrascada bordando cuando se sobresaltó al oír-¿No se retira para descansar?

Levantó la mirada para ver los ojos marrones del Marqués y sonrió algo incómoda- No estoy cansada.

-Puesto que está convaleciente, debería- dijo mirándola preocupado sentándose frente a ella en una de las enormes butacas.

-Me encuentro bien- volvió la vista al bordado dando otra puntada- ¿Y usted?

-No duermo la siesta desde los siete años- dijo divertido- Me parece una perdida de tiempo

Esther sonrió – ¿Vive muy lejos?

-A unas dos horas. ¿Le gusta Escocia?

-No he visto mucho pero me parece precioso. El mar es bravío, me encanta. Nunca había visto el mar.

-Entonces esta casa debe gustarle mucho. ¿Quiere dar un paseo por la playa?

Esther levantó la mirada y sus ojos brillaron de ilusión-¿Podemos?

-¿Todavía no ha bajado a la playa?

Negó con la cabeza- Hemos estado ocupadas y sólo he paseado por los jardines.

-Entonces no perdamos el tiempo- dijo levantándose y ofreciéndole el brazo.

Apartó su bordado sonriendo ampliamente-¿Necesitamos carabina?

-¿Aquí?- preguntó riéndose.- Esto es el campo, no hace falta milady.

Le cogió del brazo y se dirigieron a la salida- ¿Usted visita a menudo esta casa?

-Llevo unos meses sin venir. Visito a menudo a Steven cuando está aquí.-la miró de reojo mientras iban hacia la parte de atrás de la casa- Suele estar en Escocia seis meses al año y nos conocemos desde niños. Cuando éramos pequeños sí que me quedaba meses enteros. Mis padres son muy amigos de los suyos y nos dejaban aquí mientras ellos disfrutaban.

-Y los dejaban con la abuela

-Exacto. En realidad esta es nuestra casa pues es el hogar que nunca tuvimos.

Esther sonrió nostálgica pues ella nunca había tenido ese hogar. Llegaron a una senda que llevaba a la playa y miró al horizonte –Esto es precioso. Tuvieron suerte de tener un sitio así.

-Por sus palabras deduzco que usted no lo tuvo- susurró Stuart.

-En realidad no.- comenzaron a bajar en silencio.

Al llegar a la playa sonrió al pisar la arena. –Cuidado con las rocas-dijo señalando una enorme roca detrás de ella.

-¿No tiene padres?- preguntó él guiándola hasta orilla.

-Tengo un padrastro pero hace años que no lo veo. ¿Y usted?

-Mi padre falleció hace cinco años y mi madre vive en Londres. La veo de vez en cuando.-su

sonrisa irónica le decía a Esther que no se llevaba muy bien con ella.

-Siento que no se lleven bien- dijo ella mirándolo a los ojos – Si vivieran mis padres me entristecería mucho no tener una buena relación con ellos.

-Nunca hemos estado muy unidos- se quedaron mirando el oleaje y Esther sonrió.

-¿No es precioso?

Él la miró –Sí, lo es. Precioso.

Se sonrojó de gusto y caminaron por la orilla en un silencio agradable. Una gaviota levantó el vuelo a su paso y Esther se echó a reír.- ¿No le gustaría ser como ella?

-¿Cómo la gaviota? No por dios. Buscando comida todo el día- dijo él divertido- pasando frío.

-Es libre, puede volar donde quiera y ver mundo.

-¿Usted quiere ser libre? –la penetró con la mirada.

-Quiero ser feliz y ver mundo. Me gustaría ir a Italia – dijo con ilusión aunque inmediatamente perdió el brillo de su mirada- Aunque no podré.

-¿Por qué? Es joven, le queda mucha vida por delante.

-Me tengo que casar y entonces dependeré de las decisiones de mi marido- dijo fastidiada haciéndolo reír. Su risa era contagiosa y ella no pudo evitar seguirle.

Iniciaron la vuelta cuando oyeron un silbido. Levantaron la mirada para ver una figura en lo alto del acantilado- Vaya, vaya-dijo Stuart divertido – Parece que Steven ha vuelto.

Esther miró la figura en lo alto y se sonrojó de gusto. Le gustaba que hubiera vuelto aunque luego recordó sus palabras y perdió la sonrisa. El Conde tenía las manos en las caderas y parecía enfadado. Ella bufó- Está enfadado.

Stuart la miró con una ceja levantada-¿Cómo lo sabe desde aquí?

-Porque siempre está enfadado- contestó ella sin pensar –Sobre todo conmigo

-No puedo imaginar a alguien enfadado con usted- dijo palmeando su mano- Es encantadora.

-Dígaselo al Conde- puso los ojos en blanco y Stuart se echó a reír.

Comenzaron a subir el camino que era más empinado de lo que parecía y sonrojada llegó a lo alto del acantilado. Allí estaba el Conde con cara de pocos amigos- ¿No se lo dije?- susurró a su

nuevo amigo.

Stuart frunció el ceño al ver a su amigo- ¡Steven! No te esperábamos.

El conde lo ignoró para fulminar con la mirada a Esther – ¿No deberías estar en la siesta?

-No tenía sueño- dijo levantando la barbilla –El Marqués me ha invitado a dar un paseo.

-Eso ya lo veo- Steven miró a su amigo- Hace frío y ha estado enferma. ¡No lleva abrigo!

-No hace frío- protestó ella aunque era mentira.

-Tranquilízate, Steven. Está sonrosada, el paseo le ha sentado bien.

El Conde lo ignoró mirándola a los ojos- ¡A tu habitación!

Ella entrecerró los ojos- No tengo que hacerte caso. Es a la abuela a quien tengo que obedecer.

-No me provoques, Esther ¡A tu habitación!- gritó furioso.

Miró al Marqués que estaba realmente sorprendido con la actitud de su amigo –Gracias por el paseo, Marqués.

Stuart la miró preocupado y le besó la mano- Espero que no sea el último, milady.

Ella sonrió- Ha sido muy agradable.

Se giró sin mirar a Steven y se dirigió hacia la casa furiosa. Casi corrió los últimos metros totalmente indignada. Subió a su habitación corriendo algo totalmente impropio en una dama dejando a Issi con la boca abierta al ver que corría a la ventana. Allí estaban todavía en lo alto del acantilado y parecía que discutían. Más bien discutía Steven porque Stuart estaba totalmente anonadado. De repente Stuart se echó a reír a carcajadas y Steven furioso lo dejó allí plantado. ¿Qué demonios le habría dicho? Seguramente algo para que su nuevo amigo la ignorara. – Estúpido engreído- gruñó furiosa.

-¿Qué ocurre?- Issi se puso a su lado.

-El Conde ha vuelto.

-Ah, eso explica su enfado, milady- dijo haciendo una mueca. – ¿Qué ha hecho ahora?

Se lo explicó rápidamente y la doncella frunció el ceño- Vaya.

-¿Vaya que?

-Si lo dijera de otro hombre diría que estaba celoso.

Esther frunció el ceño. ¿Celoso? No, eso no podía ser. –Él siempre me trata así.

-¿Y qué tal con el Marqués?

Sonrió suspirando- Es muy agradable. Realmente agradable.

-Ya ¿pero le sube la temperatura?

-¿Qué?-se sonrojó intensamente.

-¿Tiene ganas de que la bese?- Ella lo pensó fríamente y en realidad era muy guapo pero no. No tenía ganas de besarlo. Sin embargo sí que tenía unas ganas terribles de matar a alguien y ese alguien era el Conde. Sí, una muerte lenta y dolorosa.

-En realidad no- dijo a la doncella respondiendo a su pregunta.

Issi pareció decepcionada- ¡Pero si es muy atractivo!

-Pues no- se encogió de hombros sentándose en la cama- No tengo ganas.

Se quitó los zapatos y se subió a la cama- Ahora que ha venido el Conde todo va a ser distinto. Me fastidiará a todas horas.

Issi apretó los labios- ¿Tiene ganas de que el Conde la bese?

-Ya lo hizo y no me gustó demasiado.

-Ya, pero digo ahora ¿Le gustaría?

La miró a los ojos –Probaría otra vez. Puede…

La doncella levantó los brazos al aire como pidiendo ayuda- Milady, ¿le gusta el Conde?

-¡No!- exclamó ella indignada- ¿Cómo puedes preguntar eso?

-No sé, creo que le gusta pero que no lo sabe.

-Es idiota. No me gusta- se tumbó en la cama.

-No milady, ahora ya no da tiempo. Tiene que prepararse para la cena. He elegido el vestido azul claro con bordados blancos.

Gimió volviendo a sentarse en la cama- No me apetece.

-Tiene que relacionarse, milady. Y el Marqués es muy agradable, recuérdelo.

Asintió levantándose de la cama.

Capítulo 5

Bajó al salón donde se encontraban esperándola. Se sonrojó ligeramente al ver que todos ya estaban allí-Siento llegar tarde.

-No te preocupes, querida. Estamos tomando un jerez. ¿Quieres uno?- preguntó la abuela.

Steven y Stuart la miraron desde la chimenea. Steven levantó una ceja y Stuart le sonrió agradablemente- No, gracias abuela.

Se acercó e Isabella le hizo sitio en el sofá- Estábamos hablando de qué hacer mañana. La duquesa había pensado hacer un torneo de tiro con arco.

-¿De verdad?- preguntó sonriendo ilusionada- Nunca he tirado al arco.

La abuela sonrió- Pues entonces está decidido. Y después haremos una merienda en el jardín.

-Por la mañana podríamos salir a caballo- dijo Steven mirando a la abuela.

Eso borró la sonrisa de Esther

-A quien no le apetezca puede pintar en la terraza. Hay una vista estupenda para hacerlo- dijo la abuela entrecerrando los ojos mirando a Esther.

Se propuso aprender a montar a caballo lo antes posible. Estaba segura que lo había dicho para ponerla en evidencia pero se iba a enterar. Le miró rencorosa y él apretó los labios desviando la mirada. Cobarde.

Pasaron a cenar y para desgracia de Esther tenía en frente al Conde. Afortunadamente Stuart estaba a su lado y le sonrió cuando apartó la silla para que se acomodara. Escuchó las conversaciones sobre gente que no conocía sin mirar a Steven. Cuando empezaron a hablar de la

Reina Victoria se tensó y levantó la vista encontrándose con la mirada de Steven. – ¿La conoce, milady?- preguntó Isabella.

Miró a su abuela que asintió para que respondiera- Sí.

-¿Y cómo es?- Rose estaba emocionada.

-Milady formó parte de sus damas durante una temporada- dijo Steven apoyando la espalda en el respaldo de su silla.

La admiración recorrió la mesa. Era un honor formar parte del grupo de damas de la reina- Es una persona justa y amable. Y una Reina excepcional- dijo ella mirando a la mesa.

-La misma Reina la presentará en sociedad en primavera- dijo su abuela sonriéndole con cariño.

Esther apretó los labios y miró a Stuart de reojo que la miraba pensativo. –Eso es un honor- dijo el Marqués.-Debe apreciarla mucho.

-No tanto- murmuró Steven ganándose una mirada fulminante de la abuela.

-Steven...- dijo entre dientes.

-Se enterarán tarde o temprano, abuela-dijo malicioso. El Conde quería hacerle daño y lo estaba consiguiendo.

Totalmente mortificada miró a la mesa y debido a su expectación decidió ser sincera. –En realidad la Reina me condenó a trabajar en sus lavanderías por contradecir sus órdenes cuando era su dama. –los asistentes a la cena la miraron con la boca abierta – Fue algo totalmente justificado pues la ahijada de la Reina sufrió por ello y me lo merecía. Pedí ayuda a la abuela y el conde fue a palacio para evaluar la situación. La Reina me perdonó y quiere resarcir el daño a mi reputación presentándome en sociedad.-cuando terminó le faltaba el aliento y miró a Steven que parecía arrepentido al verla al borde de las lágrimas- Estoy orgullosa de haber pasado por eso. Muchas otras damas no hubieran sobrevivido al maltrato al que fui sometida durante siete meses, por eso he estado enferma. –Se levantó lentamente de su asiento mientras la abuela se limpiaba las lágrimas- Si necesitan algún otro detalle, estoy segura que el Conde se los dará con gusto. Si me disculpan me voy a retirar, no me encuentro muy bien.

-Por supuesto, querida- la duquesa la miraba preocupada. El Marqués se levantó pero ella negó

con la cabeza. Enderezando la espalda recorrió el silencioso comedor con la cabeza alta. Raulf mirándola con preocupación abrió la puerta para que saliera. Al salir del comedor sintió que le temblaban las piernas. Débilmente se dirigió hasta las escaleras mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Subió lentamente sintiendo que le faltaba el aire y cuando estaba llegando arriba se tuvo que detener porque no podía respirar.- ¡Milady!- gritó Raulf desde el hall antes de desmayarse cayendo de espaldas por las escaleras.

Le dolía todo el cuerpo y gimió entre sueños al moverse en la cama. Le lloraban los ojos y no sabía porque. –No se mueva, milady.

Abrió los ojos y vio a Issi que se retorcía las manos- Me duele.

-Lo sé, milady- la doncella levantó la cara mirando al otro lado de la cama y Esther giró la cabeza. El conde estaba al otro lado mirándola torturado-¿Qué ocurre?- preguntó sin saber lo que pasaba- ¿Le ocurre algo a la abuela?

Alguien lloró al fondo de la habitación y el conde se acercó a ella –No, la abuela está bien.

-Sujétela, milord.-dijo alguien al pie de la cama. Sintió que le cogían la pierna y Esther levantó la cabeza para ver a un hombre que no conocía.

-¿Qué ..- un dolor la traspasó la pierna al sentir que le cogían del tobillo. Steven la cogió por los hombros mientras chillaba de dolor. Cuando sintió un tirón seco en la pierna el alarido de dolor se oyó en toda la casa. Sin poder soportarlo se volvió a desmayar.

El dolor de la pierna la hacía gemir. No lo soportaba. Sintió que alguien le daba algo de beber y abrió los ojos. Issi le sonrió –Enseguida no tendrá dolor, milady.

-¿Qué ha pasado?

-Se cayó por las escaleras- susurró su amiga preocupada- se ha roto la pierna.

Dejó caer la cabeza en las almohadas recordándolo todo y se echó a llorar- Me humilló.

-Ya me he enterado- dijo Issi sentándose en la cama limpiándole las lagrimas.- Toda la casa se ha enterado. Milady, no se disguste. Todo el mundo estaba muy preocupado por usted.

Se abrió la puerta y entró Steven en la habitación- ¿Esther?

Se tapó la cara con las manos pues no quería verlo –Vete.

-Milord, la está alterando.

-Déjenos solos- dijo Steven autoritario

-¡No! –Esther lo fulminó con la mirada-¿Cómo te atreves siquiera a dirigirme la palabra? ¿Mucho menos a entrar en mi habitación como si tuvieras derecho y a ordenar a mi doncella? ¡Fuera de mi habitación!- gritó furiosa. Se movió y un dolor en la pierna le quitó el aliento gimiendo de dolor.

Issi la miró preocupada- Milady, no se mueva.

Se abrió la puerta de la habitación y aparecieron la abuela acompañada de Stuart- Por Dios, Steven ¿qué haces?- preguntó su amigo mirándolo preocupado.

-¡Sacarlo de mi habitación! –gritó Esther fuera de sí.

Steven la miró impotente cuando la abuela ordenó-¡Sal de la habitación! No es correcto que estés aquí y no sé como se te ocurre entrar. Desde luego Steven últimamente estás muy raro.

Stuart se acercó a su amigo- Vamos, tomemos el aire.

-Esther quiero que hablemos- dijo ignorando a su amigo y acercándose a la cama.

-¿Para que? ¿Para que me insultes? – gritó llorando- ¿Para que aproveches la oportunidad para humillarme? ¡No quiero hablar contigo nunca más! ¡Eres un ser despreciable y egoísta que has utilizado todo lo que has podido para hacerme daño!

-¡Steven, sal de la habitación!- ordenó la abuela muy enfadada.

Él miró a su abuela pálido- Por favor abuela, sólo quiero explicarle...

-¡No quiero oírte!- gritó mientras Issi intentaba que no se moviera. – ¡Te odio, te odio y no quiero verte más!

Dio un paso atrás sorprendido y Stuart lo agarró del brazo sacándolo de la habitación a la fuerza.

La abuela sorprendida y disgustada se acercó a la cama- Ya se ha ido, querida. Y no tendrás que

volver a verlo. No te preocupes más.
Esther lloraba sin consuelo. Le dolía mucho más lo que él había hecho que su pierna rota. Se sentía traicionada y humillada. Sabía que no la apreciaba pero nunca se hubiera imaginado que la trataría así. Recordó como le había acariciado el tobillo en aquel carruaje y lloró más. Issi la consolaba mientras la abuela la miraba angustiada- ¡Llame al médico, Excelencia!- rogó la doncella mirándola por encima del hombro.
La duquesa asintió saliendo de la habitación rápidamente. Minutos después apareció el médico que se hizo cargo de ella inmediatamente. –No debe preocuparse, milady –dijo equivocándose por la razón de su disgusto –La fractura ha sido limpia y quedará bien.
Esther asintió respirando entrecortadamente ya más tranquila. Cuando el médico salió de la habitación ya estaba dormida.

La siguiente vez que despertó dolorida era de día. Issi estaba sentada en una silla con un libro en la mano y Esther sonrió al ver como fruncía el ceño mientras movía la boca para decir las palabras que estaba leyendo- ¿Issi?
-¿Milady?- levantó la cabeza sonriendo ampliamente-¿Cómo se encuentra?
-Mucho mejor, gracias. –dijo sentándose en la cama. La expresión de dolor le indicó a la doncella que estaba sufriendo.
Issi se acercó a la cama y Esther se quitó las sábanas para ver su pierna. –Tiene un aspecto atroz- dijo mirando su pie hinchado pues la pierna tenía un yeso rodeándola.
-Se pondrá bien y eso ya casi es un milagro. Cuando oímos los gritos del mayordomo y la vimos tirada en el último escalón de la escalera creíamos que se había roto el cuello. –a Issi le costó hablar y Esther levantó la vista alargando la mano.
Issi se la cogió- Estoy bien.
La doncella asintió- El conde salió corriendo del salón antes que nadie y casi se vuelve loco en cuanto la vio. La duquesa se desmayó, igual que otras dos damas mientras el Marqués intentaba

que el Conde no la cogiera por miedo a que hiciera más mal que bien. Era evidente que se había roto la pierna pero el Marqués gritaba que podía tener algo en la espalda y era mejor no tocarla. Cuando consiguió calmarlo se acercó a usted y le tocó el pulso y para alivio de todos dijo que estaba viva. –la doncella le apretó la mano- Cuando llegó el medico organizó su traslado y fueron el Conde y el Marqués los que la trasladaron. El Conde muy nervioso no se movió de su lado aunque la duquesa ya despierta protestó porque no era decente. Entonces se despertó para alivio de todos y al ver que levantaba el cuello el médico nos dijo que la pierna era lo más grave que tenía.

-¿Cuanto tiempo voy a llevar esto?- preguntó decepcionada porque no podría montar a caballo.

-Un mes más o menos.

Gimió apoyando la cabeza en el cabecero de la cama.- Pero puedo levantarme ¿no?

-Cuando se encuentre mejor.

-La abuela iba a organizar un baile- susurró mirando el dosel de la cama.

-Ya tendrá más bailes. Lo importante es que se recupere. ¿Tiene apetito?

La verdad era que no pero para que no se preocupara asintió con la cabeza. Sonriendo su amiga salió de la habitación y cinco minutos después entraba la abuela- Querida ¿cómo estás?

La abuela estaba radiante con un vestido gris con encajes negros- Bien, abuela.

Se acercó hasta la cama y se sentó a su lado. –Tienes mejor aspecto.

-Siento todo esto. He fastidiado el fin de semana.

-Habrá otros- su tierna sonrisa la emocionó.

-¿Se han ido?

-Cielo, estamos a martes- dijo la abuela divertida.

-¿A martes?

-Sí y se fueron el sábado por la mañana. Entendieron que no podía atenderles estando tú así.

Esther se sonrojó mordiéndose el labio inferior. – ¿Los asusté?

La abuela la miró a los ojos- Fue un susto enorme, no lo voy a negar. Al verte tirada en las escaleras pensamos que estabas muerta. –sonrió ampliamente- Afortunadamente no ha sido así.

Al despedirse las chicas han dicho que te escribirían y que vendrán a visitarte. Les has caído en gracia.

-Son muy agradables- murmuró ella sabiendo que sus padres seguramente no querrían que tuviera contacto con ellas

-No debes preocuparte por nada. Todo el mundo entendió lo que había pasado y te tienen simpatía. –Seguramente era lo que le decían a la abuela pero por detrás dirían otra cosa- Y Steven siente mucho lo que ocurrió. Lo está pasando mal.

Apretó los labios negando con la cabeza- No va a entrar, no te preocupes. –dijo la abuela- Le he hecho prometer que no te molestaría.

-Gracias.

-Pero no puedo pedirle que abandone la casa.

Esther abrió los ojos como platos-No te pediría eso, abuela. ¡Esta es su casa!

-Estuve tentada de lo furiosa que me puso, pero es el nieto que nunca tuve- le apretó la mano- No es mala persona, te lo prometo. No sé que le ha pasado, nunca le he visto ser cruel con nadie.- La abuela parecía apenada y ella le apretó la mano.

-No pasa nada, abuela. No es culpa suya que me haya caído por las escaleras. Al ver que no me encontraba bien tenía que haberle dicho a Roulf que me acompañara.

-Espero que te encuentres cómoda. No dudes en pedir todo lo que quieras.

Miró a su alrededor- No necesito nada. ¿Puedo levantarme?

-Se lo preguntaremos al doctor cuando venga. Mandaré que traigan a la habitación un diván para que puedas estar sentada con la pierna estirada.

-Gracias, abuela.

Issi llegó con la bandeja del desayuno- Come- dijo la abuela levantándose.- Tienes que alimentarte pues llevas días sin comer.

-Sí, abuela. –Issi colocó la bandeja a su lado para no forzar la pierna.-Bollos de canela- dijo con una sonrisa cogiendo uno con entusiasmo.

-Así me gusta.-dijo yendo hacia la puerta- volveré luego.

Cuando se fue masticó distraída -¿Cómo va la lectura Issi?

A su amiga no se la daba- Coma y calle.-Se cruzó de brazos y Esther la miró levantando una ceja. Sonrió al ver su cara de resolución.

Después de unas horas charlando con su doncella, llegó el médico. Se alegro mucho de verla tan bien- Se recupera pronto, eso es bueno. Veamos esa pierna- después de examinarla le prohibió levantarse de la cama al menos en una semana. Después podía moverse con unas muletas pero nada de apoyar la pierna. Debía seguir todas sus instrucciones para garantizar el resultado- No querrá que por hacer una tontería el hueso suelde mal ¿verdad?

Ella lo entendió. Así que tuvo que resignarse.

En cuanto se fue apareció el sillón que la abuela había prometido y se lo colocaron cerca de la ventana. También llevaron una mesa y materiales de pintura, además de su bordado. Pidió algún libro y le fueron entregados varios enseguida.

Issi le entregó el bordado y gracias al él pasaron las horas. Después de la cena entraron en su habitación la abuela y el Marqués que la miró con una sonrisa satisfecha- Me alegra verla. Parece que se encuentra mucho mejor.

-Sí, gracias- respondió tímidamente.

Estuvieron hablando un rato y al ver que estaba cansada se despidieron.- ¿Puedo visitarla?- preguntó el Marqués mirándola a los ojos.

Esther miró a la abuela que asintió- Sí, estaré encantada

-Entonces hasta mañana.

La despertó el dolor en plena noche y abrió los ojos mirando el dosel de la cama gracias a la luz de la chimenea. Se movió incómoda y gimió de dolor. – ¿Te duele?

Se sobresaltó al oír la voz de Steven y miró a su alrededor. Estaba sentado en una butaca en una esquina- ¿Qué haces aquí?

-Quería comprobar que estabas bien.-dijo él levantándose. Estaba entre sombras y no podía verle

bien. Se acercó a la mesilla de noche y le echó algo que había en un frasquito en un vaso de agua- Tomate esto. Te aliviará.

Desconfiando acercó la nariz al vaso y olió- ¿Crees que quiero envenenarte?- preguntó él con voz grave.

Esther hizo una mueca antes de beber. Suspiró dejando caer la cabeza sobre las almohadas bordadas. –Ya me voy. Puedes descansar tranquila.- susurró él dejando el vaso sobre la mesa.

Cuando iba hacia la puerta ella susurró- Te odio.

Él se detuvo en seco y tensó la espalda- Lo sé y siento mucho todo lo que ha pasado.

-Sólo lo sientes porque me caí por las escaleras. Sino hubiera sido así, no tendrías remordimientos. Querías hacerme daño. Enhorabuena, lo conseguiste. –él apretó los puños pero siguió sin volverse.- ¿No dices nada?

-Que seguramente tienes razón.-esas palabras la desgarraron por dentro. Que reconociera que había querido hacerle daño la destrozó.

-Vete. No quiero verte más y te agradecería mucho que no volvieras a entrar en mi habitación. Se lo prometiste a la abuela. No tienes palabra.

Él asintió con la cabeza y abrió la puerta pero antes de salir dijo.- Esther no te puedes imaginar lo que lo siento.

-No te creo. Ya no creo nada de lo que me digas. No te quiero cerca de mí. No eres buena persona y quiero que te alejes. ¿Lo he dejado claro?- preguntó con voz dura.

Steven salió de la habitación cerrando la puerta lentamente. Una enorme lágrima corrió por su mejilla mientras sentía un enorme vacío en su interior. Suspiró acomodándose esperando que el sueño la venciera.

Los días siguientes fueron aburridos. Aunque la abuela y Stuart iban a visitarla a diario le aburría estar todo el día encerrada. Jugó a las cartas con Issi y con Stuart que la ganaba siempre y la hacía reír con sus chanzas pero sentía que le faltaba algo. Después de diez días estaba sentada en

el diván mirando por la ventana el oleaje cuando Issi dijo- Está triste, milady.

-No, que va. Estoy bien- dijo forzando una sonrisa si dejar de mirar por la ventana.

Después de unos minutos de silencio Issi dijo- Se ha ido.

Esther la miró entendiendo perfectamente- Hace una semana cuando la duquesa se levantó encontró una carta del Conde diciendo que tenía que volver a Londres.

Asintió digiriendo la información. La tristeza la invadió. Volvió a mirar por la ventana y susurró- Siento que por todo esto se haya ido. Esta es su casa.

Issi asintió.- Los días que estuvo aquí después de su accidente lo pasó mal, milady. Toda la casa lo comentaba.

-¿Quieres que me sienta culpable?- preguntó casi sin voz al borde de las lágrimas.

-¡Oh no! Milady no tuvo la culpa de nada- dijo Issi ofendida por sus palabras- ¡Sólo faltaría! –la miró durante un rato- Sólo quería que lo supiera .

Esther no dejó de mirar por la ventana- ¿Puedes traerme un té?

-Sí, milady.

No quería hablar más del tema, sólo quería olvidar. Stuart fue a visitarla esa tarde y jugaron a las cartas. –Serás tramposo- dijo sacando una carta de la manga de su chaqueta- se echó a reír sin poder evitarlo- No pienso volver a jugar contigo en la vida.

Stuart la miró sonriendo- Es que has aprendido mucho y tengo que poner en práctica este tipo de tácticas para ganarte.

-¿Tácticas? ¡Son trampas!- dijo ofendida riéndose a carcajadas.

La abuela entró en ese momento llevando una carta en la mano- Querida, ha llegado esto para ti. –le entregó la carta y ella la abrió con una sonrisa pues no llevaba remitente. Al ver la firma del Conde al final de la carta palideció. –Querida, ¿de quién es?

Se la entregó sin leerla –Abuela, ¿puedes quemarla?

La abuela la cogió de entre sus dedos temblorosos y la leyó rápidamente- ¿No vas a leerla?

Negó con la cabeza mirando a Stuart. –Y no quiero más cartas, abuela.- Su amigo la miró preocupado

-Bien, niña- la abuela salió de la habitación rápidamente.
-¿Otra mano? –preguntó forzando otra sonrisa.

Una semana más tarde pudo empezar a salir de la habitación. Stuart o Raulf la bajaban en brazos. Aunque hacía frío siempre que podía salía a la terraza para pintar o leer. Tanta inactividad hizo que engordara y no había día que Stuart no le dijera que cada día estaba más hermosa. Eso la sonrojaba pero no podía evitar sentir que le faltaba algo. Con las muletas se manejaba bien y tenía más autonomía. Ya podía practicar a piano y disfrutar de otras cosas. Quedaba un mes y medio para la Navidad y se dio cuenta que nunca había tenido unas en familia. Stuart dijo que ya que estaba allí se quedaría hasta después de Navidad aunque a continuación tendría que irse a Londres. Esther no podía comprar nada pues no tenía dinero, así que decidió hacer los regalos ella misma. A la abuela le pintó su retrato sin que nadie lo supiera. Cuando vio el resultado quedó satisfecha. A Stuart le hizo una composición para piano. Era divertida y rápida. A Issi le hizo un vestido para que se fuera de paseo. Había reformado uno de los suyos que le había regalado la reina y esperaba haber acertado con la talla. Quería regalarle algo a Roulf por haberse portado tan bien con ella pero le estaba costando decidirse, hasta que se enteró que le gustaban mucho las flores. Entonces le pintó un hermoso jardín para que lo colgara en su habitación. Un cuadro enorme con una fuente central y rosas, violetas, hortensias, todas las flores que se le ocurrieron. Quedó muy hermoso.
Llegó el momento de quitar la escayola y todos estaban muy nerviosos. Había empezado a nevar y el médico se retrasó unos días pues tenía trabajo en una granja donde una parturienta había tenido un parto difícil. Cuando llegó, la examinó y empezó a quitarle la escayola. Nerviosa le miró- No debe preocuparse, milady- dijo el médico sonriendo- todo va bien.
Al terminar levantó la pierna levemente observándola- Perfecto.-Sonrió a su paciente- Apoye la pierna, milady. Vamos a ver que tal.
Insegura sacó las piernas de la cama y se levantó lentamente- Al principio le costará un poco pero sin darse cuenta volverá a ser la de siempre- dijo el médico satisfecho al ver como

caminaba.

Tenía razón, se sentía insegura pues llevaba sin usarla más de un mes pero poco a poco se sintió mejor y sonrió a la abuela que la observaba preocupada- ¿Cómo te sientes, querida?

-Es como si no fuera mía- dijo divertida.

El médico se echó a reír y Stuart gritó desde el otro lado de la puerta- ¿Está bien?

-Entra Stuart-dijo ella divertida.

Él entró en la habitación y la vio caminar. Aplaudió y dijo- Estupendas, unas piernas preciosas- Sonrojada dejó caer el vestido mientras la abuela reía.

-Serás descarado- le dijo ella reprendiéndolo.

La semana antes de Navidad se sentía estupendamente. Además se sentía hermosa. Había engordado y por fin tenía pechos, aunque pequeños la hacían sentirse muy femenina. Empezó a dar paseos por la finca. Y bajaba a la playa a menudo. La abuela había decidido no invitar a ningún vecino para las fiestas pues no quería que ella se sintiera incómoda, así que estaba totalmente relajada. Por eso no estaba preparada para lo que pasó. Cuatro días antes de Nochebuena estaba decorando la chimenea con lazos rojos mientras tarareaba un villancico. Alargó la mano para meterse un dulce en la boca cuando alguien dijo detrás de ella - Tienes una voz preciosa – esa voz le erizó el pelo de la nuca y se detuvo en seco. No se volvió porque no quería verlo. Sentía su presencia detrás pero no podía moverse. –Tarde o temprano tendrás que mirarme – su aliento le rozo la nuca, erizándole la piel.

Ella enderezó la espalda y se apartó sin mirarle. Cuando estuvo lo bastante alejada se volvió y lo miró de arriba abajo. Estaba muy atractivo como siempre, vestido con unos pantalones de montar verdes y una chaqueta marrón y él la observaba de arriba abajo comiéndosela con los ojos. El corazón le dio un vuelco y eso la enfureció- Conde, siento decirle que no es un placer.

Él apretó lo labios antes de decir- Pues yo tengo que decir todo lo contrario.

Se giró y salió del salón pero Steven la siguió- ¡Esther!

Estaba a mitad de la escalera y se volvió lentamente para mirarlo desde arriba- No se le ocurra volver a gritarme- dijo entre dientes.

Steven tuvo el descaro de sonreír y ella se quedó atónita- Tengo noticias pero supongo que puedo contártelas más adelante.

Entrecerró los ojos con desconfianza – No me interesan sus noticias, milord.

-Está bien – se encogió de hombros –Cuando estés preparada para oírlas me lo dices.

-Ya puede esperar sentado- dijo con desprecio dándole la espalda y subiendo la escalera.

La risa de Steven le puso los pelos de punta ¿Qué demonios estaría tramando ahora?

Se escondió en su habitación hasta la cena pero no quería preocupar a la abuela. Además, Issi la obligó a vestirse. Tenía que estar hermosa esa noche para darle en las narices al Conde. Sacó su vestido más bonito. Uno verde agua con volantes que le sentaba maravillosamente y le elevaba sus pechos. Le recogió sus rizos rubios en un lateral de la cabeza haciendo un recogido más elaborado. –Preciosa. Se va a arrepentir de decir lo del palo de escoba.

Esther se echó a reír mientras se perfumaba. Sentía no tener alguna joya pero su padrastro no le había enviado sus cosas. Suspiró mirándose al espejo y se pellizcó las mejillas. –Lista para la batalla

-¡Bien dicho!

Capítulo 6

Cuando llegó al hall allí estaba Stuart que le guiñó un ojo- Cada segundo más hermosa

-Mentiroso- dijo cogiendo su brazo- Te he echado de menos esta tarde. –dijo con una sonrisa yendo hacia el salón.

-Tenía cosas que hacer en el pueblo- dijo divertido- ¿querías darme una paliza?

-Por supuesto- él se echó a reír palmeando su mano y se paró en seco al ver a Steven al lado de la chimenea con una sonrisa irónica- Steven, has vuelto.

-¿No me esperabas? ¿Amigo?- la manera en la que dijo amigo le hizo fruncir el ceño. Ella tiró de Stuart que miraba confundido a su amigo.

La acercó hasta el sofá –Abuela, estás preciosa como siempre.

-Oh Stuart –dijo la abuela sonriendo- Siempre tan lisonjero. Vamos a pasar unas Navidades estupendas.

Esther miró con desconfianza a Steven que los observaba desde la chimenea. – ¿Cómo te ha ido por Londres?- preguntó Stuart recuperando la sonrisa mientras iba hacia la mesa de los licores y servía dos copas de jerez. Se acercó a Esther y le dio una copa. Ella sonrió de agradecimiento y Steven frunció el ceño.

-Bien. Ha sido un viaje de lo más interesante. –Se alejó de la chimenea con una sonrisa de satisfacción.- He comprado una casa.

-¿De veras? ¿Y tú casa de soltero?

-No era apropiada para los planes que tengo en mente- dijo sonriendo mientras se sentaba y

apoyaba la espalda en el respaldo de la butaca.

-¿Planes? ¿Qué planes son esos?

-Oh abuela, no seas impaciente- dijo divertido. Miró a Esther que se empezó a poner nerviosa- Te los diré en el momento adecuado.

-No seas así- dijo la anciana defraudada- Al menos dime donde te la has comprado.

-En Mayfair cerca del parque.

-Es una zona estupenda, Steven- dijo Stuart sonriendo de oreja a oreja.- Cualquiera diría que vas a casarte.

Se hizo el silencio en la habitación y Steven hizo una mueca. La abuela puso los ojos como platos- ¿Vas a casarte?

Esther sintió que algo se desgarraba en su interior y nerviosa levantó la copa de jerez para beber pero le temblaba la mano, así que la dejó sobre la mesa de centro. Steven arqueó una ceja divertido –Dios mío, Steven ¿con quién?- Stuart estaba feliz y la abuela también. Pero el que realmente estaba disfrutando era Steven que los miraba divertido.

-Pues de la que estaba en Londres me pasé por Palacio y solicité audiencia con la Reina.- Esther palideció y él la miró fijamente- Se disgustó mucho al saber tu accidente, Esther.

-¿De veras?- preguntó sin voz.

-Sí.

-Cuéntanos, ¿conociste a tu prometida en palacio?- preguntó la abuela emocionada.

-En realidad sí.

Esther miró a Stuart y puso los ojos en blanco al ver que no se enteraba de nada.-Vete al grano –dijo ella enfadándose- está jugando con nosotros.

Steven la miró con admiración-¡Querida, no me fastidies la diversión!

-¿Qué te dijo la Reina?- preguntó furiosa. La abuela la miró confundida y Stuart entrecerró los ojos

Él se echó a reír- ¿De verdad quieres saberlo?

-Me muero de impaciencia.- replicó ella.

-Pues le hablé de lo bien que nos llevábamos.- la abuela jadeó pero Steven la ignoró- de lo conveniente de una unión de ambas familias – Stuart se tensó- y después le pedí tu mano.

Esther palideció totalmente- Estás loco.

-Steven ¿qué has hecho?- preguntó la abuela horrorizada.

-¿Por qué? Es una futura duquesa perfecta. Sobrina nieta tuya y toda una dama. –Él sonrió de oreja a oreja- después de oírme, la reina aceptó con gusto. No estaba muy ilusionada por tener que presentarla en sociedad y me la ha dado en matrimonio.

-¡Eres un canalla!- gritó Esther fuera de sí.

-Te acostumbrarás a mí- dijo divertido.

-No me casaré contigo ¿me oyes? No puedes obligarme. Mi padrastro no lo permitirá- Steven arqueó una ceja y se echó a reír- Pero ¿no te lo he dicho? Tu padrastro está pendiente de juicio, querida. La Reina se enteró de lo que había hecho con tu dote y está en la Torre de Londres.

-¿Qué?

-Dilapidó la dote- dijo mirándola con los ojos entrecerrados- Aunque tu herencia no pudo tocarla pues por el testamento de tu madre no podía.

-Dios mío- se pasó las manos por la cara

Stuart se levantó muy tenso –No puedo creer que hayas caído tan bajo. ¿No podías respetar sus deseos y mantenerte alejado?

Steven le miró sin moverse- He hecho lo que creía adecuado. ¿Te he pisado el terreno?

Esther le miró ofendida- ¡Somos amigos!

-Tu amigo se está sonrojando, querida- dijo Steven con burla.

-Eres un…

-¡Silencio!- dijo la duquesa levantándose del sofá. Miró a Steven y dijo – ¡Al despacho, ahora!

El conde se levantó dejando su copa sobre la mesa- Por supuesto, abuela.

Cuando salieron del salón Esther miró a Stuart pero no sabía que decirle pues parecía incómodo- Esther...

-No es verdad, esto no está pasando.

-Te ha comprometido la Reina. Debes casarte con él.- dijo disgustado.

-¡Dime que tengo una salida! ¿Dime qué puedo hacer?- preguntó desesperada mirando a su alrededor.

-¡No puedes hacer nada!- exclamó frustrado. Esther se echó a llorar de impotencia y el la abrazó. –Tranquila Esther…

-No quiero…

-Lo sé, pero no es mala persona. Aunque no le reconozco en estos momentos, no es mala persona.

Lloró sobre su hombro durante unos minutos. Levantó la mirada para ver la cara de su amigo- ¿Te importaría soltar a mi prometida?- dijo con voz acerada desde la puerta. La abuela los observaba con los labios apretados y Stuart se retiró lentamente después de bajar los brazos. Steven se acercó a ella lentamente y extendió el brazo –Vamos a cenar- no era una pregunta, era una orden. Ahora era suya.

Esther se levantó lentamente y le pegó un bofetón que le volvió la cara. Cuando giró la cara para mirarla la miró indiferente y le ofreció otra vez el brazo.- ¿Cenamos? –Volvió a levantar el brazo para pegarle pero Steven se lo impidió cogiéndola de la muñeca. La pegó a él abrazándola de la cintura- Quiero que cenes, pequeña. Estás preciosa y los disgustos te adelgazan.

-Púdrete- dijo enfrentándolo con la mirada mientras intentaba soltarse.

-¡Suéltala!

-Stuart, acompáñame- dijo la abuela con voz firme. Esther vio sorprendida como Stuart y la abuela salían del salón cerrando la puerta. Se sintió traicionada y muy dolida. Su mirada lo expreso todo.

-No te traicionan, cariño- dijo mirándola fijamente- Es su deber.

Esther lo fulminó con la mirada –Nunca me casaré contigo.

-Oh, sí que lo harás- él la apretó a su cuerpo colocando sus muñecas a su espalda.

-¡No me casaré nunca contigo!- le gritó a la cara.

-Va a ser muy interesante descubrirlo.

La besó apretándola a él y Esther intentó rechazarlo, así que la cogió por la nuca para inmovilizarla. Cuando la tuvo a su merced suavizó el beso acariciando sus labios. Esther sintió algo en el estómago que la hizo gemir y cuando abrió la boca acarició su lengua provocando unas sensaciones que no sabía que se podían sentir. Steven rompió el beso para mirar su cara satisfecho-¿Este beso te ha gustado más?

Esas palabras la espabilaron- Perro...

La besó intensamente haciendo que le temblaran las piernas y Steven la agarró por el trasero. Jadeó en su boca y él alejó su cara lentamente. Le costó abrir los ojos- Nena, esto va a ser muy interesante- dijo con voz ronca apretando sus glúteos. Al sentir su sexo contra ella abrió los ojos sorprendida- ¿Ahora quieres ir a cenar?

-No tengo apetito- el apretó sus glúteos contra él otra vez y Esther reaccionó- Sí, cenaré.

-Veo que lo vas entendiendo- la soltó y extendió el brazo.

Con la mano temblorosa cogió su brazo y la dirigió hacia el comedor. La abuela ya estaba en su sitio y Stuart se había sentado al lado de Steven a la derecha de la abuela. Apretó los labios al ver que se había puesto del lado de Steven. Sentados a la mesa la abuela dijo- Todo esto es poco ortodoxo pero tenéis tiempo para conoceros…

Esther tenía la cabeza agachada y ante ella apareció un consomé de champiñones. Con la mano temblorosa cogió la cuchara y empezó a comer. La abuela suspiró de alivio. – ¿Alguna novedad más?- preguntó la abuela con voz nerviosa.

-He visto a mis padres- dijo Steven muy serio sin despegar la vista de Esther a la que le temblaba la mano evidentemente.

-¿Y como están?

-Madre estaba resfriada- dijo indiferente. Ese hombre tenía un alma helada pensó Esther dejando la cuchara sin haber comido ni la mitad- Come Esther.

Stuart estaba evidentemente incómodo- ¿Puedo hablar contigo unos minutos en privado?- preguntó mirando a su amigo.

Steven sonrió- ¿No puede esperar hasta después de la cena?

-¡No!- Stuart se levantó de la mesa y salió del comedor.

-Ve, es tu mejor amigo- dijo la abuela apenada.

Se levantó asintiendo. Salió del comedor y Esther miró a la abuela con los ojos llorosos- ¿Por qué?

La anciana apretó los labios antes de decir- Puede que en este momento no te des cuenta pero es lo mejor, Esther. Y ya que la Reina a dado su aprobación no se puede hacer nada. Cuanto antes lo aceptes, será mejor para todos.

-¿Yo no tengo nada que decir?- preguntó sin voz.

La miró a los ojos con pena- Desgraciadamente no.

Se levantó de la mesa sintiendo que estaba absolutamente sola en el mundo. Sólo había tenido esa sensación cuando cumplía condena. –Si me perdonas...

-Querida no creo que...- Esther la ignoró y salió del comedor.

Raulf la miró desde la puerta.- La acompaño arriba, milady.-dijo cogiendola del brazo

-Gracias, Raulf.

Al entrar en su habitación Issi la esperaba de los nervios- Oh milady, cuanto lo siento.

-¿Ya te has enterado?

-Lo sabe toda la casa- dijo desabrochándole el vestido.-Nos escaparemos...

-No podemos hacer eso, Issi. No tenemos dinero.

-Da igual, podemos…

-Déjalo.- se quitó el vestido quedando en ropa interior e Issi desató las enaguas. En ese momento se abrió la puerta.

-Fuera.- Issi no podía negarse y agachando la cabeza salió de la habitación rápidamente.

-Esta es mi habitación- dijo ella sin fuerzas –Te agradecería que llamaras.

Se quitó las enaguas tirándolas sobre una silla y en ropa interior se sentó en la butaca del tocador.

Él se colocó detrás mirándola intensamente- No has cenado.

Se empezó a quitar las horquillas de su peinado- Comprenderás que no tenga hambre. Estoy cansada y quiero dormir.

Se miraron a través del espejo- No sé que quieres conseguir con esto. ¿Dinero?-Steven se enderezó-¿Necesitas mi dinero para salvar el patrimonio que tus padres han dilapidado?

-Tu dinero es tuyo- dijo él –No tengo derecho a tocarlo

-Veo que estás bien informado- dijo ella dejando caer sus rizos por su espalda.- Y nunca lo tocarás, de eso puedes estar seguro.

Él acarició su cabello y Esther se estremeció. –Entonces ¿por qué?

-Ya lo he dicho – apartó el cabello dejando su nuca al descubierto. Le acaricio la piel bajando por la espalda lentamente.- ¿O preferías haberte casado con Stuart?

Se tensó por sus palabras y lo miró enfadada a través del espejo- Somos amigos, buenos amigos.

-Él quería algo más ¿no lo sabes?

-Estás enfermo- dijo intentando levantarse. Steven la agarró por los hombros para que no se moviera.

-¿Enfermo?- preguntó divertido-¿Crees que no veo como te mira, nena? –acarició sus hombros hasta llegar a su cuello- Como algún día te vea con él o algún otro, os mato.-dijo con voz grave cerca de su oído- No me gusta compartir lo que es mío.

-Lo que decía- respondió con odio –estás loco.

Steven se echó a reír y la besó en el cuello- Que descanses, querida.

-Púdrete- él sonrió mirándola a través del espejo

-Cielo, no tenías que haber dicho eso- la levantó cogiéndola en brazos mientras Esther pataleaba y la tiró sobre la cama colocándose sobre ella.

-¡Suéltame! –gritó ella intentando levantarse pero su cuerpo se lo impedía.

La miraba a la cara mientras sujetaba sus manos - Cálmate –susurró él mirándola a los ojos. El tono de su voz la detuvo y se observaron durante unos segundos- No quería hacerte daño, cielo- susurró él antes de besarla suavemente- No medí mis palabras, lo siento.

Ella tragó saliva – ¿Tampoco mediste tus palabras con la Reina?

Él sonrió ligeramente- No, cada palabra que le dije lo hice conscientemente.- la volvió a besar y le acarició su labio inferior con la lengua haciéndola perder el aliento con su contacto.

-¿Por qué?-preguntó contra sus labios.

-Lo entenderás algún día –miró hacia abajo y la beso en el cuello- Cielo, estás preciosa.

Le encantó oírlo- ¿Ya no soy un palo de escoba?- Steven gimió contra su cuello

-No, eres perfecta- susurró levantando la cabeza para mirarla a los ojos- Y eres mía.

-No- respondió asustada.

-Sí -la besó intensamente y Esther apretó las manos. Steven entrelazó sus dedos con los de ella haciéndola gemir. Nunca se había sentido tan unida a alguien como a él. Tímidamente le acarició con la lengua respondiendo su beso y Steven gimió en su boca Se sintió feliz sabiendo que también podía darle placer y volvió a hacerlo entrelazando sus lenguas. Él levantó la cabeza de golpe y se miraron ambos jadeantes –Nos casamos en una semana.

-No.

-Sí, cielo. No quiero tenerte en mi cama antes de casarnos- dijo gravemente.

Sus manos recorrieron sus brazos hasta llegar a sus axilas y tocaron sus pechos a través de la ropa interior. Gimió cerrando los ojos y arqueando el cuello – Sí cielo, te quiero en mi cama durmiendo a mi lado. –le acarició los pezones haciéndola jadear –Preciosa y mía.

Se levantó de la cama y ella abrió los ojos mirándolo indefensa- Hasta mañana, que duermas bien.

Se alejó de la cama y salió de la habitación sin decir nada más. Issi entró en la habitación y al verla tirada en la cama se asustó-¿Ha abusado de milady?

Inexplicablemente Esther levantó la cabeza sonriendo –Desgraciadamente no.

A la mañana siguiente se levantó de mejor humor. No sabía porque pero se sentía viva. Se vistió con un vestido de mañana rosa con volantes blancos y al mirar por la ventana vio que estaba nevando. El mar estaba bravío y la imagen era preciosa. Recordó que en dos días era Navidad y que no tenía regalo para su prometido. Se sonrojó intensamente y se mordió el labio inferior. No podía repartir los regalos para los demás y hacerle ese feo a él. Entonces se le ocurrió una idea y

sonrió.

Bajó a desayunar y se encontró con que todos ya estaban desayunando. Estaban muy animados y se dio cuenta que la tensión de la noche anterior había terminado. Stuart se estaba riendo de algo que había dicho Steven y le palmeaba la espalda. –Buenos días- dijo tímida sin mirar a nadie en concreto.

-Buenos días, querida- respondió la abuela con una sonrisa.

Se acercó al buffet para servirse y sintió la mirada de Steven en la espalda. Se sirvió algo de jamón y unos huevos. Fue hasta su sitio donde Steven estaba esperando para ayudarla a sentarse- Buenos días, preciosa- dijo él cuando ella se acercó.

-Buenos días, Conde.

Se sentó en la silla y él se acerco a su oído- ¿No crees que puedes llamarme Steven?

Se sonrojó intensamente haciendo reír a los allí sentados. Él la besó en el lóbulo de la oreja y dio un respingo. Su prometido se sentó ante ella y sonrió satisfecho.- ¿Qué vas a hacer esta mañana, Esther?

Le miró confundida- Pues pensaba bordar un poco o leer –luego le miró con desconfianza – ¿Por qué?

-Pensaba ir hasta el pueblo. ¿Quieres venir?

Esther miró por la ventana, estaba nevando con ganas y se estremeció de frío haciéndolos reír- No, gracias. Prefiero quedarme en casa frente a la chimenea.

Él hizo una mueca.

-Querida ¿qué te parece si organizo un baile para celebrar vuestro compromiso?

-Pues... –miró a Steven que al ver su incertidumbre frunció el ceño- No he asistido nunca a un baile y…

-¿No sabes bailar?- preguntó Stuart sorprendido

-Sí pero... –se la notaba insegura

-Organiza el baile abuela –dijo Steven con los ojos entrecerrados.

Apretó los labios antes de meterse el tenedor en la boca. Nunca iba a respetar sus deseos y se le

notó en la cara que no estaba contenta- No pongas esa cara. No voy a dejar que te escondas.

-¡No me estoy escondiendo!- protestó ella.

-Sí que lo haces. Por eso la abuela no ha invitado a nadie estas Navidades para que no te sintieras incómoda.

Se sonrojó intensamente porque tenía razón y bajó la vista al plato- Steven, hace poco que se ha recuperado de lo de la pierna y...

-No la excuses, abuela. –dijo él interrumpiéndola.

Con lo bien que había empezado el día y él tenía que fastidiárselo- Tiene que ocupar su lugar tanto aquí como en Londres y si ella no toma la iniciativa, la tomaré yo por ella.

-Siempre tienes que hacerlo ¿verdad?- preguntó harta.

Él la miró sorprendido-¿El que?

-¡Hacerme sentir como si todo lo hiciera mal!

-¿Hago eso? –miró alrededor y nadie dijo nada. Apretó los labios pues su silencio confirmaba las palabras de Esther.

-Entonces me disculpo- dijo muy serio- No era mi intención.

Esther perdió el apetito y agachó la cabeza. –Uff, voy a ir a coger algo que necesito –dijo Stuart levantándose rápidamente.

-Sí voy contigo- la abuela se levantó también dejándola sorprendida pues tenía su desayuno a la mitad.

Se sonrojó al darse cuenta de que querían dejarlos solos – Mírame, cielo- dijo Steven suavemente.

Ella levantó la cabeza para ver su cara. Parecía arrepentido. Steven se levantó y se acercó a ella acuclillándose a su lado.- Soy idiota y puedes decírmelo cada vez que quieras.

-Eres idiota- dijo mirando sus ojos verdes.

Steven sonrió-Soy yo el que lo hago todo mal y no tú. –la cogió de las manos y se las apretó.- Pero no voy a ceder en lo del baile.

Esther puso los ojos en blanco y él se echó a reír –Siempre te sales con la tuya.

-Eso no es cierto –dijo mirándola fijamente –Si hubiera sido así, no me hubiera ido cuando estabas en la cama con la pierna rota por mi culpa, sin haber hablado contigo como yo quería.

Intentó soltar sus manos- No fue culpa tuya que me cayera por las escaleras.

-Sí que lo fue y todo el mundo lo sabe- se incorporó y la besó en los labios suavemente.- Ahora come

Ella sonrió moviendo la cabeza de un lado a otro- No vas a dejarlo ¿verdad? Siempre me vas a ordenar hacer las cosas.

Se encogió de hombros cogiendo un bollo de la bandeja central y dejándoselo al lado de su plato. Esther al ver lo que había hecho se echó a reír y Steven sonrió al verla- ¿Quieres algo del pueblo?

-¿Me puedes traer pintura roja de óleo? Rojo intenso.

Él asintió- Rojo intenso.

Steven se sentó en su asiento y ella continuó comiendo mientras su prometido se tomaba un té. La ponía nerviosa que la mirara comer- ¿No te ibas?

Se echó a reír al ver que a ella le daba vergüenza- Vamos a tener que hacer algo con tu timidez, cielo. Supongo que en tu noche de bodas desaparecerá gran parte de ella- La miró comiéndosela con los ojos y a Esther se le cortó el aliento- Al menos la que tiene que ver conmigo.

-Repito, ¿no te ibas?- preguntó con voz ronca provocando que Steven se partiera de la risa.

Steven se acercó a ella y Esther levantó la cara para mirarlo. –Te veo luego, sé buena.- dijo agachando la cabeza.

-Siempre lo soy- dijo divertida.

La besó suavemente en los labios como ella esperaba pero sin darse cuenta profundizo el beso cogiéndola de la nuca. Se separó de ella y la observó divertido. – ¿Mejor que el salteador de caminos?

-Vas aprendiendo.- respondió sin aliento

Steven se echó a reír y se enderezó. Se fue del comedor y ella miró lo que le quedaba de desayuno. Se encogió de hombros y siguió comiendo. Estaba deseando empezar ha hacer el

regalo de Steven.

Pasó gran parte de la mañana en su habitación mientras la abuela preparaba el menú de la cena de Nochebuena y la comida del día de Navidad. No tenía mucho tiempo para hacer su regalo y tenía que darse prisa. Issi practicaba la lectura a su lado y la corregía cuando correspondía.

A la hora del almuerzo ellos todavía no habían llegado y miró al exterior nerviosa. No había dejado de nevar y estaba preocupada- Estarán comiendo en la taberna del pueblo. No te preocupes, estarán bien.

-No me preocupo- dijo indiferente apartándose de la ventana.

La abuela se rió entre dientes sin replicarla. Decidió practicar un poco mientras la abuela bordaba. Cuando terminó su abuela aplaudió –Cada días lo haces mejor, querida. Voy a acostarme un rato.

-Sí abuela, descansa- dijo nerviosa mirando hacia la ventana.

-Tú también deberías. Así te pasará el tiempo más rápido.

Decidió que tenía razón y subió a su habitación. Se desvistió con ayuda de Issi y se tumbó en la cama en ropa interior. Preocupada por ellos dio varias vueltas pero al final se quedó dormida mirando el fuego

Una caricia en la espalda la despertó. Protestando metió la cabeza debajo de las almohadas para que la dejaran en paz. Estaba teniendo un sueño estupendo en el que el protagonista era Steven. Cuando la mano bajo por la columna hasta llegar a su trasero abrió los ojos como platos –¿Steven?- preguntó sin sacar la cabeza.

-¿Esperabas a otro?- preguntó divertido.

-Aparta la mano, libertino.

-Unnn- le apretó la nalga haciéndola jadear. –Es que disfruto mucho haciendo esto.

La mano bajó hasta la unión de sus muslos y se sobresaltó sacando la cabeza de debajo de las almohadas provocando la risa de su prometido- No tiene gracia- dijo sentándose en la cama y apartando su melena rubia de su cara.

-Sí que la tiene, preciosa- la cogió por la nuca – ¿Me has echado de menos? –preguntó acercando

sus labios a los suyos.

-Tanto como a un sarpullido- respondió con una sonrisa.

-¿Qué tipo de sarpullido?

Esther se echó a reír y él la besó dejándola sin aliento. Embriagada por sus labios se dejó llevar y la tumbó sobre la cama mientras le acariciaba el cuello. Gimió cuando la mano llego hasta su pecho acunándolo. –Para- susurró contra sus labios- puede venir alguien.

-¿Y qué puede pasar? ¿Qué nos casemos?- respondió ronco apretando un pezón entre sus dedos haciéndola arquear la espalda.-Cielo, no sé si aguantaré siquiera una semana- dijo contra su mejilla.

Se levantó de golpe frustrado y se pasó una mano por su pelo negro. Esther apoyó los codos incorporándose y mirándolo desde la cama con la respiración jadeante le escuchó decir. –Puedo esperar.

Ella asintió –No te dejaría.

Steven se echó a reír y ella se ofendió – ¡No te dejaría!

-Claro cielo, hace un minuto me hubieras detenido. Estoy seguro de eso.- dijo entre risas yendo hacia la puerta.

Ella le lanzó una almohada dándole en la cabeza y Steven se volvió mirándola con los ojos entrecerrados.- Uppss- dijo ella sonriendo.

-¿Upss?-Steven se volvió y recogió la almohada del suelo.

-No te acerques –dijo ella cogiendo otra almohada y poniéndose de pie en la cama-Te lo advierto.

Steven se acercó lo suficiente y se llevó otro golpe con la almohada. La cogió por los tobillos haciéndola reír y volvió a golpearle varias veces –Las vas a pagar todas juntas- él la tiró sobre la cama mientras Esther se reía a carcajadas sin dejar de golpearle con la almohada en la cabeza. Steven empezó a hacerle cosquillas y tuvo que pedir piedad pues no podía dejar de reír. – ¿Te rindes?- preguntó él sonriendo.

-Nunca- le miró a los ojos feliz y Steven le acarició el cabello.

-Prométemelo- susurró él.

-Te prometo que nunca me rendiré- dijo divertida – y menos a ti.

-Así me gusta, cielo. Me gusta estar en guerra contigo- la besó en los labios antes de levantarse.- Las reconciliaciones serán todavía mejores.

-Todavía no he dicho que me casaré contigo- dijo ella frunciendo el ceño para parecer enfadada.

-Cielo, hay que saber que batallas puedes ganar y esa guerra está perdida.- dijo saliendo de la habitación.

La cena fue muy divertida pues Stuart y Steven contaron anécdotas de la infancia y de los castigos que nunca cumplían.

Cuando se retiraron Steven la acompañó a la habitación y le dio un suave beso en los labios deseándole buenas noches. En cuanto entró en la habitación e Issi la ayudó a desvestirse y la dejó sola, siguió haciendo el regalo de Steven pues deseaba terminarlo cuanto antes. Se pasó horas trabajando pero quedó muy satisfecha con el resultado.

Se levantó cansada pues casi no había dormido y al bajar al desayuno Steven frunció el ceño al ver su cara.- ¿No has dormido bien, querida?

Gruñó sentándose en la mesa y Stuart la miró divertido-Debe ser la primera vez que no estás de buen humor por la mañana.

Volvió a gruñir provocando las risas de todos. Después del desayuno se sentó a bordar junto a la abuela y Steven la observó. – ¿Qué bordas?

La abuela se echó a reír- Tu prometida no borda cosas habituales

-Ella no es como las demás – Se acercó a ella que se había sonrojado y miró su bordado. Era un bordado del castillo y Steven abrió los ojos como platos.- Tengo una artista en mi futura mujer.

-¿Te gusta?- preguntó sonriendo.

-Cuando lo termines lo enmarcaremos para colgarlo en la casa nueva- dijo él acercándose mirando las pequeñas puntadas.

-Cuéntame como es.

Steven se sentó a su lado y ella le miró expectante- Esta en una de las mejores zonas de Londres

con el Hyde Park muy cerca.

-Así podrás salir a caballo –dijo la abuela.

-Podremos salir- apostilló él mirando a Esther –En cuanto deje de nevar empezaremos las clases.

Asintió-Sigue.

-Tiene quince habitaciones aparte de las del servicio claro y un gran salón de baile.

-Es enorme- exclamó Esther llevándose una mano al pecho haciendo reír a la abuela.

-No tanto –dijo Steven haciendo una mueca –Pero no podía permitirme nada mejor en este momento. –Esther cogió su mano sonriendo y él se la apretó.- También tiene un pequeño jardín posterior que te encantará.

-Parece estupenda, Steven- dijo la abuela. –Estoy deseando conocerla

Esa frase los dejó con la boca abierta pues ella odiaba Londres- No pensareis dejarme aquí ¿verdad?

Los dos negaron con la cabeza y ella asintió encantada. –Querida, enséñale tus otros bordados.

Sorprendidos se miraron y Esther soltó una risita. Steve le acarició la mejilla-Cielo, enséñame esos bordados tuyos

Ella fue hasta el costurero que la abuela le habida designado y abrió el cajón de abajo. Estaba lleno y sacó los bordados entregándoselos a su prometido- Vaya, has estado muy ocupada- dijo sorprendido al ver la cantidad.

-A tu prometida le encanta bordar, querido. Vas a gastar una fortuna en hilos- dijo divertida al ver como los miraba uno por uno. Ciertamente no eran los típicos bordados. Un loro en la selva, un paisaje chino, un pájaro dando de comer a su cría, un jardín con un riachuelo- ¿De dónde sacas las ideas?

Se encogió de hombros –No sé, de imágenes de libros o de cosas que veo.

Llegó al último bordado y Esther se sonrojó intensamente. Iba a quitárselo de las manos cuando él se echó a reír apartándolo- ¿Y este?

-Dámelo- intentó arrebatárselo.

-¿Qué bordado es?- preguntó la abuela riendo.

Él se lo enseñó. Era él montado sobre su pura sangre.

-Lo hice por el caballo- dijo sonrojada hasta la raíz del pelo.

Steven se echó a reír mirándolo y frunció el ceño al ver algo al fondo del dibujo. Eran los asaltantes que esperaban agazapados. –Eso no me gusta tanto.

-Serás engreído- se lo quitó de las manos- Fue un momento estupendo y quería recordarlo.

-Estupendo ¿eh?- dijo levantándose del sofá.

-Sí, besaba muy bien- la abuela se partía de la risa.

-Ya te daré yo.

Chilló al ver que se acercaba y salió corriendo del salón.-No corras cielo, si te voy a coger igual.

La risa de la abuela llegó hasta ella mientras se escondía debajo de la escalera. Miró hacia el hall para verlo llegar cuando la cogió por la cintura sobresaltándola. –Nena, tienes que practicar un poco- dijo apretándola contra él.

Se dio la vuelta entre sus brazos- ¿Practicarás conmigo?- preguntó pícara.- Me gustan los juegos.

-Nena, jugaremos todo lo que quieras- dijo ronco antes de atrapar su boca. Se besaron apasionadamente y Esther levantó los brazos acariciando su nuca mientras Steven la apretaba a él acariciando su trasero- Nos van a ver-dijo ella rompiendo el beso.

-No, si ya lo hemos visto- dijo Issi subiendo la escalera.

Esther se puso como un tomate y Steven se separó de ella riendo- Esta doncella tuya es una descarada.

-Es estupenda. –dijo riendo.

-Gracias, milady- respondió Issi en la escalera todavía.

Esther sacó la cabeza de debajo de la escalera- ¿Quieres irte, cotilla?

-¡Es que sino no me entero, milady!- protestó la doncella haciendo chasquear la lengua a Roulf que lo observaba todo desde la puerta de entrada.

Steven la cogió del brazo mientras se reía a carcajadas- Está claro que en esta casa no hay intimidad.- se acercó a su oído- ¿qué tal una visita al establo?

El rojo intenso en la piel de Esther lo hizo desternillarse de la risa mientras ella le daba un

codazo.

Capítulo 7

Llegó la cena de Nochebuena y fue fantástica. Tomaron ponche de huevo y cantaron villancicos aunque Steven tenía una voz horrible y cantaba a pleno pulmón poniéndoles los pelos de punta. Esther tuvo que taparle la boca varias veces pues temía que se rompieran los cristales.

Ya era tarde cuando se acostaron pero antes no resistieron la tentación de besarse hasta dejarse sin aliento escondidos en una de las habitaciones vacías. Totalmente despeinada entró en su habitación –Menos mal que la boda es la semana que viene- dijo Issi irónica mirando sus ojos brillantes.

Suspiró yendo hacia su amiga –Sí, menos mal.

La doncella se echó a reír y Esther le guiñó un ojo.

A la mañana siguiente repartieron los regalos después del desayuno. Cuando la abuela repartió los suyos Esther jadeó al ver unos pendientes de diamantes que terminaban en una preciosa perla- Pero abuela...- dijo mirando el hermoso presente.

-Querida te quedarán perfectos.- la abuela sonrió encantada de que le gustaran.

-Es demasiado.

Steven le acarició la nuca sentado a su lado. La abuela le había regalado una petaca con su nombre grabado y a Stuart una funda para los cigarros.

Stuart repartió los suyos y Steven frunció el ceño al verla abrirlo emocionada. Una maravillosa estola de piel apareció ante ella- Stuart, es preciosa. Muchas gracias.

-Me alegro de que te guste – dijo mirando a su amigo que entrecerraba los ojos- Lo mejor para una amiga como tú.

Esther sonrió y miró a Steven – ¿No abres el tuyo?

Steven abrió su paquete. Unos guantes de piel y una bufanda. Se echó a reír al verlo pero no comentó nada y Esther preguntó – ¿De que te ríes?

-De nada, cielo- miró a su amigo y Stuart le guiñó un ojo.

La abuela estaba encantada con un nuevo frasco de perfume que estaba admirando. El frasco era realmente precioso.

Esther se levantó y fue hasta el árbol- Me toca.

-Cielo, ¿de dónde has sacado el dinero?- preguntó Steven preocupado.

Su abuela en ese momento se dio cuenta que no le había dado una asignación y abrió los ojos horrorizada- Oh mi niña, no me había dado cuenta. Lo siento mucho.

-Abuela no necesito dinero. Soy rica- todos se echaron a reír por su respuesta y ella repartió los regalos- No los abráis hasta que yo lo diga. Tengo que llamar a alguien.

Salió corriendo del salón y mandó llamar a Issi. Roulf estaba al lado de la puerta del salón esperando a que le pidieran algo. –Roulf ¿podrías pasar?

El mayordomo la miró atentamente- Por supuesto, milady.

El mayordomo e Issi se miraron colocándose uno al lado del otro. Esther se acercó a ellos dándole el enorme paquete a Roulf y el otro a Issi.

Se miraron sorprendidos pero ella lo ignoró porque ya estaba mirando a la abuela que lo observaba todo sonriendo. –Abuela, te toca

La anciana emocionada abrió el gran paquete y jadeó tapándose la boca cuando vio el lienzo. Era ella sentada al lado de la ventana sonriendo. Stuart y Steven se acercaron al lienzo- ¡Abuela, estás estupenda!- exclamó Stuart sorprendido.

-Es maravilloso, preciosa- dijo su prometido sonrojándola-¿puedo abrir el mío?

-¡No!- los hizo reír y los chicos se volvieron a sentar.- Ahora va Issi.

Issi abrió el paquete impaciente y chilló de felicidad al ver su vestido- ¡Milady!

-Quiero que salgas guapísima de paseo. –la mirada de felicidad de su amiga bien mereció la pena por todas las horas que había trabajado.

-Gracias, milady- se limpió las lagrimas- es precioso.

-Roulf…

El mayordomo carraspeó abriendo gran paquete. Era el lienzo más grande de todos y todos esperaban expectantes su reacción. Volvió a carraspear después de ver su regalo y lo giró para que todos lo vieran. –Maravilloso. Milady sabe lo que me gustan los jardines y ahora podré verlos siempre.

Esther sonrió- Me alegro que te guste. Esperaba que lo colocaras ante la cama y así cuando te despiertes sea lo primero que veas.

El mayordomo asintió tragando saliva como si le costara hablar.- Gracias, milady.

Se giró sonriendo de oreja a oreja – Stuart, ábrelo con cuidado.

Su amigo lo abrió lentamente y se echó a reír al ver la partitura. – ¿Me has compuesto una canción?

-Sí, ¿te gusta?

-Dios mío ¿se llama Stuart?- pareció avergonzado y Steven se echó a reír.

-Luego te la tocaré pero ahora quiero darle mi regalo a mi prometido. –Steven la miró a los ojos

-Tu prometido ¿eh?- Se acercó al árbol y se lo entregó.

-¿No eres acaso mi prometido?

-Sí cielo, eso soy. Y seré tu marido dentro de nada- lo dijo de tal manera que la sonrojó.

-Ábrelo- se sentó a su lado mientras abría el paquete. Cuando lo abrió se echó a reír a carcajadas y Esther sonrió. Todos se acercaron a ver el lienzo que tenía delante. Steven delante de una chimenea con cuernos y un enorme rabo rojo, gritaba enfervorecido a una escoba.

La abuela e Issi se echaron a reír al ver el cuadro. – ¿Alguien me lo explica?- preguntó Stuart algo confuso.

-Te lo explicaré luego, amigo- dijo Steven sin parar de reír mirando la pintura.

-No hay dudas que tienes talento, querida- dijo la abuela admirando los cuadros. –Está claro que

la expresión artística es lo tuyo.

Su prometido la miró- ¿Cuando lo has pintado?

-Eso es secreto.

-¿Por eso tenías esa cara ayer por la mañana?

Se encogió de hombros y Steven se acercó para robarle un beso.- Me gusta mucho, lo pondré en el despacho

Esther abrió los ojos como platos – Ni hablar.

-Oh sí- dijo divertido –quiero que todo el mundo vea el talento de mi esposa.

Horrorizada miró a la abuela- Se lo has regalado, ahora no puedes hacer nada- dijo antes de guiñarle un ojo- Yo por mi parte en cuanto esté enmarcado pienso colgarlo sobre la chimenea.

-Bien dicho, abuela- dijo Steven levantándose y colocando el cuadro sobre una mesa apoyado en la pared.-Ahora me toca a mí.

Repartió los regalos y se sentó en el sofá a su lado- Ábrelo, cielo.

Ella rompió el envoltorio y vio la caja alargada de terciopelo. Una preciosa pulsera de diamantes la hizo abrir los ojos como platos-Steven...

-¿Te gusta?- parecía indeciso y ella sonrió radiante. –Quiero que me entierren con ella.

Las risas de la sala la sonrojaron y la admiró durante un rato.

A la abuela le había regalado un par de alfileres de zafiros y a Stuart un reloj.- ¿Te han gustado tus regalos? – preguntó ella con picardía

-Me han gustado mucho pero tú todavía no has terminado- se sacó una cajita del la chaqueta del traje y la abrió. Chilló de alegría al ver el anillo de compromiso. Era un diamante con forma de lagrima rodeado de zafiros.- ¡Steven!- gritó levantándose y cubriéndole de besos.

-¿Te gusta?- preguntó divertido.

-¿Qué si le gusta?- Stuart no salía de su asombro por la excitación de Esther que extendió la mano impaciente.

-¿A qué esperas?

La abuela se echó a reír. –Querida, tranquilízate.

-Es un anillo que llevaré toda la vida- dijo dejándolos a todos con la boca abierta.-Y es precioso. ¡Imagínate si hubiera sido feo!

Todos se echaron a reír y Steven le puso el anillo. –Perfecto.

Esther se agachó para darle un beso.-Gracias, me han gustado mucho tus regalos. Mi cumpleaños es dentro de un mes.

Todos se echaron a reír y ella le guiñó el ojo. Steven le dio una palmada en el trasero- No voy a malcriarte.

Ella le lanzó un beso mientras iba hacia el piano. Entre risas oyeron la composición que le hizo a Stuart. Y se tomaron una copita de jerez antes de comer.

Todo el día fue una gran celebración. Reunieron a todo el personal y después de un discurso de la abuela, tomaron champán y tarta mientras Esther tocaba el piano para amenizar la velada. Steven le acercó un plato y ella comía lo que él le daba mientras seguía tocando. A la hora de la cena no tenían hambre, así que Roulf les organizó una cena ligera en el mismo salón. Esther estaba cansada y escuchaba la conversación mientras Steven sentado a su lado rodeándola con el brazo la acariciaba sin darse cuenta. Cuando se le cerraron los ojos la abuela la envió a la cama. Steven la cogió en brazos sin atender a sus protestas. La dejó en la cama y se sentó a su lado.-¿Te lo has pasado bien?

Esther sonrió- Nunca he tenido unas Navidades así. Me ha encantado.

Él le acarició la mejilla. –A partir de ahora todas serán así.

-¿Te ha gustado tu regalo?- pregunto con picardía.

-Eres mala.-dijo divertido.

-Me han gustado mucho los tuyos. –susurró mirando su anillo.

-Cuando lo vi pensé que era perfecto para ti.

-Tenías razón.

-Como siempre- ella bufó haciéndolo reír.

-Hasta mañana. –se acercó y le dio un beso acariciando su nariz .-Feliz Navidad

-Feliz Navidad.

Cuando se fue sintió pena. No quería que el día se acabara. Suspiró levantándose para quitarse el vestido cuando apareció Issi.- Lo siento, milady. Lo estamos celebrando en la cocina.

-Desabróchame y vete a pasarlo bien- dijo sonriendo.

-Me ha encantado su regalo- dijo desabrochando el vestido.

-Me alegro.

-Todos en la cocina comentan su talento, milady. Roulf está maravillado con su cuadro. Además he oído como comentaban los señores durante la celebración en el salón, lo que les habían gustado los suyos. Aprecian mucho que se haya pasado horas haciéndolos.

-¿De verdad?- eso la sorprendió pues no le habían costado nada- Los hice con gusto.

Cuando la dejó sola sonrió. Había sido un día estupendo.

Pero como siempre su prometido tenía que fastidiarla. Al día siguiente se puso de muy mal humor cuando se enteró que la boda no podría ser hasta el día de Nochevieja pues el párroco no estaría hasta ese día- ¡Increíble!- exclamó fuera de sí-¿Y si se muere alguien, también hay que esperar para darle la extrema unción?

-Steven, no te sulfures. Si hay que esperar, esperamos ¿Qué más da?

Estaban el salón y era casi la hora del almuerzo. Él había ido con Stuart a hablar con el párroco para recibir la mala noticia.

Su prometido la miró con los ojos entrecerrados- No me hagas contestar esa pregunta.

-Estás siendo irrazonable- dijo la abuela.- Además no hemos hecho el vestido de Esther. Quizás deberíamos esperar hasta la primavera y hacer una gran celebración.

-¡Ni hablar!

Stuart se rió entre dientes y su amigo lo fulminó con la mirada. Entonces Esther se enfadó- ¿Por qué no? ¿No me merezco una gran boda?

-¿Estás loca?

Jadeó ofendida y se levantó de golpe-¡No me provoques, Steven!

-¿Ahora vas a sacar a flote tu carácter?- preguntó divertido burlándose de ella.

-No vas bien- murmuró Stuart intentando avisarlo pero su amigo le ignoró totalmente.

-¿Quieres esperar a la primavera? ¡Porque en esa fecha seguramente ya estarás preñada!

Stuart gimió a la vez que la abuela y Esther le miraban escandalizadas. Roulf abandonó el salón discretamente.- ¿Cómo te atreves?- preguntó ofendida.

-Me atrevo porque es la realidad, Esther. Así que déjate de tonterías.

-¡Tonterías!- le miró furiosa y gritó – ¡Se acabó! Ya estoy harta, lo he intentado pero eres un zafio, grosero y el hombre más imposible que he tenido la desgracia de conocer.

-Como si hubieras conocido muchos.

-¡Escribiré a la Reina!- gritó fuera de si yendo hacia la salida- ¡Le explicaré la situación y ella entenderá!

Eso no pareció gustarle a Steven que la siguió al hall- ¡Estás de broma! ¡Está encantada de que hayas desaparecido del mapa! ¡Le recuerdas que ha cometido un error contigo!

-¡No fue un error!- exclamó subiendo por la escalera –¡Estoy deseando perderte de vista!- y al llegar arriba le miró desde la barandilla- ¡Idiota!

Stuart se reía desde la puerta del salón- Con vosotros no hay quien se aburra.

-¡Baja ahora mismo Esther, antes de que suba a buscarte!

-¿Por qué no me merezco una buena boda? No me respetas. Nunca lo has hecho. ¡Y no pienso casarme con un hombre que no me respeta!

Steven puso los ojos en blanco levantando los brazos al cielo pidiendo ayuda- Voy a matar al párroco.

Esther lo fulminó con la mirada antes ir hasta su habitación y cerrar de un portazo.

Él no subió detrás de ella. Después de esperar diez largos minutos salió de la habitación furiosa y gritó como si estuviera loca- ¿No piensas subir a disculparte?

-Me preguntaba cuanto aguantarías- dijo él a su espalda sobresaltándola.

Se giró y antes de darse cuenta estaban uno en brazos del otro devorándose. La cogió en brazos y la metió en su habitación. Cerró la puerta con llave mientras ella le besaba por toda la cara. –Se acabó- dijo él antes de volver a besarla acercándola a la cama y dejándola en el suelo.

Ella ni se dio cuenta de que le desabrochaba el vestido. Se lo quitó rápidamente dejando claro que tenía experiencia. La besaba en el cuello cuando le quitó las enaguas y los calzones. Ni se daba cuenta de que estaba medio desnuda hasta que sintió su mano entre sus piernas acariciándola suavemente- ¡Steven!- exclamó agarrándose sus hombros para no caer pues sus piernas parecían gelatina

Su prometido se quitó la chaqueta sin dejar de besarla y se bajó los pantalones. Ni se enteró cuando la tumbó sobre la cama y abrió sus piernas colocándose entre ellas-¿Qué haces?- preguntó separando su boca al sentir su sexo rozando el de ella.

-Enseguida te enterarás, cielo- susurró empujando en ella de golpe.

Esther gritó arqueando el cuello y Steven jadeó. La besó en el cuello un rato sin moverse – Me ha dolido.

-Lo sé, cielo. Es normal.

-No me gusta.

-Tienes que acostumbrarte. –Steven movió ligeramente la cadera y Esther abrió los ojos como platos aferrándose a su cuello- ¿Mejor?

Él repitió el movimiento y ella gimió levantando las piernas. Steven sonrió al sentir como lo rodeaba con las piernas- Eso, nena. Muévete conmigo. –siguió moviéndose en su interior y el dolor desapareció totalmente para dar paso al más maravilloso de los placeres. A medida que Steven aumentaba el ritmo, Esther sentía que algo se tensaba dentro de ella. Eso la asustó, lo que sentía le daba miedo y Steven al notarlo la miró- Relájate cielo, déjate llevar. –susurró antes de besarla y aumentar el ritmo haciéndola explotar en millones de colores sintiendo un placer indescriptible.

Cuando recuperó la respiración abrió los ojos. Estaba aferrada a Steven y se sonrojó intensamente- ¿Ya no soy doncella?

Steven levantó la vista sonriendo- No, cielo.

Hizo una mueca- No me he negado mucho ¿no crees?

-No- dijo conteniendo la risa. La besó en los párpados, la nariz y la boca suavemente- ¿Te ha gustado?

-La primera parte sí y la última me ha gustado mucho.- dijo mirando su boca. Steven gimió y salió de ella suavemente haciéndola jadear.

-Cielo, te juro que si no hubiera sido tu primera vez no saldrías de la cama en una semana. –se levantó recogiendo sus pantalones y fue hasta el aguamanil enseñando su trasero. Esther se dio cuenta que los dos habían estado más o menos vestidos de cintura para arriba y se sonrojó. Le vio lavarse el miembro y se sonrojó levantándose de golpe al ver la mancha en las sábanas- ¡Oh no!

Steven se acercó a ella con un trapo en la mano- Issi no dirá nada.

En eso tenía razón pero la avergonzaba. Iba a meter el trapo entre las piernas de ella cuando Esther dio un paso atrás-¿Qué haces?

-Lavarte- dijo sintiéndose ridículo con el trapo en la mano.

Ella le arrebató el trapo de las manos –Ya lo hago yo.

-Nena...

Antes de que pudiera evitarlo se giró y levantó una pierna colocándola en la butaca limpiándose rápidamente- Recuérdame que te muestre una posición muy satisfactoria- dijo ronco detrás de ella.- Por cierto, tienes un trasero precioso.

-Gracias, ahora ayúdame a vestirme- dijo alejándose de él rápidamente.

-¿Por qué huyes de mí?

-Porque temo que si seguimos aquí cinco minutos más volverás a llevarme a la cama- dijo subiéndose los calzones.

Steven se la quedó mirando y de repente se echó a reír.

Cuando le abrochaba el vestido pasó las manos hacia delante y le acaricio los pechos- Me gusta que no lleves corsé

-¡Las manos quietas y termina de una vez!

-¿Sabes que podemos hacerlo sin desnudarte?- preguntó partiéndose de la risa.

Se giró para mirarlo a la cara- Estás mintiendo.

-Sólo tengo que quitar una cosa y no se ve- dijo cogiéndola por la nuca.

-¿Hablas de los calzones?

-¿Qué te parece si no te los pones una temporada?

Se sonrojó intensamente – ¿Y si me caigo? Se me vería todo.

Steven se echó a reír moviendo la cabeza de un lado a otro. –Te veo luego.

Salió de la habitación y ella se quedó mirando la puerta unos minutos pensando en lo que le había dicho. Era muy travieso su prometido. Si le gustaba jugar ella participaría, claro que sí.

Esa misma noche ella quiso poner a prueba a su prometido y cuando estaban a punto de sentarse a cenar le susurró al oído- Te he hecho caso.

Steven la miró extrañado.- ¿En que, cielo?

-En lo de la ropa interior- dijo divertida.

Su prometido se paró en seco mirándola con los ojos como platos. Eso sí que no se lo esperaba de ella. Su cara lo decía claramente. –Steven ¿ocurre algo?- preguntó la abuela desde la puerta del comedor

-No- dijo con voz ronca para luego carraspear. – no, abuela.

La cogió del brazo llevándola a través del hall hasta el comedor- Querida ¿no me lo podrías haber dicho después?

-¿Y qué gracia tendría eso? –preguntó inocente.

Se sentaron a la mesa y ella le sonrió seductoramente dejándolo con la boca abierta. Cuando estaban en el segundo plato, Steven estaba hablando de lo que pensaba hacer con un rebaño de ovejas que producían muy bien, cuando ella sonriendo se quitó el zapato izquierdo. Alargó el pie y ella le acaricio la espinilla sobresaltándolo. Steven dejó caer el tenedor y se puso a toser – Querido ¿estás bien? – preguntó preocupada al ver que no dejaba de toser.

Steven asintió tapándose con la servilleta. Cuando se repuso bebiendo de la copa de agua entrecerró los ojos mirándola. Stuart disimuló la risa al ver las miradas que se dirigían y le dijo a su amigo. –Continúa, Steven. Has dicho algo de aumentar el rebaño

-¿Qué? Sí, sí eso. Voy a doblarlo- dijo mirando fijamente a Esther que le miraba amorosamente con su pie bien enfundado en su zapato.

Cuando ya se había relajado y estaban en el tercer plato se mordió el labio inferior divertida. La abuela estaba comentando algo de la boda que habían decidido que sería el día uno de enero cuando volvió a la carga. Sacó otra vez el pie del zapato y extendió la pierna. Acarició el interior del muslo y antes de darse cuenta le había atrapado el pie impidiéndole soltarse. Con la mano acarició el puente de su pie provocándole unas sensaciones maravillosas. –Querida ¿no comes?

Ella sorprendida apartó el pie de repente golpeando la mesa con la rodilla. –Auchh

Steven se echó a reír sonrojándola intensamente.

La abuela la miró divertida- ¿Estáis haciendo piececitos?

Esther quiso que se la tragara la tierra pero decidió ser sincera- Sí, abuela.

Steven la miró intensamente mientras los demás se reían a gusto.

Después de la cena él le dijo al oído- Estás siendo muy mala.

Sus ojos chispearon antes de responder-¿Tú crees?

Su prometido gimió bebiendo el coñac casi de golpe haciéndola reír.

Decidió ignorarlo y se puso a bordar pero era consciente de cada uno de sus movimientos. Como no daba una puntada a derechas decidió irse a la cama y se despidió para retirarse.

Le dijo a Issi que se fuera en cuanto le desabrochó el vestido y se desnudó completamente esperando a Steven. Estaba a punto de darse por vencida cuando se abrió la puerta. Steven entró en la habitación cerrando la puerta con llave. No dijo nada mientras se quitaba la chaqueta del traje de noche y el pañuelo. La camisa salió por su cabeza rápidamente y Esther suspiró al ver su pecho. Abrió la presilla del pantalón y se desvistió dejándola sin aliento. –Vaya- susurró mirando su miembro.

-Te dejaría tocarme pero estoy a punto de estallar –dijo ronco apartando las sábanas. Cuando vio su desnudez gimió y se sentó en la cama a su lado. Fascinada por su miembro que estaba erecto alargó el índice tocando su punta. Steven se estremeció agarrando su muñeca para detenerla –Cielo…

-¿Te duele?- preguntó preocupada.

-No –le cogió las muñecas y se las colocó sobre la cabeza – Pero si me tocas en este momento no me derramaré dentro de ti.

Esther jadeó al sentir su cuerpo sobre el de ella. El contacto con su piel la puso frenética y buscó su boca. Entró en ella firmemente cortándole el aliento y cerró los ojos pidiendo más. Steven salió de ella lentamente volviendo a embestir a continuación con fuerza haciéndola volar apretando los puños. Buscando su miembro, levantó las caderas y comenzó una cadencia frenética haciéndola explotar gritando su nombre pensando que moriría de placer

Steven se tumbó a su lado llevándola con él. No podía o no quería volver a la realidad y le acarició el pecho.-Cielo, me gustaría que esto durara más de cinco minutos.

Levantó la cabeza sorprendida- ¿Dura más?

-Sí- respondió divertido- Puede durar mucho más.

-Que delicia.

-¿Quieres que te lo muestre?

Se lo demostró toda la noche y totalmente agotada tuvo que pedirle que la dejara en paz. Se quedó dormida entre sus brazos con una sonrisa satisfecha.

A la mañana siguiente Issi la despertó con el ceño fruncido-¡Por el amor de Dios Milady!

-No te enfades- dijo sonriendo mientras se daba la vuelta chocando con el cuerpo de Steven.- Oh.

-¡Sí, Oh!

Miró a Steven que debía estar agotado. Afortunadamente la parte inferior de su cuerpo estaba cubierto. –Déjanos solos.

-Como se entere la Duquesa- murmuró la doncella saliendo de la habitación.

Sonrió al conde y apoyó el codo en colchón para mirarlo dormir. Cogió un mechón de su pelo y se lo pasó por su nariz aguantando la risa. Steven movió la nariz y ella movió el mechón hacia su mejilla. Él se rascó la mejilla. Maliciosa miró su pezón y se acercó a su pecho. Le chupó el pezón

sobresaltándolo y Esther se echó a reír- Te has dormido

Steven sonrió agarrándola por la cintura- Vuelve a hacer eso.

-No, que luego no te vas y ya te ha pillado Issi.- Steven levantó una ceja malicioso bajando la mano hasta su trasero.

-Largo, Conde- dijo empujándolo.

-Está bien. –le vio vestirse apoyada en el cabecero de la cama.

-Se va a enterar todo el mundo al verte con el traje de noche- dijo ella sonrojada.

-Cielo, nos casamos en unos días. A nadie le va a sorprender.

-¿Y si no nos casamos? ¿Si ocurre una catástrofe y al final no nos casamos?

-Supongo que si se acaba el mundo tampoco será demasiado importante- se acercó a la cama y le dio un beso rápido. –Te veo en el desayuno pesimista.

Le vio salir con su chaqueta en la mano y suspiró de felicidad.

Al fin llegó el día de la boda y Esther estaba de los nervios. Issi la vistió con un vestido blanco de encaje que le había hecho la modista del pueblo por encargo de la abuela. Era precioso y le quedaba estupendamente. Como hacía tanto frío tendría que ponerse un abrigo durante el viaje pero no importaba. La abuela le regaló unas horquillas con diamantes que Issi le colocó en su recogido. Su doncella asistiría a la boda por pedido expreso de Esther. A nadie le extrañó pues todos sabían que eran amigas. Ellas irían en un carruaje y Stuart, la abuela y el novio en otro.

El carruaje de Steven salió primero hacia la iglesia para esperar allí a la novia y diez minutos después Roulf la ayudaba a subir al suyo. –Está preciosa, milady- dijo el mayordomo haciéndola sonreír.-Despacio Martin el camino está muy mal- dijo el mayordomo.

Se pusieron en camino e Issi aplaudió-¿Quién nos iba a decir hace unos meses que se iba a casar con el Conde de Hackford?

-Tú me animabas.

-Sí y tenía razón.

Esther se echó a reír mirando por la ventana. Iban lentamente y asintió satisfecha.-Está precioso todo nevado.

-¿Ha comentado cuando nos vamos a Londres? –preguntó Issi alisando su vestido nuevo.

-Para la temporada, supongo- dijo encogiéndose de hombros sin tener ninguna prisa. No le apetecía nada introducirse en sociedad.

-¡Todo esto es muy emocionante!

Sí que lo era y Esther sonrió. Se tocó uno de los pendientes que le había regalado su abuela. Le daba miedo perderlos pues eran muy valiosos. Miró por la ventana viendo que llegaban al pueblo cuando se detuvo el carruaje. Frunció el ceño mirando hacia fuera. –Debe interrumpir algo el paso.

Issi frunció el ceño y abrió la puerta.- ¿Qué ocurre?

-Hay un tronco en el camino. Enseguida lo quitarán.- dijo el cochero.

-¡Baja del coche, Issi!- gritó Esther.

La doncella se bajó después de la sorpresa mientras Esther se acercaba a la puerta abierta cuando el carruaje salió disparado empujándola al asiento – ¡Martin! Detente- gritó furiosa mientras un lacayo e Issi corrían detrás del coche gritando.- ¡Maldito loco!

¡Steven te va a matar!

Su antiguo novio se echó a reír mientras ella veía impotente como el carruaje tomaba el desvió que se alejaba del pueblo- ¡Para ahora mismo!

-¡Preciosa no voy a dejar que te cases con él!

Frustrada gritó agarrándose cuando el coche se deslizó peligrosamente casi cayendo a la cuneta- ¡Nos vas a matar!- el terror comenzó a invadirla. No podía saltar del carruaje y tampoco podía quedarse allí. Sintió que el carruaje reducía algo la velocidad pero todavía iba demasiado rápido. Se mordió el labio inferior intentando pensar. Entonces miró debajo de los asientos encontrando lo que quería. Abrió la trampilla de la pared que servía para hablar con el cochero y alargó la mano apuntando con el cañón de la pistola a la nuca de Martin- ¡Detente antes de que te pegue un tiro!

Martin se tensó al sentir el cañón en la nuca- ¿De dónde demonios has sacado eso?

-¡Estaba ahí gracias a que mi prometido es muy previsor y a unos asaltantes muy apuestos, así que reduce!

-No dispararás. –La pistola era de dos tiros así que apunto cerca de su oreja y disparó. Martin gritó tapándose la oreja y desgraciadamente los caballos se espantaron.

Esther gruñó de dolor al caer hacia atrás del impulso mientras Martin intentaba controlarlos- ¡Reduce!

-No puedo- él tiró de las riendas – ¡Dios mío, vamos hacia el río!

Había mucha nieve así que gritó – ¡Desvíalos al prado!

Martin tiró de las riendas hacia la derecha con todas sus fuerzas provocando que los caballos se desviaran ligeramente entrando en el prado y provocando que el coche volcara de lado deslizándose varios metros sobre la nieve. Esther cayó sobre la ventanilla y se golpeó la cabeza con el marco de la puerta. Atontada intentó levantarse- ¡Dios mío!-gritó Martin fuera de sí.

Ella gimió llevándose la mano a la cabeza- Menudo porrazo.

Se abrió la puerta de arriba y apareció Martin vestido de cochero- ¡Maldito loco! por poco me matas. –gritó intentando incorporarse.

-Sino hubieras disparado- dijo el muy idiota mirándola con pena.

-¡Me va a salir un chichón!- Martin hizo una mueca y ella gritó de rabia.- ¡Sácame de aquí, idiota!

Martin alargó la mano pero antes de que pudiera cogerla desapareció. – ¿Martin?

Stuart apareció en la puerta – ¿Estás bien?

-Gracias a Dios –dijo con alivio- ¡Pensaba que iba a tener que pegarle un tiro!

Su amigo alargó la mano y ella la cogió levantándose con cuidado. Le dolía algo el tobillo de su pierna rota y se preocupó-¿Steven?

-Está desahogándose.-Stuart se puso de pie sobre el carruaje y tiró de ella sacándola del coche. Miró a su alrededor y vio a su prometido dándole una soberana paliza a Martin que gruñía sin responder- ¿Querido?

Steven la miró y su alivio fue evidente- Espera nena, enseguida estoy contigo.

Se mordió el labio inferior al ver que no se detenía. Cuando la cabeza de Martin rebotó sobre el camino tuvo miedo que lo matara y dijo – ¿Cielo? Me duele el tobillo.

Steven soltó a Martin inmediatamente y se acercó al carruaje –Ven, nena- dijo alargando las manos.

-Tus manos – dijo preocupada al ver que sus nudillos sangraban

-Estoy bien, baja- lo cogió por los hombros y la bajó delicadamente del coche para cogerla en brazos- ¿Te duele el tobillo?

Stuart bajó de un salto- ¿Qué hacemos con este? Por cierto ¿quién es?

-Un antiguo novio- dijo Steven provocando un jadeo de indignación en ella.- ¿Miento?

-¡No éramos novios!

-No, claro que no. Sólo organizó un secuestro para casarse contigo.

Stuart los miraba con los ojos como platos.

Esther eso no pudo negarlo y sonrió de oreja a oreja- Está loco por mí ¿qué puedo hacer yo?

Steven gruñó haciendo reír a Stuart- Déjalo ahí. Espero que lo encuentren los guardias y me ahorren la molestia. Ahora voy a casarme antes de que se la lleve otro- dijo mirando a su amigo de reojo que no podía dejar de reír.

-Y eso que casi no sale de casa- dijo su amigo.

-Que exagerados sois- dijo pensando en que debía tener un aspecto horrible. La subieron en el carruaje que habían llegado hasta allí y se dirigieron hacia el pueblo.

Steven le iba a quitar el botín pero lo pensó mejor- No te lo voy a quitar.

-Luego igual se hincha y ya no podrás meterlo- explicó Stuart.

-¿Ya no podré bailar en mi boda?- preguntó decepcionada.

-¿Te duele mucho?

La verdad es que le molestaba bastante y cada vez más. Dudaba que pudiera apoyar el talón. – Estupendo. Mi novia está lisiada temporalmente.

-¡Casémonos de una maldita vez!- exclamó ella haciéndolos partirse de risa. –Como si me tengo

que arrastrar hasta el altar.

Al llegar a la iglesia los esperaban preocupados. La abuela jadeó al ver que no podía andar y que tenía un chichón en la frente- Dios mío, hija ¿quién era ese loco?

-Su novio, abuela.

La abuela entendió y el párroco dijo confundido – ¿El novio no es usted Conde?

-Oh, es una historia muy larga ¿Empezamos? – preguntó ella mirando a su prometido.

-¿Quiere casarse en estas condiciones?- preguntó el hombre asombrado.

-Querría casarme aunque estuviera moribunda. Son órdenes de la Reina.

La abuela tuvo que reprimir la sonrisa mientras Issi soltaba una risita detrás de ella.-Empecemos entonces.

Se acercaron al altar y Steven no la soltaba- Déjame en el suelo.

-De eso nada. Te duele el tobillo.

El párroco no salía de su asombro- Milord, no es ortodoxo.

-¡Dese prisa, hombre! ¡Mi mujer necesita un médico!

Esther sonrió a Steven –Todavía no soy tu mujer.

-Claro que sí- la besó ante la mirada atónita del hombre que estaba ante ellos.

-Abrevie, por favor- dijo la duquesa mirando muy seria al párroco que no sabía que hacer.

La ceremonia fue breve y bastante tierna pues cuando pronunciaron los votos se miraron a los ojos. Todas las novias deberían casarse en brazos de su pareja. Ni para firmar la dejó en el suelo. Como no tenían más que un carruaje ella se sentó sobre su ahora marido. Cuando llegaron a la casa Raulf se escandalizó de lo que había ocurrido pues a Martin lo había contratado él mismo. Envió a varios lacayos a recuperar el carruaje y a buscar al médico mientras Steven la sentaba en el sofá. Le miró el chichón de la cabeza y gruñó-Tenía que haberle retorcido el cuello a ese idiota.

-¿Una copita?- preguntó divertida.

Bebieron champán y cuando llegó el médico se unió a la celebración. Se agachó ante ella y le quitó delicadamente el botín- Conde tendrá que vigilarla de cerca, es propensa a los accidentes.

Todos se echaron a reír y Esther hizo una mueca. Se quejó cuando le movió el tobillo y el medico asintió-Tiene un esguince. Reposo es lo único que funciona. En unos días sin apoyarlo estará como nueva.

-¿Una copa de champán?- preguntó ella sonriendo.

Se acomodó en el sofá y comió varios canapés pues por los nervios casi no había desayunado.

Steven le apartó la bandeja divertido- No comerás nada y la abuela ha organizado un festín.

-Sólo uno de esos de hojaldre- dijo ella señalándolo.

Steven sonriendo lo cogió dándoselo en la boca. Se sonrojó mientras masticaba. Minutos después todos, incluido el médico se trasladaron al comedor donde había un maravilloso buffet. Desde la silla ella le iba indicando a su prometido lo que quería- De ese cordero y puré de patatas. Guisantes. Un trozo de cochinillo.

La abuela se echó a reír-Dios mío Esther, hay comida de sobra.

Se sonrojó- Estoy hambrienta.

-¿Algo más? –pregunto cuando el plato estuvo a rebosar.

-Luego te pediré el postre.

Le puso el plato delante y ella lo miró con gula. Se puso a comer como sino hubiera mañana y todos la miraron asombrados. Cuando levantó la mirada masticó mas despacio- Es por lo nervios-dijo con la boca llena.

El médico se empezó a reír y brindó por la pareja. Al llegar al postre apoyada en Steven partieron la maravillosa tarta mientras los invitados y la servidumbre aplaudían. A pesar de lo que había pasado fue un día feliz y Esther procuró disfrutarlo todo lo posible. Al llegar la noche Issi la ayudó a desvestirse – Menudo susto.

-Afortunadamente no ha pasado nada- dijo quitándole importancia mientras la vestía con un maravilloso camisón que le había regalado la abuela. La ayudó a llegar a la cama y le hizo una reverencia- Condesa.

Esther se echó a reír- Hasta mañana, Issi.

-Dios mío ¿se da cuenta que en unos años la tendré que llamar Excelencia?- preguntó

sorprendida yendo hacia la puerta.

Gimió pensando en ello y la doncella se echó a reír.

Su marido no tardó en llegar y le preguntó nada más cerrar la puerta- ¿Cómo te encuentras?

Tapó su tobillo hinchado y dijo con una sonrisa – ¿Bien y tú?

Steven se echó a reír y se sentó en la cama levantando el camisón lentamente para mirar el tobillo- Cielo, se ha hinchado mucho.

Ella le abrazó por el cuello-. Sólo es el tobillo, el resto está muy bien-dijo seductora.

-Habrá que dejarlo.

Concentrada en besar su cuello no le escuchó –Que bien hueles- susurró ella contra su piel.

Steven se separó de ella y se desnudó lentamente mientras se lo comía con los ojos. Al ver sus glúteos se mordió el labio inferior pues eran perfectos. Todo en él era perfecto y le subió la temperatura. Steven se echó a su lado y apagó la lámpara de aceite –Hasta mañana, cielo. Que descanses- se tapó con las sábanas y ella se le quedó mirando al ver como cerraba los ojos. El fuego le permitía ver su expresión y no se pudo creer que se dispusiera a dormir.

-¿Qué haces?

Steven abrió un ojo- Dormir.

-¿Esto va en serio?

Su marido se giró para mirarla – ¿No te duele el tobillo?

-¡Es mi noche de bodas, incluso con la escayola querría que me hicieras el amor!- exclamó exasperada.

-Apoyarás el pie y te harás daño- dijo cerrando los ojos otra vez- Podemos esperar.

-¡Yo no!

Steven abrió los ojos otra vez y la miró divertido- ¿He creado un monstruo?

-Sólo quiero cumplir con mi deber –dijo sonrojada cruzándose de brazos.

-Estás dispensada.

Ella se tumbó a su lado frustrada y se le quedó mirando. Steven después de unos minutos abrió los ojos y la miró.- Luego no te quejes –dijo con voz ronca.

Chilló riéndose cuando le levantó las piernas colocándolas sobre sus hombros para luego acercarse y besar sus pechos sobre el camisón. Fue algo intenso y hermoso. Esther llegó al cúlmen del placer mirándolo a los ojos.

Capítulo 8

Unos días después la abuela volvió a sacar el tema del baile -Los vecinos se han enterado y esperan una celebración.

-¿Y cuando sería?- preguntó Stuart –No me gustaría perdérmelo y tengo que volver a Londres.

-¿Qué te parece el sábado que viene?- le preguntó la abuela a Esther que miró a Steven interrogante.

-El sábado estará bien- respondió él.

-Estupendo, pues tengo que empezar con las invitaciones- dijo la abuela entusiasmada.

-Te ayudaré- dijo ella sonriendo. Esa fiesta no le apetecía nada y la mirada de su marido le indicó que él lo sabía, pero si tenía que comportarse como una Condesa no habría otra mejor. No quería que su marido se avergonzara de ella.

Al llegar el sábado estaba inquieta. No había dormido nada repasando todos los detalles y Steven tuvo que hacerle el amor otra vez para que al final descansara. El vestido de baile era una maravilla en verde esmeralda. Ahora estaba casada y podía ponerse colores oscuros. Ese color le encantaba. Bajó las escaleras y su marido la esperaba en el hall- Bellísima –dijo sonriendo dándole ánimos.

Él apretó su mano cuando llegó abajo y la besó en la mejilla.- Dime que no te separarás de mí- susurró ella muerta de miedo.

-Lo harás bien- respondió sin decirle que sí.

Empezaron a llegar los invitados y colocó una sonrisa en la cara. Con la abuela los fueron

recibiendo uno a uno. Les felicitaron por su matrimonio y varias mujeres miraron su vientre para intentar descubrir si estaba en estado. Fue bastante molesto pero nadie diría nada. Era la Condesa de Hackford, podía vomitarles encima y sonreirían. Además la duquesa no permitiría que nadie la tratara mal.

La música empezó a sonar y Steven la cogió de la mano- Nuestro primer baile, cielo.

Esther sonrió dejando que la llevara a la pista de baile. Solos en el centro de la pista comenzaron a bailar un vals y ella disfrutando de estar entre sus brazos se dejó llevar- Lo haces muy bien, preciosa. Sólo tienes que aguantar las próximas…cinco horas más o menos

Esther se echó a reír haciendo girar las cabezas para mirarla disfrutar- ¿Tantas horas?

Steven hizo una mueca- Lo siento cielo pero puede que incluso más.

-Si estás conmigo puedo con todo.

-Así se habla, condesa – la hizo girar otra vez – ¿Qué tal el tobillo?

-Perfecto, bailaré toda la noche.

Eso no pudo ser porque después de bailar varias piezas el tobillo se empezó a resentir. Steven se dio cuenta de que no bailaba y se acercó a ella - ¿Te duele el tobillo?

-Sí un poco- dijo sonriendo cara a la galería.

-Siéntate, cielo- dijo mirando a su alrededor

-¡No! Dejaré de bailar.

-Mañana lo tendrás peor.

-Sólo me duele un poco. No exageres- dijo ella saludando con la cabeza a una pareja.

-Como te vea cojear, te ato a una silla- dijo él entre dientes.

La abuela se acercó sonriendo vistiendo un maravilloso vestido rojo- Deberíais bailar otra vez. El primer baile fue maravilloso

-A mi esposa le duele el tobillo.

-Oh, que pena- dijo la abuela mirándola preocupada.

-No, bailemos Steven- dijo con una sonrisa.-Será el último, lo prometo.

-Nena...

-Estoy bien- dijo riéndose viendo la cara de alivio de la abuela.

Le cogió por el brazo dando por terminada la discusión. Cuando fueron hasta la pista le miró a los ojos- Estás muy atractivo esta noche.

-No me hagas la pelota, estoy algo enfadado.

-¿Por qué?- pregunto sabiendo de sobra lo que pasaba.

-Si te dolía tenías que haberlo dicho antes. ¿Y si lo empeoras y lo haces crónico?

Esther le miró con una sonrisa. Él la giró lentamente para que no forzara demasiado el tobillo- ¿Siempre vas a cuidarme así?

-¿Así como?

-La mayoría de los hombres no se preocupan de esa manera por sus mujeres.

-¿Quién te ha dicho eso?

Se encogió de hombros.- No sé, es lo que he visto.

-Tu padrastro sin duda- dijo molesto.

-Sonríeme un poco o pensaran que te has casado a la fuerza.

Steven se echó a reír- Si supieran la verdad, se sorprenderían ¿no crees?-se echó a reír al oírle. –Respecto a lo de cuidar a las mujeres, me lo enseñó el duque desde pequeño- dijo divertido acariciando su espalda.

-Bendito duque.

-Debemos pensar en irnos a Londres-ella le miró a los ojos y continuó- Tengo cosas que hacer allí, negocios que supervisar…-Se mordió el labio inferior- Sé que aquí estás muy a gusto pero hay que decorar la casa y...

-Lo sé- susurró ella –Hay que enfrentarse a la realidad. Pero te advierto que no te has casado con una dama muy popular.

Steven se echó a reír y la besó en la mejilla. Varios que los observaban sonrieron.

-Sé perfectamente con quien me he casado.

-¿La Reina te ha dicho lo que tengo que hacer ahora? Tengo que ponerme en contacto con ella cuando llegue o...

-No, no es necesario. Espera que sigas con tu vida.- Steven desvió la mirada saludando a un conocido y en ese momento terminó la pieza- Vamos cielo, quiero que te sientes un poco para no forzar ese tobillo.

Sonrió a su marido mientras la llevaba del brazo hasta donde estaba la abuela que hablaban con las matronas que vigilaban a las debutantes.

-Oh Esther, hacéis una pareja maravillosa –dijo la abuela mientras el resto de las mujeres asentían.

-Gracias, abuela.-dijo Steven buscando una silla para ella. Todas estaban ocupadas.

-Estoy bien. No te preocupes.-le susurró ella al oído.

Él se acercó a uno de los sirvientes y pidió una silla para ella. Cinco minutos después estaba sentada y todos lo achacaron a que todavía estaba convaleciente por su caída de la escalera. Afortunadamente todo fue bien aunque hubo algunos comentarios sobre el incidente del carruaje. Martin había desaparecido y no se le había vuelto a ver. Cuando alguna de las matronas le hicieron preguntas sobre ello pues habían oído los rumores, afortunadamente la abuela había desviado el tema con mucha clase.

Al día siguiente despidieron a Stuart pues sus padres lo esperaban en Londres y no podía viajar con ellos. –Os veré allí.- dijo despidiéndose desde la ventanilla del coche mientras agitaban las manos desde la puerta del castillo.

Los días siguientes la abuela casi la volvió loca. Puesto que hacía mucho tiempo que no iba a Londres y estaba nerviosa. Cambió cuatro veces de opinión hasta que se decidió a empezar a hacer el equipaje.

Por fin el miércoles se pusieron en camino. Iban despacio pues la carretera estaba en mal estado a causa de la nieve. Llevaban dos carruajes. Uno de ellos prestado por el padre de Isabella pues el de la duquesa estaba en mal estado después del accidente con Martin. En el primer carruaje iban Steven, la abuela y Esther. En el segundo iban las doncellas y el valet de Steven. Un viejo gruñón al que no le gustaba nada viajar, llamado Garrison. Cuando llegaron a la posada donde

pararon a comer, Issi estaba de los nervios pues la doncella de la abuela no hablaba una palabra, mientras que Garrison no hacía más que quejarse todo el camino del frío que hacía ,de los baches que había, de lo que tardaban en parar..

Se compadeció de ella – ¿Quieres venir en nuestro carruaje?

-No, por dios. Entonces me hará la vida imposible diciendo que soy una privilegiada.

Cuando emprendieron el camino lo comentó a su marido.-Es del servicio, Esther. Tiene que ir con el resto del servicio, cielo.- dijo mirándola fijamente.

Se sonrojó un poco- Lo sé, pero es mi mejor amiga y…

La abuela sentada a su lado sonrió –Es lógico. Pasas muchas horas con ella pero cada una tiene que ocupar su lugar.

Apretó los labios y miró hacia la ventana- Cuando fregaba suelos en Palacio fue la única que me ayudó.- susurró ella- Quiero que esté cómoda a mi lado. Se lo merece.

Steven se acercó a ella y le cogió la mano- Lo sé. Le diremos que venga, ¿de acuerdo?

-¿De verdad?

-Creará un conflicto entre la servidumbre y la tratarán mal por ser diferente- dijo la abuela.

Esther la miró sorprendida- Eso mismo dijo ella.

-Menos mal –susurró la abuela- Lo que me faltaba es estar escuchando las quejas de mi doncella.

Steven se echó a reír soltando las manos de su mujer- ¿Veis? Yo no tengo problemas. Ni se me ocurriría viajar con Garrison.-dijo haciéndolas reír a carcajadas.

Al día siguiente empezó a sentirse mal. Estaba mareada y el traqueteo del carruaje la estaba poniendo peor. Dejó soltar el aire que estaba conteniendo cuando Steven le dijo- Querida, estás pálida.

-No me encuentro muy bien- dijo tocándose el estómago.

Steven la miró horrorizado- Cielo ¿no habrás comido nada que te ha sentado mal?

-No he tomado nada con leche- dijo sintiendo que un sudor frío la traspasaba- ¡Para el carruaje!

Steven dio un golpe en el techo y se detuvieron inmediatamente. La ayudó a bajar del coche y la llevó al lado de un árbol. Apoyando la mano en el tronco, vomitó mientras Issi se acercaba corriendo con un trapo en la mano mirándola preocupada- ¿Otra vez?

-No creo que sea eso –dijo él preocupado cogiéndola por la cintura- No ha tomado nada que pudiera hacerle mal. Ha desayunado huevos con jamón. Igual que yo.

-Ah, entonces es lo otro- dijo la doncella aliviada.

Steven y Esther la miraron – ¿Lo otro?

-Claro, milady está preñada- explicó como si fueran tontos.

Se quedaron tan sorprendidos que no supieron que decir y de repente Steven se echó a reír. Esther se incorporó todavía con la sorpresa en el cuerpo, limpiándose con el trapo mirando a su marido que parecía encantado. Él sonrió y la cogió en brazos – ¿Mejor?

-Pareces muy contento- dijo ella algo enfadada.

Él disimuló la sonrisa. Issi los seguía sonriendo de oreja a oreja.-Será un bebé precioso. -¿Cómo estás segura?

-Lo que no puedo entender es como usted no.

-Llevamos poco casados- dijo enfadada.

-Sí, pero si lo recuerda ustedes empezaron unos días antes. –Esa frase la sonrojó intensamente y Steven se echó a reír a carcajadas.

La subió al carruaje – ¿Estás bien, querida?- preguntó la abuela.

-Sí abuela, ya se me ha pasado- dijo fulminando con la mirada a su marido que se seguía riendo.

-¿Sabes de lo que nos acabamos de enterar, abuela?

-¡Steven! No es seguro- protestó ella.

-Oh Dios mío, ¿es lo que creo?- chilló la abuela loca de alegría. – ¡Un biznieto!

-Es muy pronto –dijo exasperada poniendo los ojos en blanco.

Steven y la abuela se echaron a reír- Como haya sido que la comida me ha sentado mal os daréis cuenta de que estáis haciendo el ridículo

La abuela de dio un par de palmaditas en la mano y siguió con su alegría. Suspiró mirando por la

ventana. Ella no se lo creía del todo. Había posibilidades, no era tonta. Pero se acababa de casar, por el amor de dios. Tenía tiempo para tener hijos.

Sus sospechas se confirmaron a la mañana siguiente cuando volvió a vomitar, esta vez antes de llegar a desayunar. Tuvieron que salir más tarde por que se encontraba tan mal que no podía ni levantarse de la cama. Cuando consiguió comer algo se repuso milagrosamente. Steven la miraba orgulloso y ella quería matarlo.

Estaba de un humor extraño y su marido se dio cuenta. Estaban acostados esa noche después de hacer el amor cuando le preguntó-¿No te alegras?

-¿De qué? – preguntó distraída.

-De lo del niño.

Esther se giró dándole la espalda.

-Cielo, ¿qué ocurre?- la cogió del hombro para girarla y ella sin saber porque se echó a llorar.

-Ya veo- dijo él algo tenso.

-No es que no me alegre, no sé lo que siento- dijo entre sollozos. –Hace sólo unos meses pensaba que iba a morir castigada por la Reina y ahora estoy casada con un conde y voy a tener un hijo.

La abrazó acercándola a él- ¿Demasiadas cosas en poco tiempo?

-Y encima vamos a Londres- dijo estresada- y no he aprendido a montar a caballo.

Steven sonrió apartándola- Cuando tengas el niño te enseñaré, te lo prometo. Serás una amazona estupenda.

Se echó a llorar más intensamente y él la volvió a abrazar- Quería ir a Italia

-Iremos a Italia...

-No me entiendes – protestó ella alejándose de él.

Steven la miró sorprendido- ¿Qué es lo que ocurre?

-¡Nunca hago nada de lo que yo quiero!- gritó ella tapándose la cara mientras encogía las piernas.

Encogida en la cama, Steve se alarmó al verla llorar- No quería ir a Palacio, quería tener una presentación como todas mis amigas.

-¿Por qué no lo dices de una vez? ¡No querías casarte!

-¡No!- gritó ella fuera de sí- No quería, quería tener tiempo para mí pero llegaste tú…

-Y te obligue a casarte- dijo palideciendo.

-¡Y cuando me estoy acostumbrando a estar casada contigo viene el niño!

Steven se levantó de la cama furioso y se puso los pantalones. – ¿Qué haces?- preguntó sin voz al ver que se estaba vistiendo.- ¿No querías que te dijera lo que me pasaba?- preguntó asombrada.

-Tanta sinceridad me ha dado sed- dijo saliendo de la habitación y cerrando de un portazo. Esther se sentó en la cama mirando la puerta mientras sorbía la nariz.

Al ver que se había enfadado, se echó a llorar otra vez dejándose caer en la cama.

Se quedó dormida llorando y cuando se despertó le dolía la cabeza. Las nauseas la empeoraron y se disgustó todavía más cuando se dio cuenta de que Steven no había dormido con ella. Issi entró en la habitación y se alarmó al ver su estado. De rodillas ante la vacenilla llorando, la doncella intentó ayudarla pero Esther no tenía consuelo.

La abuela que entró en la habitación con su traje de viaje se preocupó al verla – ¿Dónde está Steven?

No pudo responder porque tuvo una arcada y en ese momento apareció su marido que al verla arrodillada en el suelo ni se inmutó- Buenos días a todas- dijo irónico.

La abuela lo miró asombrada –Querido ¿de dónde vienes?

-De pasar una buena noche- la abuela jadeó tapándose la boca mientras Esther agotada se echaba a llorar otra vez. – Cuando te recuperes avísame para continuar el viaje- dijo indiferente saliendo de la habitación después de recoger su gabán.

-Milady, ¿la ayudo a llegar a la cama?

-Esther ¿qué ha pasado?- preguntó la abuela cuando ya estaba acostada.

Negó con la cabeza. No podía hablar, se encontraba realmente mal y sentía que su alma se rompía por la indiferencia de su marido. No había querido hacerle daño. Sólo había dicho la verdad y él lo sabía. No se arrepentía de haberse casado y que se llevaran tan bien era una sorpresa pero era cierto que ella hubiera esperado. Sino se hubiera visto obligada por la situación

le habría gustado tener esos meses para ella y en primavera haber sido presentada. Aunque la presentación la asustaba, era algo que siempre le había hecho ilusión. Si Martin no se hubiera cruzado en su vida seguiría en Palacio y seguramente nunca hubiera conocido a Steven.

Que ahora se enfadara cuando él sabía que no quería casarse, sólo porque ahora se llevaban bien, no lo comprendía.

Cuando Issi consiguió que comiera algo. Se vistió lentamente aunque la abuela no estaba de acuerdo- Quiero llegar a Londres.

Al subirse al carruaje su marido no la ayudó. La ignoró todo lo que pudo hasta que se subió sentándose ante ella. La abuela los miraba preocupada – No entiendo lo que ha pasado. Pero lo vais a arreglar ahora mismo.

-No ocurre nada que no supiera, abuela- dijo Steven irónico.

Esther no dijo nada mirando por la ventana. Se sentía tan mal que no quería ni mirarle. Que no hubiera dormido con ella la preocupaba mucho. Sobre todo con las descaradas que trabajaban en todas las posadas, esperando pasar la noche con los señores. Que la tratara así justo cuando lo necesitaba más que nunca, era algo que no le iba a perdonar.

-A Esther le disgusta estar embarazada- dijo él riéndose.- le disgusta mucho.

-Pero ¿qué dices?- la abuela miró a Esther que seguía mirando por la ventana.

-Oh sí y tampoco está contenta por haberse casado conmigo. No quería casarse yo la obligué, así que también está disgustada por eso.

Al ver que no decía nada continuó- Nunca hace nada de lo que quiere- dijo burlándose de ella.- Ah y quiere ir a Italia.

Una lágrima cayó por su mejilla. Le había hecho decir lo que pensaba y ahora se burlaba de ella. No le importaba lo que ella pensaba, ni lo que quería. Sino conseguía lo que a él le interesaba en ese momento, la trataba así. Ya le extrañaba su comportamiento con ella del último mes cuando su comportamiento anterior no tenía nada que ver. –Vaya y ahora se pone a llorar.

-¡Steven! –exclamó la abuela – ¿No ves que está muy sensible?

-No estaba sensible ayer cuando abrió la boquita.

-¡Se estaba desahogando! ¡No ha tenido una vida fácil!- la defendió la abuela.

Su marido la miró y se echó a reír. –No tienes que preocuparte, abuela .A partir de ahora la tendrá mucho más fácil.

Después de esa frase comenzó su auténtico martirio porque ya no le volvió a dirigir la palabra lo que quedaba del viaje. Esa noche como iban retrasados por culpa de ella como se encargó de recalcar durmieron en otra posada. Durmió sola por segunda noche consecutiva después de cenar en su habitación.

A la mañana siguiente se notaba en su cara que no había dormido, aparte de las molestias del embarazo que la tenían pálida. Su marido al subir al carruaje ni le dirigió la mirada y ella apretó los labios. La abuela estaba incómoda e intentó empezar una conversación. Cuando vio que no daba resultado, se dio por vencida.

Llegaron a Londres a media tarde y Esther sólo deseaba meterse en la cama. Entraron en la vivienda a la que estaban rehabilitando la fachada y se horrorizó al ver la casa. La abuela miró furiosa a Steven- ¡Está inhabitable, Steven!

-Sólo algunas habitaciones – dijo divertido. –El piso de arriba ya estará terminado.

Esther miró a su alrededor. El hall tenía mármol en el suelo pero estaba maltratado. Un vistazo al salón le dijo que había que reformarlo entero. – ¡No nos dijiste que había que reformar la casa!- exclamó indignada la abuela.

Él miró a su alrededor- Quizás tienes razón. Puedes ir a casa de mis padres si lo crees necesario.

-Vamos Esther –dijo la abuela dispuesta a irse.

-Abuela, mi esposa se quedará conmigo- dijo él divertido- Tiene que decorar las habitaciones.

Esther apretó los labios – ¡Por Dios, está en estado! ¿Y si le cae algo encima y si tropieza con algo que haya en el suelo?

-Se queda- dijo sin más entrando en lo que parecía el comedor.

Tragó saliva cuando vio que la abuela la miraba impotente- Querida, lo siento mucho.

-No te preocupes, abuela. Me limitaré a la planta de arriba.- respondió intentando sonreír.

En ese momento llamaron a la puerta y Esther fue a abrir porque por lo visto no había servicio-

¡Por Dios, una condesa abriendo la puerta!

Issi con los baúles en el suelo miraba a su alrededor con los ojos como platos- ¿Nos quedamos aquí?

-Que suban el equipaje- dijo agotada.

Los lacayos cogieron los baúles y los subieron a la planta superior.

-Abuela no te preocupes ¿Te veo mañana?

-Por supuesto querida, no he venido hasta aquí para dejarte a la deriva. –dijo besándola en la mejilla antes de salir por la puerta como alma que lleva el diablo.

Cuando se fue miró hacia la planta de arriba mientras se quitaba el sombrero. Había vivido situaciones más difíciles que esa, no era para tanto.

Al llegar al piso de arriba vio que Steven estaba equivocado. Las habitaciones estaban en un estado lamentable. Entre las tres que tenían muebles escogió la que parecía que estaba mejor.

Miró la chimenea sentándose en la cama. Olía a humedad e Issi abrió la ventana rápidamente- No debe quedarse aquí, milady. –dijo la doncella- No es bueno para usted, ni para el niño.

-No entiendo como nos ha traído aquí- dijo asombrada al ver un lamparón en la pared de la habitación.- No quiero ni imaginar como está la cocina.

-No veníamos aquí- dijo la doncella acercándose a su señora- Íbamos a casa del padre del conde pero el Conde cambió de opinión ayer mismo.

Miró a su doncella con los ojos como platos y entonces lo entendió todo. Quería humillarla. Por eso la llevaba a esa casa sin ninguna comodidad. Eso la enfureció.

Issi abrió la cama entrecerrando los ojos- Están húmedas, milady. No debe dormir aquí.

-Airéalas un poco- dijo furiosa. –Nos quedaremos. Si cree que va a poder conmigo, no sabe con quien se ha casado. Sucumbirá él primero que yo.

Un grito horrorizado de Garrison les dijo que ya había entrado en la casa. Se miraron maliciosas –Es la guerra.

Consiguieron un colchón en otra de las habitaciones e Issi puso su improvisada cama en su misma habitación. Bajaron a la cocina que no estaba tan mal. Era vieja y estaba sucia pero

después de fregar un poco, podrían alimentarse. Pero eso lo dejarían para el día siguiente pues tampoco tenían comida. Oyó salir a alguien de la casa y miró por la ventana. Su marido con traje de noche y su capa subía a un carruaje negro. Palideció al darse cuenta de que la iba a dejar allí mientras él salía por Londres. Se mordió el labio inferior intentando no llorar. –Issi.

-¿Sí, milady?

-Busca mi certificado de matrimonio entre las pertenencias del conde. Que no se entere Garrison.

Su doncella asintió mirándola preocupada y salió de la habitación. No sabía en lo que terminaría todo aquello pero Esther no se quedaría con los brazos cruzados.

Por supuesto la chimenea no funcionaba. Garrison lo intentó varias veces pero al ver que el humo entraba en la habitación, apagaron el fuego inmediatamente. Buscaron todas las mantas necesarias e Issi la ayudó a acostarse. Suspiró cuando apoyó la cabeza sobre la almohada y golpeó una cucaracha que pasó por encima de su almohada. Issi le sonrió –Buenas noches, milady.

-Buenas noches, Issi. Que descanses.

Pasó frío durante la noche y durmió muy incomoda por la humedad de las sábanas. A la mañana siguiente afortunadamente no tuvo nauseas, seguramente porque no había cenado la noche anterior. Estaba realmente agotada y se arrastró fuera de la cama. Issi la observaba como un halcón pues tenía unas ganas enormes de llorar que reprimía constantemente. Podría haber vivido así si hubiera tenido el apoyo de su marido pero su manera de hacerle daño la dejaba atónita.

Garrison llamó a la puerta cuando se estaba poniendo el abrigo- Adelante.

-Milady, los obreros acaban de llegar y me preguntan si pueden empezar con el piso de arriba.

Issi gimió y Esther negó con la cabeza- ¿El Conde no está en casa?

-No, milady- el hombre de unos cincuenta años y delgado como un palo la miró avergonzado resaltando su brillante calva.- No ha vuelto todavía.

-Hablaré con ellos en un minuto- susurró ella mientras Issi le abrochaba el abrigo para que no

tuviera frío en la casa.

En cuanto el ayuda de cámara del conde salió cerrando la puerta, preguntó avergonzada a su doncella- Issi ¿tienes dinero para coger un coche de alquiler?

-Sí, milady. Tengo los ahorros. También podremos comprar comida...

-Con el coche será suficiente – dijo desviando la mirada de la vergüenza de tener que pedir dinero al servicio. –Ponte el abrigo.

Mientras la doncella hacía lo que le había pedido, ella salió de la habitación y bajó lentamente las escaleras. Los obreros que estaban en el hall la miraron con la boca abierta. –Disculpen, ¿su jefe?

-Soy yo, milady- dijo el hombre más mayor acercándose con la gorra en la mano.

-Por diversas razones deberán hacer la obra por partes. No pueden subir al piso de arriba hasta no haber terminado abajo y aún así cuando suban deberán hacer habitación por habitación

-Sí, milady.

-Mi esposo no está en este momento y no sé lo que les ha pedido que hagan- dijo sonrojada.

-Rehabilitar la casa, milady.

-Bien- miró a su alrededor – ¿Y respecto a el arreglo del suelo y esas cosas?

-Dejarla con su aspecto anterior.

Ella frunció el ceño mirando el hall. –En cuanto vuelva quiero hacer unas especificaciones.

El hombre se preocupó visiblemente- Pero no estará dentro del presupuesto.

-No se preocupe por eso- dijo ella poniéndose los guantes- Lo solucionaré. De momento ya puedo decirle que quiero todos los suelos del piso inferior de mármol.

El hombre abrió los ojos como platos- Así que vayan levantándolos y quiero las mejores cañerías y cuarto de baño en las habitaciones de arriba. Con tres bastará.

-¿Cuartos de baño? Para eso tendremos que hacer mucha obra.

Esther sonrió- Ya que empezamos, hacerlo bien. Y quiero otro baño para el servicio. Por supuesto la cocina hay que arreglarla entera. Y los techos que sean con molduras de escayola. Las paredes irán revestidas de tela estilo francés y quiero todas las chimeneas de la casa operativas antes de terminar el día.

-Debería hablar con el Conde- dijo preocupado rascándose la cabeza- Eso es cuatro veces el presupuesto

-Comience y contrate a más obreros. Cuarenta si hace falta, quiero la obra terminada cuanto antes.- se giró y vio a Issi detrás de ella sonriendo- Vamos.

Salieron a la calle mientras los obreros la miraban como si fuera la reina. Al salir a la calle Esther le hecho un vistazo. Estaban en la calle Upper Brook y efectivamente era una de las mejores calles de Londres para vivir. Podía ver el parque desde la intersección y asintió satisfecha.

Caminaron un rato hasta que vieron un coche de alquiler y levantó el brazo llamándolo. –A la calle Bond.

-¿A dónde vamos?

-¿Has cogido el certificado como te pedí?

-Sí, milady.

-Vamos al abogado.

-¡No puede divorciarse!

Esther la miró como si estuviera loca- No voy a divorciarme ¿Cómo se te ocurre?

-¿Entonces?

-Vamos a recuperar mi dinero- dijo mirándola con satisfacción- Voy a por mi herencia.

Cuando llegaron no perdió el tiempo. Entró en el edificio de abogados. Hacía años había recibido una carta de Carvell and Carvell para saber si todavía se encontraba en el internado, esperando confirmación. Ella les había contestado que sí pero había memorizado la dirección y el nombre para cuando pudiera necesitarlo. Y había llegado el momento.

Entró en la oficina y un hombre con gafas de gruesos cristales la miró entrecerrando los ojos. Se notaba que veía más bien poco. –Soy la Condesa de Hackford. Vengo a ver al señor Carvell.

-¿Padre o hijo?- preguntó el hombre levantándose.

-Me es igual- dijo con autoridad como había visto en la corte – Tráigame al que sea. Tengo prisa.

Entró atropelladamente en el despacho –Muy bien, va aprendiendo Condesa- dijo Issi sonriendo de oreja a oreja.

Ella le guiñó un ojo cuando se abrió la puerta y tres hombres salieron rápidamente- Condesa de Hackford es un placer- dijo el hombre más mayor observándola –Dios mío, es igual a su madre.

-¿De veras?- preguntó sorprendida.

-Es increíble el parecido, Condesa. Por favor, pase- las hizo pasar al despacho y las acomodó para sentarse detrás de la mesa- Supongo que viene a causa de su herencia.

-Exacto, Señor Carvell- dijo mirando al otro hombre.

-Es mi hijo el Señor Carvell.

-Condesa, es un honor- dijo doblándose sobre sí mismo haciendo una reverencia.

Ella asintió y volvió a mirar al abogado que estaba detrás de la mesa. – ¿Qué tengo que hacer para tener mi dinero?

-Su dinero está depositado en una cuenta bancaria esperando que lo use en cualquier momento. Su esposo se puso en contacto con nosotros en cuanto se casaron para que así fuera.

Eso la sorprendió. Sabía que era su dinero y que no podría usarlo pero no creía que le facilitara las cosas. Claro que antes su relación no estaba tan deteriorada.

-¿En que banco?

El hombre escribió algo en un papel y se lo dio – ¿Necesita alguna cosa más?

-Si lo necesito le avisaré.- se levantó de la silla y sonrió- Muchas gracias por su ayuda.

-Ha sido un placer, milady. Sentimos mucho no poder hacer nada por su dote pero la misma Reina se ha encargado de que se venda la casa de su padrastro para que tenga algo de dote.

-¿Ha hablado con la Reina?- preguntó sorprendida.

-No, uno de sus hombres se pasó por aquí para averiguar lo que pasaba con su herencia. Me he enterado de lo de la casa al ver que estaba en venta, milady.

Esther asintió. –Gracias.

Salieron del despacho y fueron al banco. Al enterarse de la cantidad de dinero que había heredado abrió los ojos como platos y a Issi casi le da un infarto. Era rica, más que rica. Podía hacer con su vida lo que le diera la gana.

Sacó el suficiente dinero para los gastos de la casa y de la que volvían Issi miraba de un lado a

otro preocupada- Tranquilízate, no nos van a atracar.- dijo divertida.

-Usted coja el bolso fuertemente, milady. Si alguien se acerca me tiraré encima.

Esther se echó a reír. Era la primera risa sincera desde hacía días. Alquilaron un coche y antes de llegar a casa pasaron por el mercado para comprar comida.

Capítulo 9

Cargadas con varias cestas muy pesadas entraron en la casa. Steven la vio entrar con dos cestas en la mano y se las arrebató. Esther lo miró sorprendida. Se había cambiado de ropa- ¿Estás loca?

Era la primera frase que le dirigía en dos días- ¿No era lo que querías? ¿Qué viviera como una sirvienta?- preguntó con voz acerada quitándose los guantes.

Steven apretó los labios –Estás embarazada.

Se giró para alejarse de él –Como si te importara. Teniendo en cuenta donde me has traído y en las condiciones en las que he dormido, no creo que te importe demasiado. Issi ¿puedes llevar esa comida a la cocina? Enseguida estoy contigo.

Él la miró como si quisiera matarla. – ¿Has cambiado las especificaciones que había hecho para la casa?

-Dijiste que me encargara de la decoración.-comenzó a subir las escaleras cuando un escalón se rompió. Gimió al sentir que se había clavado algo encima del botín.

-¡Esther!- gritó Steven acercándose a ella y cogiéndola por el brazo.

Ella le miró furiosa y se soltó – ¡No me toques!- Sacó el pie lentamente y Steven apretó los labios al ver que tenía una herida

-Déjame que te ayude- dijo cogiéndola por el brazo otra vez.

-¡No me toques!- le gritó a la cara.

Subió las escaleras con cuidado y se metió en la habitación dando un portazo que hizo caer un

trozo de escayola al suelo.

Reprimió las lágrimas y se quitó el abrigo. Guardó el dinero en la parte de atrás del aparador y bajó a la cocina. Issi estaba haciendo el desayuno. –Huevos con jamón- dijo sonriendo. –He limpiado lo que he podido para hacer el desayuno. Después puedo limpiar el resto.

-No sé lo que haremos cuando no tengamos cocina.

-Iremos a comer al restaurante de algún hotel- dijo divertida mirando a Esther.

-Buena idea- dijo riendo.

Estaban desayunando cuando apareció el Conde en la puerta de la cocina- Haz el equipaje, nos vamos a casa de mis padres.

-Quiero el divorcio- dijo sin mirarle.

Se hizo el silencio y de repente sintió que la levantaban de la silla donde estaba sentada- ¡Ni se te ocurra volver a decir algo así! ¿me oyes?- le gritó el a la cara.

-Me da igual lo que quieras o dejes de querer. Esto se acabó. Hablaré con la Reina si es necesario- le dijo mirándolo con odio.

-Ya veo ¿Crees que no sé de donde has sacado el dinero para comprar la comida? Ahora que tienes tu dinero, ya no te hago falta.

-¡Nunca me hiciste falta!- gritó ella – Y si te hubieras molestado sabrías que no teníamos comida. He tenido que ir al banco para alimentarnos porque mi marido estaba sabe Dios donde mientras pasábamos frío y hambre. -Él dio un paso atrás- Y tienes razón. Ya no me haces falta. No me hace falta un ser egoísta que sólo piensa en él mismo. Que me pide que le diga lo que me pasa para después echármelo en cara- dijo al borde de las lágrimas –Ahora sino te importa voy a seguir desayunando. Ayer no pudimos cenar.

Se dio la vuelta y se sentó frente a su plato. Issi y el valet de Steven no levantaban la mirada del plato – Ni se te ocurra pensar que te voy a conceder el divorcio. Y menos teniendo a mi heredero en tus entrañas – dijo irónico. –Morirás siendo la Condesa de Hackford.

-Como te he dicho me da igual lo que pienses.- respondió fríamente.

Antes de salir de la cocina pegó un puñetazo en la pared que dejó un agujero. Apretó los labios mientras sus manos temblaban al partir el jamón- ¿Por qué le ha dicho eso si es mentira?- preguntó Issi.

-No lo sé- susurró pasándose la mano por la frente.

-No se preocupe, milady. Todo se solucionará cuando piense lo que ha hecho. Milord rectificará- dijo Garrison con vena aristocrática.

Al terminar de desayunar, se enteró por el jefe de obra que Steven había vuelto a desaparecer. Revisó lo que quería y como lo quería. Mandó arreglar la escalera y que revisaran el resto de los escalones. En ese momento llegó la abuela que la miraba horrorizada agachada hablando con un obrero sobre el escalón roto.

-Querida, esto no va a seguir así.- dijo desde la puerta abierta.

Stuart apareció tras ella – ¿Qué diablos?- exclamó mirando a su alrededor estupefacto.

-Bienvenido a mi casa, Marqués- dijo ella sonriendo.

-Recoge tus cosas, nos vamos de aquí- dijo él pasmado- Te puedes venir a casa de mi madre. Estará encantada de recibirte.

-¡No, se viene a casa conmigo!- gritó la duquesa – ¡Nos volvemos a Castelblack!

En ese momento llegó un mensajero y Esther abrió la boca sorprendida al ver que era de al casa real- ¿Milady Esther Somerville? Traigo una misiva de su Majestad la Reina.

-Es la condesa de Hackford.-replicó su abuela.

El lacayo la miró confundido- Soy yo, déme el mensaje- dijo exasperada mirando a la abuela. Abrió el mensaje y palideció- ¡Issi, mi abrigo!-gritó después de volver a leerlo.-Tengo que ir a Palacio urgentemente.

-¿Qué?- la abuela la miró con el ceño fruncido- ¿Por qué?

-No lo sé. Dice que su Majestad quiere verme inmediatamente.

-Te llevaré –dijo Stuart mirándola con los ojos entrecerrados- ¿Dónde está Steven?

-No lo sé.-Se puso el abrigo rápidamente yendo hacia la puerta.- Vamos, no quiero hacerla

esperar- dijo nerviosa.

-Yo también voy- dijo la abuela.

Subieron al carruaje y se dirigieron a Palacio. – ¿Qué podrá querer?

-No lo sé pero no es nada bueno- dijo ella en un murmullo apretando las manos.

-¿Por qué lo dices?- preguntó Stuart preocupado.

-Cuando está disgustada manda audiencia inmediatamente.-susurró ella. –Lo he visto antes.

La abuela echó un vistazo a la calle- Ya llegamos.

En cuanto llegaron el mayorazgo los esperaba en la puerta- Milady, acompáñeme.- dijo muy serio

En silencio lo acompañaron por los pasillos hasta la sala de audiencia donde esperaban varias personas en la puerta para ser recibidas. A ella la hicieron pasar inmediatamente y eso no era bueno. La abuela y Stuart entraron tras ella. La Reina con sus damas y otras personas del servicio de su Majestad estaban hablando cuando la anunciaron- ¡Estupendo, ya estás aquí!- exclamó la Reina sentada en su trono.

Se acercaron hasta ella e hicieron una profunda reverencia- Majestad.

-¡Levántate niña!- exclamó la Reina mientras las damas se alejaban- ¿Cómo te atreves…?

Esther con la cabeza agachada respondió- No entiendo a que se refiere, Majestad.

-¡Mírame!

Sobresaltada levantó la vista. La reina estaba furiosa- ¿Sabes de lo que me he enterado?

-No, Majestad.

-¿Cuando te he dado permiso para casarte?

Eso sí que no se lo esperaba y la miró sorprendida- ¿Perdón?

-¿Acaso niegas que te has casado?

La abuela y Stuart no salían de su asombro.- No Majestad, sí que me he casado. Con el Conde de Hackford- empezaba a entender lo que había pasado y el terror la invadió.

-¿Y cuando te he dado permiso para ese matrimonio?

-No me dio el permiso, Majestad.

-Pero...- dijo la abuela. Esther se giró rápidamente y la miró para que se callara. La abuela horrorizada no dijo nada más.

-Lady Esther, puesto que habíamos quedado que en primavera volvería a Londres y sería presentada en sociedad no puedo entender cómo se le ha pasado por la cabeza contradecir mis órdenes.- dijo la reina mirándola con los ojos entrecerrados- y puesto que no es la primera vez que ocurre, empiezo a pensar que o es tonta o no tiene ningún respeto por la corona.

-En absoluto, Majestad. La respeto mucho.

-¡Entonces no lo entiendo!- gritó la reina levantándose de la silla.-He hecho todo lo posible para reparar el daño anterior que por cierto te merecías.

-Sí, Majestad.

-¡No me interrumpas!-gritó fuera de sí- Y encima te casas en un pueblo de Escocia contradiciendo mis órdenes y dejándome en ridículo.

Un sudor frío recorrió su espalda al ver sus ojos. Estaba realmente fuera de sí y cuando eso ocurría era impredecible.- ¿Qué tengo que hacer contigo ahora?

Esther se mantuvo en silencio mientras la reina la miraba- Tienes mejor aspecto.

-Me encuentro mejor, Majestad.

-Por supuesto esto no va a quedar así- la reina empezó a caminar de un lado a otro. –Tengo que encontrar un castigo de acuerdo contigo.

La abuela jadeó y Esther la volvió a mirar rogándole con la mirada que no dijera nada.-Ya sé lo que voy a hacer. –dijo la reina mirándola maliciosa- Como por lo visto no sabes acatar las órdenes, voy a enviarte al convento de Santa Angelina para que sean las monjas las que te instruyan disciplina. En seis meses volverás con el esposo que has elegido y que seguramente no tiene ninguna culpa. Compadezco al pobre hombre.

La abuela jadeó –Majestad, está en estado- dijo sin poder contenerse.

La reina abrió los ojos como platos – ¿Ya?-Esther asintió bajando la mirada- Da igual, allí estarás bien cuidada. ¡Ahora desaparece de mi vista!

Salieron rápidamente de la sala y dos hombres la cogieron de los brazos- ¿Se la llevan ya?-

preguntó la abuela horrorizada.

-Órdenes de la Reina- dijo uno de ellos tirando del brazo de Esther haciéndole daño.

-Dile a Issi que hay dinero detrás de la cómoda. Que se lo quede- dijo mirando a la abuela-¡Y que haga lo que quiera!

Stuart la miró impotente- ¡Tenías que haber dicho la verdad!

-¿Y decir que fue culpa suya? –preguntó con los ojos cuajados en lágrimas- Es mi marido.

-Querida, hablaré con ella- dijo la abuela llorando mientras la alejaban.

-No servirá de nada, abuela. Ahora no lo creerá y sólo la enfadará más. Dejarlo así- dijo llorando.

– ¡Os quiero!- gritó cuando tiraron de ella para meterla por una puerta.

La metieron en un carro que en sus ventanas tenían barrotes y cerraron la puerta de golpe sobresaltándola. Se sentó en el suelo mirando al exterior. Los hombres de la reina se sentaron en el carro moviéndolo con su peso e inmediatamente se pusieron en camino. No se podía creer todavía que Steven le hubiera mentido. ¿Cómo pudo hacerlo y no esperar que hubiera consecuencias? Seguramente si hubiera hablado con la reina le hubiera dado permiso para casarse con ella pero decir que lo había hecho para presionarla siendo mentira era una locura. Se limpió las lágrimas con las mangas del abrigo pues no tenía pañuelo. Aquello era humillante. Dios mío, apresada como una delincuente, pensó acomodándose en el suelo apoyando la espalda contra la pared. Por no decir que después de su condena, si antes estaba manchada, ahora sin el apoyo de la reina, nadie la recibiría en Londres. Se había convertido en una paria social. Tendría que retirarse al campo para evitar la vergüenza.

Pensó en Steven y volvió a llorar. Ni siquiera sabía que su esposa ya no volvería a su ruinosa casa.

Después de un par de horas el carro se detuvo. Miró por la ventana y vio un convento. Se abrió la puerta trasera- Baje, milady.- dijo uno de los guardias.

Se acercó a la puerta lentamente y el guardia la ayudó a bajar. La cogieron por el brazo y se

acercaron a la puerta principal de madera que estaba cerrada. El hombre tiró de una campanilla y unos minutos después se abrió la ventanita de la puerta- Ave Maria Purísima

-Madre traemos a una mujer a la que envía la Reina. Necesitamos hablar con la madre superiora.

La puerta se abrió inmediatamente y una monja de unos cincuenta años les dijo –Pasen.

La siguieron por un patio hasta llegar a un patio interior, el cual rodearon hasta llegar a una puerta que en ese momento estaba abierta. La monja llamó a la puerta- ¿Sí?

-Madre superiora. Una enviada de la reina.

-Adelante. –Cuando entraron Esther permaneció de pie. Allí había una mujer sorprendentemente joven. Estaba sentada tras una mesa, no tenía más de cuarenta años. Llevaba hábito y tuvo que deducir que ella era la madre superiora- Cuénteme que ocurre- dijo mirándola con los ojos fríos como el hielo.

-Esta dama ha contradicho a su Majestad y tiene que cumplir penitencia de seis meses. Debe enseñarle disciplina. Tiene que aprender a obedecer.

La madre superiora la observó- ¿Qué has hecho?

-Me he casado sin permiso de la reina- dijo desviando la mirada.

La monja frunció el ceño y miró al hombre que asintió con la cabeza –Está en estado. No la maltraten.

-¿Te casaste en estado?- preguntó la monja.

Como no lo sabía, respondió –No.

-Hermana Marguerite. Llévela a una de las celdas y procúrele un hábito de novicia.- dijo observándola- Aquí no hay lujos, milady y hay que trabajar para comer.

-Lo entiendo- susurró ella mirando al suelo. La monja volvió a fruncir el ceño.

-Llévesela. Luego la visitaré.

Siguió a la monja a través del patio y la llevó a un pasillo que tenía un buen número de puertas. Abrió una y Esther entró. Se estremeció al ver la que sería su habitación. Una estrecha cama y un orinal. La cama sólo tenía una sábana y una manta. Una cruz de madera colgaba de la pared de enfrente. –Desvístase, milady. –le dijo antes de salir de la habitación y cerrar con llave. Ahora

sabía porque lo llamaban celda. Aquello era una prisión. Se llevó las manos a la cara y se echó a llorar sin poder evitarlo.

Cuando volvió la monja todavía seguía llorando- Oh milady, no llore. Aquí no estará tan mal.

-¡Hermana Marguerite! – se acercó la madre superiora y miró a Esther desde la puerta- Déjese de lloriqueos, milady y póngase el hábito.

Se levantó de su cama y comenzó a desvestirse quitándose el abrigo. Le temblaban las manos. La hermana Marguerite la ayudó a desabrocharse el vestido. Le pusieron una especie de túnica gris y unos zapatos bastante bastos. La hermana le miró los anillos y ella los tapó con la mano. – Tendrá que quitarse el de compromiso, milady. Sino lo estropeara trabajando.

Mordiéndose el labio inferior se quitó el de compromiso. Miró la lágrima de diamante mientras se lo tendía a la monja. Esa lágrima representaba las muchas que iba a verter a causa de su esposo.- Déjenos solas- dijo la madre superiora.

En cuanto se fue la monja se acercó- Las reglas son claras. Nos levantamos al amanecer para asistir a misa. Después se desayuna y se trabaja. Después del almuerzo, se reza toda la tarde. – Esther dejó salir el aire que estaba conteniendo. –Adecuaremos el trabajo a según su estado. ¿Sabe bordar?

-Sí, madre superiora- dijo ella rápidamente.

-Bien. Dedicará a eso su tiempo. Vendemos ajuares para conseguir dinero. – la monja la observó. –No cree conflictos y no tendremos problemas. En seis meses se irá con su esposo.

-Gracias, madre superiora.

-No entiendo como te has atrevido a hacer algo así- dijo entrecerrando los ojos- No pareces demasiado rebelde y si has hecho lo que has dicho, tienes que serlo mucho.

-Lo hice.- dijo desviando la mirada.

-Bien. Esta noche ayunarás para que pienses en tus faltas- dijo saliendo de la celda- reza, hija. Reza para purgar tus pecados... –Cerró la puerta con llave y se alejó.

Se sentó en la cama y después se echó sin hacer la cama. Aquello se le iba a hacer eterno.

Era de noche cuando oyó las voces. Alguien gritaba y parecía un hombre, pero la voz era lejana.

Cerró los ojos y siguió durmiendo. Tenía frío, la manta y la sábana con las que se tapó durante la noche no eran suficientes. Se mordió el labio inferior intentando dormir para olvidar.

Los días se hicieron monótonos. Todos eran iguales. Por la mañana rezaban durante una hora y después desayunaban. Sólo había gachas. Así que se quedaba sin desayunar pues no había otra cosa. Después trabajaban. Bordaba toda la mañana y afortunadamente lo hacían frente a un fuego. Tuvieron que proporcionarle otras dos mantas pues tenía frío por las noches y se apiadaron de ella. Después de un almuerzo frugal rezaban toda la tarde. La única comida más o menos decente que hacía en todo el día era la cena. Como empezó a adelgazar debido a las nauseas matutinas le dieron algo más de comer. La hermana Marguerite le llevaba a veces comida a escondidas a su celda, pero al aumentar el tamaño de su vientre parecía que ella se iba consumiendo. Una tarde se desmayó en la misa de la tarde y el médico cuando la vio puso el grito en el cielo. Estaba de cinco meses más o menos y su vientre era más que evidente. Sus mejillas volvían a estar hundidas y estaba excesivamente delgada, con profundas ojeras.-
Alimenten a esta mujer por el amor de Dios, ¿no ven que va a tener una criatura?
La madre superiora se puso nerviosa pues la había enviado la reina. – ¿Sólo necesita alimentación?
-Alimentación y descanso.- El hombre miró a su alrededor – ¡Y en este lugar hace mucho frío!
La madre superiora cambió las normas y a partir de ese día le dieron algo más de comida. Pan con mantequilla por la mañana, un almuerzo más contundente y la cena. Desgraciadamente aunque su tripa seguía creciendo no engordó nada. Por lo menos ya no se mareaba, ni tenía nauseas y por las noches ya no tenía frío gracias a las otras dos mantas que le dieron.
Las bordadoras estaban muy contentas con ella por su magnífico trabajo pero la madre superiora nunca le dijo nada. El día anterior de cumplir su sexto mes la llamó a su despacho.
-Pasa.
Entró temiendo lo que le fuera a decir. Que la reina había cambiado de opinión o algo así.

Permaneció callada con la cabeza gacha- Debo decir que le he mandado una carta a su Majestad diciendo como ha sido tu comportamiento.- Esther levantó la cabeza para mirarla- Le he explicado con claridad que no puedo entender como has sido capaz de contradecirla cuando tu comportamiento aquí ha sido excepcional.

-Gracias, madre superiora.

-Mañana, serás libre. Puedes retirarte.

A la mañana siguiente le dieron su ropa pero al no poder ponerse su vestido pues no le cabía tuvo que quedarse con su horrible hábito. No vio su anillo de compromiso. –Madre ¿mi anillo?

-Lo hemos utilizado para pagar tu manutención- dijo sin ningún remordimiento.

La miró horrorizada- ¿Lo han vendido?

-Sí

-¿A quién?

-Eso no importa.

-Claro que importa, era mío- dijo al borde de las lágrimas.

-Alguien tenía que pagar el médico y tu comida.

-¿Y mi trabajo? ¿Y todos los bordados que he hecho? – preguntó sin voz.

La hermana superiora se encogió de hombros y miró a la hermana Marguerite- Sácala del convento.

La cogió del brazo mientras se ponía a llorar. –No llores. Se lo ha vendido a tu marido- murmuró la monja.-Le ha estado dando dinero para que estuvieras cómoda.

La miró horrorizada- ¿Qué? ¿Acaso podía haber estado peor?

-Oh, sí querida. Si hubiera sido otra no hubiera llamado al médico. Te lo aseguro.- Abrió la puerta y la empujó fuera.- Vete.

Le cerró la puerta de golpe y dio un salto hacia atrás para que no le dieran en el vientre. –¿Esther?- se giró de golpe para ver a Steven que la esperaba delante de un carruaje. El vacío, la rabia, el dolor, todo salió de golpe y se acercó a él abofeteándolo en la cara furiosa.

Él la abrazó mientras se resistía con todas sus fuerza pues quería seguir pegándole.-Lo siento, lo siento- susurró él contra su oído.

-Te odio y no te lo perdonaré nunca- gimió contra su camisa. –Te odio.

Steven la cogió en brazos y la subió al carruaje. La sentó sobre sus rodillas mientras ella seguía llorando- Shuss , te vas a poner enferma.- dijo él acariciando su pelo.

Ella no respondió y se quedó mirando el vacío durante todo el viaje a Londres. En cuanto llegaron a la casa salió la abuela del salón pero Esther no le hizo caso. Stuart salió corriendo a por un médico al ver su estado mientras Steven llamaba a gritos a Issi.

La tumbó sobre la cama con delicadeza- Vamos nena, mírame- dijo Steven apartando su cabello Esther se dio la vuelta y abrazó la almohada. Sentía el calor en la espalda que le daba la chimenea y se sintió reconfortada. – ¿Milady?- preguntó Issi desabrochando su abrigo mostrando su ropa- ¿Tiene hambre?

No respondió y Steven se pasó una mano por el cabello. Ayudó a la doncella a desvestirla y le acarició el vientre cuando la vio desnuda. –Esther, cielo- susurró él emocionado.

Issi no podía reprimir las lágrimas- Ahora tendré que engordarla otra vez. Con lo que me costó la primera.

Cuando llegó el médico le hizo un reconocimiento general. –Físicamente podía tener más peso pero se encuentra bien. Es su estado emocional lo que me preocupa.

-¿Qué podemos hacer?- preguntó mirando a su mujer que observaba el fuego.

-Denle tiempo. Eso es lo que necesita. Tiempo.

Issi se acercó a ella con una bandeja de plata en la mano- Milady, hora de cenar.

No se movió e Issi colocó la bandeja sobre la mesilla de noche.- Vamos milady, hora de alimentar al bebé.

Steven la observaba atentamente desde los pies de la cama –Esther...

Issi lo fulminó con la mirada y él se calló. Su doncella se acuclilló a su lado y la observó. Esther

la miró a los ojos e Issi sonrió. Le acarició su pelo rubio. –La he echado de menos –dijo sin romper el contacto visual- Tenemos mucho que contarnos.

-¿Qué haces aquí, Issi?- preguntó en un susurro.

-No pensaría que me iría cuando no sabía si me necesitaría .El dinero no lo es todo, milady. Prefiero quedarme con usted.

Una lágrima corrió por su mejilla e Issi sonrió limpiándosela.- ¿Sabe, milady? Tengo novio.

Eso hizo reaccionar a Esther que sonrió- ¿Sí? ¿Y cómo se llama?

-Se llama Milton – dijo haciendo una mueca –Trabaja aquí, en la casa.

-¿Es apuesto?

-Oh, es muy apuesto. Pero tiene un carácter de mil demonios- dijo disgustada- Se cree el centro del universo.

-¿Te trata bien?-susurró ella. A Steven se le cortó el aliento.

Issi reprimió las ganas de llorar- Me trata muy bien, milady. Es el mayordomo.

Esther sonrió- Me alegro por ti.

Issi cogió de la bandeja un trozo de jamón y se lo acercó a la boca- Hemos pensado en casarnos en unos meses –Esther abrió la boca y comió mientras la escuchaba- Pero me estoy haciendo de rogar. Que no se vaya a pensar que todo el monte es orégano.

Sonrió mientras masticaba- Una de las nuevas doncellas ha tonteado descaradamente con él.- Esther frunció el ceño- Pero la he puesto en su sitio tirándole el plato del cocido a la cabeza.- su señora sonrió otra vez- la muy descarada quería quitármelo. ¿Se lo puede creer? No sabe con quien estaba tratando. - Hablaba alimentando a su señora con ternura mientras su marido la miraba angustiado.- Y usted, mi señora. ¿Qué ha hecho?

-Bordar- susurró entre bocado y bocado- y rezar.

-Menudo aburrimiento- Esther sonrió con tristeza.

-Pasaba frío.

-Ahora ya no pasará frío, milady- dijo cambiando de tema- no tendrá más privaciones.

Es rica.

Esther soltó una risita- Sí. Puedo hacer lo que quiera.

-Exacto. Nos iremos a Italia en cuanto su niño tenga edad suficiente, como quería.

-Sí. Quiero conocer Venecia.

-Y compraremos un vestuario nuevo. De todo. Desde sombreros hasta vestidos de baile.

Esther suspiró mientras la doncella le daba algo de postre. – ¿Ha visto como ha quedado la casa?

Miró a su alrededor. La habitación era todo lujo y confort. Con las paredes cubiertas de seda y suelo de lustrosa madera. Los muebles de estilo francés eran maravillosos pero lo que más le llamó la atención fue un hermoso tocador con un espejo de tres cuerpos y la butaca a juego. Al volver la vista sus ojos se encontraron con Steven pero su mirada paso sobre él como si fuera otro mueble- La habitación es muy bonita.

-Y tiene baño propio- dijo Issi sonriendo. –Mañana le prepararé un baño con jabón de lavanda.

-Sí, un baño. Hace seis meses que no me doy uno- dijo en un susurró. Se le cerraron los ojos al tener el estómago lleno y el cuerpo caliente.

-Mañana, milady. Ahora duerma- susurró Issi arropándola.

Minutos después estaba dormida como una niña.

Cuando se despertó a la mañana siguiente era muy temprano pues estaba acostumbrada a despertarse con el amanecer. Abrió los ojos y vio que Steven estaba a su lado observándola. Se miraron a los ojos durante unos minutos. Él alargó una mano pero antes de poder tocarla ella se apartó. Su marido apretó sus labios –Lo siento, no sabía que te podía pasar eso.

-Eso mismo dijo Martin- susurró ella – No te quiero cerca de mí. Ya no confío en ti.

Steven siguió mirándola a los ojos- No me vas a abandonar.

-Sí.

-¿No me vas a preguntar por qué lo hice?

-No me interesan tus retorcidas ideas.-Steven apretó los labios y continuó.-Ya no me interesa nada de ti. En cuanto dé a luz al bebé me iré con la abuela una temporada hasta que el niño sea lo

bastante mayor para viajar.

Steven se tensó- No me vas a abandonar.

Ella le miró a los ojos fijamente- Puede que en este momento me encuentre aquí pero ya te he abandonado, Steven.

Steven sorprendiéndola la agarró por el cuello y la besó. Intentó rechazarlo pero no pudo puesto que él era más fuerte, así que le dejó hacer quedándose quieta sin responder. Al darse cuenta de ello Steven levantó la cabeza –No Esther, no nos hagas esto- dijo rogándole con la mirada.

Volvió a besarla más suavemente pero Esther no se inmutó. Dio gracias a Dios por no sentir nada. Su marido se separó de ella lentamente, parecía destrozado-Cielo…

Esther se dio la vuelta y le dio la espalda. – ¡Soy tu marido!- exclamó desesperado.

-Ya no.

Él le dio la vuelta poniéndola de espaldas- Seré tu marido hasta el día de tu muerte.

-¿No te has dado cuenta? –preguntó fríamente – Para ti ya estoy muerta, Steven.

La soltó lentamente como si la viera por primera vez y se levantó de la cama. Sin decir una palabra más salió de la habitación por la puerta que comunicaba con su dormitorio.

Capítulo 10

Después de un maravilloso baño le sirvieron un enorme desayuno e Issi dijo que lo mejor era que se vistiera. No estaba enferma, así que no debía quedarse en la cama. Ella lo entendió y dejó que la vistieran. El vestido la apretaba e Issi hizo una mueca. –Lo siento milady, tendremos que ir a la modista.

Estaba mirando las cosas que tenía encima de su tocador- ¿Qué es esto?

-Son las joyas de su madre. La Reina se las dio al Conde, milady. – Ella miró dentro del joyero y vio un camafeo. Lo recordaba en el pecho de su madre. Muchas veces se había dormido tocándolo. Sonrió pensando en ello. Unos pendientes de esmeraldas con una pulsera a juego y varias joyas más. Al ver su anillo de compromiso lo levantó recordando las palabras de Steven, que cuando lo había visto había pensado en ella. Tragó saliva dejando el anillo en el joyero otra vez. Issi la observó y apretó los labios – Milady. ¿Le gustaría dar un paseo en carruaje? Le vendrá bien tomar el aire.

-Sí, está bien- Estaban en julio y no le hizo falta el abrigo. La subió en el carruaje e Issi dijo –Oh, me he olvidado un pañuelo para milady. Vuelvo enseguida.-Cerró la puerta y salió hacia la casa. El carruaje comenzó a andar y ella frunció el ceño- ¡Deténgase cochero! –El coche no se detuvo y frunció el ceño. Abrió la portezuela que tenía frente a ella que comunicaba con el cochero cuando se dio cuenta de que no era un cochero.- ¿Steven?

-Vamos a dar una vuelta para hablar. Ponte cómoda.

-¿Qué diablos haces?

-Te lo diré en un momento, cielo. Siéntate.

Se sentó en su asiento y se cruzó de brazos pensando que ese hombre estaba mal de la cabeza.

Frunció el ceño al ver que salían de Londres- ¿Dónde vamos?

-No seas impaciente.- gritó él desde el asiento del conductor.

Desde la ventanilla vio que cogían un camino de tierra y que llegaban a una casita de madera.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que allí no había nada más. El coche se detuvo y se inquietó cuando Steven saltó del coche. Abrió la portezuela y ella le miró sin moverse –Quiero volver a Londres.

Steven sonrió alargando la mano- Vamos, cielo. Quiero enseñarte algo.

-¿Aquí?- preguntó señalando los alrededores.

-Sí, aquí.

-¿Y por qué no ha venido nadie del servicio? – preguntó desconfiada.

Su marido se echó a reír- Vamos nena, cuanto más tardes en bajar más tardaras en volver.

Ella no se fiaba pero aun así alargó la mano para que la ayudara a bajar. Se tocó el bajo del abultado vientre mirando la casita de madera. Era bonita y el lugar era agradable. La luz de la mañana la iluminaba – ¿Quién vive aquí?

-Tú, querida.

-¿Qué?- preguntó mirándolo sorprendida.

-Viviremos aquí una temporada hasta que recobres el sentido común. –Un lacayo que no había visto se llevó el carruaje dejándola con la boca abierta.

-¿Estás loco?

-En la casa hay todo lo que necesitamos- dijo sonriendo y cogiéndola del brazo.

-¿Y si ocurre algo y si necesitamos un médico?

-No pasará nada- Steven al ver que ella no se movía mirando a su alrededor la cogió en brazos.

-¡Estás loco! ¡No quiero dar a luz aquí!- gritó ella pataleando.

-No estaremos tanto tiempo- dijo riéndose.

No salía de su asombro- Pero ¿qué te ocurre? ¿Has perdido el juicio?

La sentó en la pequeña salita sobre una butaca y la miró acuclillándose ante ella- En nuestra casa te esconderás y me ignorarás. Aquí no podrás hacerlo.

-¡Puedo hacerlo donde sea!- gritó furiosa. Era el primer síntoma de carácter que mostraba desde los gritos delante del convento, así que Steven sonrió encantado.

-Te prefiero furiosa que triste. Estás más guapa.

Esther entrecerró los ojos – ¡Busca a alguien para que salgamos de aquí, maldito chiflado!

-No vendrán hasta dentro de una semana- se levantó mirando a su alrededor- Casi es la hora de comer ¿tienes hambre?

-¡Púdrete!

La miró divertido.- ¿Sabes, nena? Esta mañana pensaba que estaba todo perdido pero luego recordé tu promesa.

-¿Qué promesa?

-Que nunca te rendirías ante mí.

Ella levantó la barbilla –Exacto.

-Pues comienza el juego.

Él la dejó sola y se levantó rápidamente para ir hasta la puerta de la casa- No salgas, te perderás por el bosque y después tendré que buscarte.

Salió al exterior sin hacerle caso y miró a su alrededor. Empezó a andar por el camino pero unos metros después vio tres intersecciones, frustrada pateó el suelo- Maldito hombre.

Una risa desde el porche de la casa la hizo volverse furiosa. Volvió dando grandes zancadas y Steven levantó una ceja cuando la vio entrando en la casa.-Idiota.

-Nena, estamos de vacaciones. Disfrútalas.

-Idiota, estúpido engreído- murmuró ella entrando en la casa y cerrando de un portazo.

-¿Sabes que hay para comer? Un sabroso cordero con guisantes y puré de patatas- dijo entrando en la casa.- Después podemos dar un paseo para que hagas algo de ejercicio.

Se sentó en la butaca de la salita mientras le observaba poner la mesa. Iba y venía de la cocina

trayendo las cosas y cuando puso el cordero en la mesa le gruñó el estómago- Vamos nena, que tienes hambre.

No le servía de nada pasar hambre, así que se levantó y se sentó en la silla que le ofrecía.

Empezó a comer en silencio- ¿Sabes? Te he echado mucho de menos- susurró él mientras la veía masticar. Esther ni le miraba- Nunca imagine que la Reina te echara la culpa y te castigara por ello, nena. Tienes que creerme.

Esther bebió un sorbo de vino y siguió comiendo- Stuart por poco me mata cuando se enteró de lo que había pasado. Ya había intentado retarme a duelo cuando mentí sobre nuestro compromiso pero le convencí para que desistiera. Por eso me reí cuando me regalo los guantes en Navidad.

Tragó un poco de puré de patata – Debería haber hecho las cosas de otra manera pero nunca he tenido paciencia y verte con él…- Steven bebió vino antes de continuar- no lo soportaba.

A Esther le tembló la mano y apretó el tenedor- Por eso mentí. Para que no pudieras negarte a casarte conmigo. Además, estaba el asunto de la herencia de la abuela.

Lo miró sorprendida- Eres su sobrina nieta de sangre Esther, es lógico que al conocerte quisiera dejarte la herencia a ti.-a Esther se le encogió el estómago- No quiero decir que fuera el único motivo para querer casarme contigo, pero así me quitaba un peso de encima.

-Estás loco- susurró temblando.

-En aquel momento si debí estar loco- dijo antes de meterse en la boca un trozo de cordero.- Pero no podía consentir que te encariñaras más con Stuart. Os llevabais demasiado bien para mi gusto.

-Somos amigos.

-Ahora lo sé, cielo. Pero en aquel momento después de que me odiaras intensamente por mi comportamiento en aquella cena, no podía perder el tiempo. Ya me había separado de ti para darte espacio, así que al ver la reacción que tenías con Stuart no me lo pensé.

-Eres un mentiroso, tenías el anillo de compromiso

Él sonrió- ¿Quieres saber cuando lo compré?

-Me importa poco.

-Lo compre el mismo día que llegue a Londres. Estar separado de Castelblack después de haberte

hecho daño fue duro. Pero sabía que podría volver en Navidades sin que nadie notara nada rato.
Esther apartó el plato con intención de levantarse- Termina de comer, cielo. El bebé lo agradecerá.-Apretó los labios – ¿Sabes? Sino quieres más cordero Tengo tarta de manzana en la cocina. Con lo que te gusta ¿quieres que te traiga un gran trozo?
Ella lo miraba asombrada.- Pero ¿qué demonios te ocurre?
-Creo que debemos hablar para aclarar como nos sentimos. Tenías razón al desahogarte cuando te enteraste del embarazo. No habías tenido una vida fácil pero aún así me dolió.-apretó los labios antes de volver a beber el vino- Me dolió que después de llevarnos tan bien, todavía dijeras que no habías querido casarte aunque fuera cierto.
Esther no lo soportaba más- ¡Cállate de una vez!- le gritó a la cara. – ¡Sólo quieres justificar tu comportamiento!
Salió de la salita tirando la silla a su paso y subió las escaleras. Entró en la primera habitación que encontró y se echó en la cama. Frustrada miró a su alrededor y con dificultad por su barriga se sentó en la cama al ver un frasco de perfume sobre el rústico aparador. Se levantó lentamente y lo abrió ¡Era su perfume! Anonadada miró el cepillo y era el que le había regalado la Reina en palacio. Entonces fue hasta el armario y abrió la puerta de golpe. Había varios vestidos para una mujer embarazada que no había visto nunca. Steven apareció en la puerta- ¿Desde cuando habías preparado esto?- preguntó sin voz
-Desde hace un mes- dijo mirándola intensamente- Sabía que estarías furiosa e Issi me dio la razón. No escucharías nada de lo que te dijera y tendría que hacer algo.
Dio un paso atrás sorprendida- ¿Y después de estar encerrada en un convento pensabas encerrarme en una casa para que te escuchara?
-Dicho así es como si fuera una crueldad pero...
-¡Es una crueldad, Steven!- gritó furiosa- Siempre piensas en ti y no en lo que yo puedo sentir
Él palideció –No es así, nena.
-Claro que sí. Me trataste fatal cuando me conociste por la herencia de la abuela ¿verdad?
-Esther…

-¡Y cuando viste que me acercaba a Stuart que siempre me ha tratado con respeto y cariño, me mentiste descaradamente para que me viera obligada a casarme contigo!

Steven la miraba preocupado- Tranquilízate, cielo…

-Al dejarme embarazada te sentiste muy bien ¿verdad? Te sentiste muy macho. Lo habías conseguido todo. La herencia de la abuela, una mujer rica y un heredero. Pero no te gustó que yo protestara por eso me llevaste a esa casa en Londres ¡para castigarme! Te daba igual que me encontrara mal por el embarazo y que estuviera abrumada por la situación. ¡Dormías sabe dios donde mientras tu esposa dormía en una cama húmeda gracias a ti!-gritó ella – Pero al ver que había ido a por mi dinero las cosas se te fueron de las manos, así que querías que nos trasladáramos a casa de tus padres. ¡Ni te imaginabas que la Reina arruinaría tu plan de tenerme controlada!

Steven se pasó una mano por le pelo nervioso- Cielo, tranquilízate. Te vas a poner enferma.

-¡Como si te importara, maldito cerdo!- gritó ella –No te perdonaré nunca ¿Me oyes? Para mí no eres mi marido. Y nunca lo serás por mucho que me encierres en esta maldita casa toda la vida.

Él se acercó con intención de tocarla y ella cogió lo primero que tuvo a mano lanzándole un jarrón a la cabeza. Steven ni se dio cuenta y cuando el jarrón se rompió sobre su cabeza la miró sorprendido. Cayó tan largo como era perdiendo el conocimiento. Esther lo observó un momento y se asustó al ver que un hilo de sangre le caía por la sien izquierda- ¿Steven?- se acercó a el pálida- No hagas bromas Steven, no tiene gracia.

Cada vez sangraba más y Esther se horrorizo- ¡Steven! –se agachó a su lado y le movió tocando su pecho –¡Despierta!

El miedo la traspasó al ver que no se movía- Despierta Steven, por favor- le tocó la cara y la cabeza cayó hacia el otro lado. –No, no- dijo llorando – No te mueras. –susurró pensando que hacer. Muerta de miedo se levantó y cogió la toalla de al lado del aguamanil- Te pondrás bien- dijo más para sí que para él. Le buscó la herida en la cabeza y gimió al ver el corte. Tenía el tamaño de su pulgar. Necesitaba puntos. El pánico la invadió- ¡Steven!-gritó fuera de sí- ¡Por Dios Steven, despierta!

Al ver que su marido no movía ni un músculo, empezó a llorar desconsolada- Lo siento, siento haberte pegado.- apretó la toalla sobre la herida intentando detener la hemorragia.
No supo cuanto tiempo estuvo así pero la toalla ya estaba empapada de sangre. –Vamos, cariño. Despierta- desesperada apoyó la mejilla sobre su pecho y suspiró de alivio al ver que todavía estaba vivo. – Lo siento.- susurró sobre su pecho.
-Nena cuando pegas, lo haces a conciencia. –levantó la cabeza de golpe para ver que tenía los ojos abiertos.
-¿Steven?- se sentó a su lado mirándolo preocupada- ¿Te duele mucho?
-Me has partido la cabeza. ¿Tú que crees?- preguntó intentando levantarse.
-Necesitas puntos, Steven.- dijo apretándose las manos que estaban llenas de sangre.
Su marido la miró y frunció el ceño- No te preocupes ¿vale?
-¿Qué no me preocupe? ¿Sabes cuanto has estado inconsciente?
-No ¿cuanto?
Le miró confundida – ¡No tengo ni idea pero ha sido eterno!- le gritó como si fuera culpa suya.
Entonces Steven se echó a reír y ella se levantó furiosa. –Necesitas un médico ¿Dónde estamos?
-No necesito un médico- dijo sentándose en el suelo- Tú lo has hecho y tú lo curarás.
-¡No puedo hacer eso!- exclamó horrorizada y de repente se miró las manos llenas de sangre. No sabía si era por haberle hecho daño o por el alivio de que estuviera vivo pero se desmayó.
Se despertó con una palmadita en la cara.- Nena, despierta- susurró Steven muy nervioso.
-¿Ya ha llegado el médico?- preguntó desorientada.
-No nena, no ha llegado el médico.
Entonces se dio cuenta que estaba tirada en el suelo de la habitación y sorprendentemente para estar embarazada se sentó de repente golpeando la cabeza de Steven. Gimieron a la vez tocándose la frente y de repente se echaron a reír desternillándose de la risa. Cuando se calmaron se miraron a los ojos- Tenemos que ir a un médico.
-Sí, enseguida- murmuró él acercándose a ella mirando sus labios.
-Tienes una herida que hay que coser, Steven- susurró acercándose a él. Cuando sus bocas se

tocaron, fue como si ocurriera una explosión. Se devoraron el uno al otro abrazándose como si no quisieran separarse nunca. Esther tocó la herida de su cabeza sin darse cuenta y él gimió dentro de su boca. Se separó de golpe –Lo siento- susurró mirando sus ojos verdes.

-Y yo. Lo siento mucho- le acarició la mejilla con suavidad- Dios nena, cuanto te he echado de menos.

Esther carraspeó apartándose de él. Se levantó del suelo con ayuda de Steven- ¿Dónde estará el medico más cercano?

-¿En Londres?- dijo irónico acercándose al espejo. Vio la herida que tenía en la parte de arriba de la cabeza e hizo una mueca. –Sí, necesito un médico.

Eso la puso nerviosa y se apretó las manos- Oh Dios. ¿Qué hacemos?

-Tranquila, nena- dijo mirándola a través del espejo.-Lo solucionaré ¿vale?

-No tenemos transporte y…

-¿Crees que te traería hasta aquí sin pensar en todo?- preguntó irónico.- Atravesando el prado está la casa del Marqués de Weinstein.

-¿Stuart está al cruzar el prado? –preguntó cruzándose de brazos. Todo había sido un complot donde se había implicado toda la familia. Estaba indignada.

-¿Creías que yo había cocinado el cordero?

Hizo una mueca por ser tan ingenua y salió de la habitación con grandes zancadas.- Nena, no te enfades.

-¡No puedo creer que te hayan apoyado a ti!- dijo bajando la escalera.- Yo he sido la víctima.

- Y lo saben –dijo siguiéndola con la toalla en la cabeza.

-Menudos amigos que dejan que me secuestren –comentó entre dientes saliendo al porche.

-Precisamente porque son nuestros amigos querían que lo solucionáramos.

De repente se dio la vuelta- ¿La abuela está metida en esto?

Steven hizo una mueca- Estará almorzando con Stuart seguramente.

Gritó indignada- ¡Estupendo, esto es estupendo!- se volvió y empezó a cruzar el prado.

-Nena…

-¿Y si te hubiera pasado algo? ¿Y si no te hubieras despertado? ¿Qué hubiera hecho?

-No tenía previsto que me abrieras la cabeza- dijo divertido.

-Eso, encima ríete. –Cuando pasaron una hilera de árboles vio la enorme casa –Malditos entrometidos- murmuró entre dientes acelerando el paso. –Se van a enterar

Cuando llegó a la casa bastante antes que él, Steven la miraba sonriendo negando con la cabeza y ella le miró maliciosa. Entró en el hall y se dirigió a lo que parecía el comedor. Entró en el comedor donde varias personas se giraron para mirarla. Miró a Stuart en la cabecera de la mesa que se levantó muy despacio – Esther, ¿estás bien? –preguntó preocupado mirando su vestido y sus manos manchados de sangre.

Ella no respondió mirando a los que estaban sentados a la mesa. Había tres personas que no conocía aparte de la abuela y de repente levantó las manos- ¡Dios mío!- exclamó la abuela llevándose la mano al pecho- Le ha matado.

-No abuela, pero casi- dijo Steven divertido mirando a su esposa- Nena, eres un bicho.

-¡Se lo merecen por meter las narices donde no les importa!- gritó ella mirando a Stuart- Tú, menudo amigo estás hecho.

Stuart se sonrojó ligeramente pero luego levantó una ceja mirando a Steven.- ¿Necesitas un médico?

-Sino te importa… -se sentó a la mesa agotado.

-¿Qué te ha hecho?- preguntó una mujer levantándose. Debía tener unos cincuenta años y se parecía mucho a Steven.

-¿Usted es su madre?- preguntó ella mirándola con los ojos entrecerrados. La mujer se asustó al ver que daba un paso hacia ella- Pues permítale decirle que lo ha educado muy, muy mal. Pero no se preocupe que yo se lo enderezo.

La abuela se echó a reír y Steven puso los ojos en blanco. El duque la miraba sonriendo mientras que la otra mujer parecía escandalizada.- Hijo, creo que has elegido bien- dijo el duque.

-Lo sé, padre. Lo sé- la traspasó con la mirada y ella se sonrojó.

-El médico llegará enseguida- dijo el Marqués acercándose a su amigo y apartando la toalla-

Vaya, te ha dado con ganas.

-Se lo ha ganado a pulso.- dijo levantando la barbilla.

-Lo sabemos, querida. –la abuela se acercó a ella y la abrazó- Tienes mejor aspecto que ayer.

-Me encuentro mucho mejor. No hay nada como abrirle al cabeza a tu esposo para sentirse mejor- Varios se echaron a reír incluido el duque.

Issi apareció en la puerta del salón e hizo una mueca al ver el estado del conde. –Tú, traidora- dijo ella mirándola con los ojos entrecerrados.

Su doncella chasqueó la lengua y luego sonrió mirando al conde- Ha sido mas rápido de lo que esperaba.

-Se precipitaron un poco las cosas- contestó su marido.

-Ya veo. Nada como un porrazo para que todo vuelva a la normalidad- sonrió a su señora e hizo una reverencia saliendo del comedor dejando a Esther con la boca abierta.

-Nena, lávate las manos y come algo- Ella miró la mesa y entrecerró los ojos al ver la misma comida que habían comido ellos.

- ¿Hay tarta de manzana?- le preguntó al lacayo que asintió rápidamente – Pues un trozo muy grande.

Después de lavarse, se como casi media tarta bajo la atenta mirada de sus suegros. La madre era una estirada pero el duque era mucho más agradable. Tenía una sonrisa parecida a la de Steven.

La madre de Stuart no salía de su asombro. –Nena, ¿quieres más?- preguntó su marido al ver que se lo había comido todo.

Negó con la cabeza-¿Dónde está ese maldito médico?- preguntó nerviosa. Había pasado mucho tiempo con la herida abierta. ¿Y si se le infectaba?

Su suegra la miró horrorizada por su lenguaje- ¿Qué? Es lo que tendría que estar diciendo usted, Excelencia. Al fin y al cabo es su hijo.

La abuela se partía de la risa y Steven sonrió- Nena, relájate. ¿Por qué no subes a la habitación y descansas? Tanta agitación no es buena para el niño.

-Si el niño no nos sale tonto por todo lo que ha pasado desde que estoy preñada, ya no le pasará

nada por esto- murmuró ella haciendo que Stuart se riera a carcajadas.

Lo fulminó con la mirada y perdió la risa rápidamente- Se te ha agriado el carácter- protestó él.

-Será de tantas alegrías- respondió irónica.

-¿Cómo dejas que te hable así?- preguntó la madre de Stuart.

-Calla madre. No lo hace a mala fe. Se le pasará por la mañana.- dijo con una sonrisa

-Si mi esposa tiene algo, es que no es rencorosa- añadió Steven sonriendo.

-Eso crees tú- se cruzó de brazos impaciente y cuando oyó el carruaje se levantó de su silla. –Ya está aquí- dijo viendo salir del coche a un hombre con maletín.

-Nena…

Steven se levantó de la silla pero se mareó y su amigo lo cogió del brazo. –Tranquilo, Steven. Te ha dado un buen porrazo.- dijo sonriendo.

-Me pilló a traición

-¡Mentiroso, lo hice de frente!- dijo levantando la barbilla.- Voy a corregir eso de las mentiras, como si tengo que partirte la cabeza otra vez.-La duquesa jadeó y ella la fulminó con la mirada

- Son mentirijillas.- dijo su marido divertido.

-¡Mentirijillas!- dio un paso adelante y Steven se echó a reír

- Me rindo, cielo. ¿Lo dejamos para luego?

El médico entró en el comedor y revisó la herida del conde. Preocupada se acercó a é colocándose a su lado –¿Se pondrá bien?

-Sí condesa, sólo es un corte- respondió el médico sonriendo.- Unos puntos y listo.

-¿Seguro?- el tajo que tenía en la cabeza en ese momento casi no sangraba y le parecía enorme.- ¿no se le infectará?

-La desinfectaré. Le dolerá, Conde.

-Me lo imaginaba.- dijo haciendo una mueca- Nena, sube a tu habitación.

-No, me quedo.

-Mejor suba, condesa- dijo el médico observando su vientre – Descanse.

Negó con la cabeza pero Issi la cogió del brazo y tiró de ella. –Vamos. No sea pesada y deje

trabajar al médico.

-¿Desde cuando eres tan descarada?- preguntó mirando sobre su hombro.

-Desde que nací.

Esa respuesta la hizo reír. La subió al piso de arriba y le quitó el vestido. -Cuando se despierte de la siesta, tendrá aquí sus vestidos de embarazada.

Se metió en la cama en ropa interior y suspiró- ¿Se pondrá bien?

-Estará como nuevo en cuanto le de un besito. Menuda pelea debieron tener…

Esther sonrió con picardía- Sí.

-¿Se lo dijeron todo?

Se encogió de hombros- Creo que sí.

Issi asintió –Eso está bien. Ahora duerma.

-Mandona.

-Milady - su amiga le guiñó un ojo desde la puerta.

Cuando se despertó vio a Steven durmiendo a su lado. Seguro que el médico le había dado algo que lo había dejado cao.

Se le quedó mirando e intentó ver su herida pero estaba al otro lado. Así que se inclinó sobre él para ver los puntos. –Nena, me vas a aplastar con esa barriga- dijo él divertido.

Bajó la vista y le miró con el ceño fruncido.-Te fastidias. Está ahí por tu culpa.

Las manos de Steven fueron hacia su trasero y Esther abrió los ojos como platos por lo que sintió. La sentó sobre él a horcajadas y la excitación la recorrió cuando sintió su sexo debajo de ella. –No creo...- susurró antes de gemir al sentir que le acariciaba los pechos.

-Cielo. Me muero por estar dentro de ti.-Se sentó abrazándola con cuidado. Ella se apoyo en sus hombros y volvió a gemir cuando sintió sus manos por debajo de su camisola acariciando su cintura.

-No deberi...- la besó antes de poder terminar la frase y perdió totalmente el sentido de la

realidad. Se aferró a su cuello y ni se dio cuenta que la tumbó sobre la cama. Sus pantalones interiores desaparecieron antes de darse cuenta y gritó contra su boca al sentirlo dentro de ella. Steven se apoyaba sobre sus brazos para no apretar su vientre mientras no dejaba de besarla. Se aferró a sus antebrazos clavando sus uñas sintiendo como se tensaba buscando liberación y Steven al sentirlo aceleró ligeramente el ritmo volviéndola loca. Separaron sus bocas y se miraron a los ojos justo antes de que su marido la hiciera alcanzar el cielo gritando su nombre. Lentamente se separó de ella, echándose de espaldas a su lado con la respiración agitada. Después de unos minutos el susurró –Ha sido...

-¿Steven?

Él giró la cabeza para mirarla – ¿Estás bien?

-Quiero más- dijo antes de tirarse encima de él para besarle.

Capítulo 11

Esa noche no los molestaron y por supuesto no bajaron a cenar. Se durmió entre sus brazos después de exigir satisfacción. Y él divertido se la dio.

A la mañana siguiente se despertó por el sonido de su estómago, gimió agotada y empujó con el trasero a Steven –Sí, ya voy- dijo divertido saliendo de la cama.

-Si hay tarta de manzana…- murmuró con los ojos cerrados.

-Lo sé. Te traigo un trozo.

-Dos.

-Dos.

Su marido la despertó moviendo su hombro pues se había dormido otra vez- Desayuna.

Se volvió a sentar a su lado mientras ella se desperezaba. Le acarició la barriga y el bebé le dio una patada. –Guau –dijo sorprendido.

-Tiene hambre- dijo sonriendo sentándose en la cama y alargando la mano a la bandeja que estaba sobre la mesilla.

Cogió un bollo de canela y lo saboreó con gusto. Steven se levantó y se la colocó a un lado mientras la observaba comer. Estaba desnuda de cintura para arriba y su pelo suelto caía por sus hombros apenas tapándola.- Estás tan hermosa que no te dejaría salir de la cama en una semana- murmuró ronco.

-Primero déjame comer- dijo ella con la boca llena mirándolo con sus maravillosos ojos muy brillantes.- Después hacemos lo que quieras

Steven se echó a reír y se levantó para besarla en la frente. Se quitó la camisa arrugada que se había puesto y cogió una limpia- ¿Dónde vas?- preguntó enfurruñada al ver que se vestía.

-Cielo, tenemos que volver a Londres.

-¿Por qué?- se metió un trozo de jamón en la boca y masticó con fruición observándole

-Porque estamos en casa de Stuart y en nuestra casa estaremos más cómodos.

Esther gruñó. No quería irse. Saldrían de allí y volverían a discutir por cualquier tontería. –No quiero irme.

Steven se detuvo y la miró. Suspiró al verle la cara y se acercó- Nena, todo estará bien.

-No es cierto. Quiero quedarme aquí. Aquí estamos bien.- se metió un trozo de tarta de manzana en la boca. Ni se había dado cuenta de todo lo que había dicho con esa frase.

-Estaremos bien en Londres

-No, allí vendrá algún problema. Siempre hay algún problema- dijo enfurruñada metiéndose un trozo de jamón que había envuelto en un trozo de tarta. Steven abrió los ojos como platos mirándola.

-¿Está bueno?

Ella sonrió asintiendo. Se volvió a sentar en la cama observándola –Tengo que volver

-¿Y si yo no hubiera cedido?- preguntó con los ojos entrecerrados- Y por cierto ¿dónde dormiste la noche que me dejaste sola en la posada? ¿Y la noche después? De eso no has dicho palabra.

Se sonrojó y la miró. –Dormí en el establo y en casa de Stuart de la ciudad. En su casa de soltero y no en la de su madre.

Entrecerró los ojos-¿Y estos últimos seis meses?

La miró divertido pero al ver que a ella no le hacía gracia dijo rápidamente perdiendo la sonrisa- En nuestra cama. Todos y cada uno de los seis meses.

Esther entrecerró los ojos- Sólo.- añadió al no darse por satisfecha.

Se metió otro trozo de tarta en la boca sin dejar de observarle- Creo que una noche me emborraché pero me desperté en casa de Stuart- dijo incómodo mientras ella masticaba.- No ha habido otras mujeres, cielo. Tienes que creerlo.

-Bien- dijo ella indiferente y Steven suspiró de alivio.

-Entonces…

-Sí, me vestiré en cuanto termine.

Steven le dio un beso en la frente

Una hora después salían de la casa de Stuart. La abuela les acompañaba, al igual que Issi. Hablaban de ir a la modista para renovar su vestuario cuando ella negó con la cabeza.- No pienso gastar una fortuna cuando en dos meses habré tenido al bebé- dijo acariciando su vientre.

-Cielo, necesitarás vestidos- dijo la abuela mirando a Steven- díselo.

-¿Por qué? Si es lo más sensato que ha dicho nunca- dijo divertido ganándose una mirada fulminante de las tres mujeres – Quiero decir…

-Cariño…cierra la boca.- dijo simulando una sonrisa.

-Sí, eso haré –respondió sonriendo.

Cuando llegaron a casa la presentó al servicio. El novio de Issi era muy atractivo y la doncella se sonrojó cuando la miró y le guiñó un ojo. –Milton que nos sirvan el almuerzo, estoy hambrienta.

-Por supuesto, milady- hizo una inclinación e hizo una seña a un lacayo que rápidamente salió en dirección a las cocinas. Suspiró mirando a su alrededor. La casa había quedado preciosa.

-¿Te gusta?

-¿Han seguido todas mis especificaciones?- preguntó sorprendida al ver los maravillosos adornos del techo.

-Sí, todo lo que pediste- la cogió del brazo y se la llevó al salón. Se sentó en un sofá y abrió los ojos como platos al ver los cuadros ¡Eran sus bordados! Los habían enmarcado y estaban colocados en una de las paredes.

-¡Steven! ¡No pegan!- exclamó sonrojada.

-Me da igual. A mí me gustan.

-¿De dónde sacaste el dinero? El presupuesto se había disparado- dijo preocupada.

-Nena, la Reina me dio el dinero de la venta de la casa de tu padrastro como dote- dijo con el ceño fruncido- Y tus joyas ¿Las has visto?

Asintió distraída mirando a su alrededor. Todo estaba puesto con mucho gusto. Ella no lo habría hecho mejor-Está preciosa.

-Pues no has visto tu sala de estar- dijo él sonriendo. La cogió de la mano y la levantó del sofá para llevarla a una puerta del salón. La abrió y la hizo pasar. Era una habitación muy luminosa y se sorprendió al ver que el techo era de cristal. – ¡Dios mío!- exclamó al ver un caballete con pinturas, una mesa con varias sillas de estilo francés y un sofá. Pero lo que le llamó la atención de todo aquello fue un enorme costurero que le llegaba al hombro. – ¡Steven!- gritó al ver el costurero.

-¿Te gusta?- preguntó mirándola con una sonrisa.

Abrió los cajones para comprobar lo que había dentro y estaba lleno de hilos hasta los topes. Hilos de todos los colores.-Es maravilloso.

-Espero que me hagas un retrato- dijo él sonriendo.

Se sonrojó –No sé…

Su marido se acercó y le acarició la cintura – ¿No quieres pintarme?

Ella se mordió el labio inferior –Es que nunca repito mis trabajos…

La miró a los ojos – ¿Y cuando me has pintado? Aparte de esa vez con cuernos y rabo.

Se sonrojó intensamente e intentó soltarse- ¿Nena?

-En Escocia unos días después de casarnos- dijo entre dientes. –Estaba aburrida por el esguince de tobillo.- añadió al ver que él se reía.

-¿Y dónde está? ¿Puedo verlo?

-¡No! Porque está en Escocia.-dijo desviando la mirada.

Él entrecerró los ojos- ¿Me estás mintiendo?

-No- dijo apartando el rostro y sonrojándose intensamente.

-Dios mío ¡estás mintiendo!- se echó a reír a carcajadas.

-No tiene gracia- dijo indignada.

Él le lanzó una mirada pícara y salió de la habitación- Steven ¿dónde vas?- preguntó siguiéndolo hasta el salón. Su marido sin hacerle caso empezó a subir las escaleras-¡Ni se te ocurra! –le gritó

subiendo las escaleras tras él y al verlo entrar en su habitación. Cuando llegó a ella vio que Issi miraba asombrada como el Conde registraba la habitación- Te aprovechas de que no puedo correr- dijo casi sin voz apoyándose en el marco de la puerta.

-¿Dónde está cielo?- abrió el armario y lo revisó.

Esther miró a Issi que preguntó – ¿Qué busca, milord?

-¡Nada!- exclamó ella entrando en la habitación.

-Busco un cuadro.

Issi asintió –Están encima del armario.

-¡Issi!

-¡Me está revolviendo la habitación, milady!- protestó la doncella.

Esther bufó viendo como su marido buscaba encima del armario. Sacó un rollo lleno de pinturas y Esther gimió al ver como las desenrollaba sobre la cama. –Issi déjanos solos- susurró el Conde mirando las pinturas.

La doncella se fue con una sonrisa de oreja a oreja y ella la miró con los ojos entrecerrados- Ya hablaremos- dijo amenazante.

Para su asombro la doncella le lanzó un beso. –Será descarada- murmuró cuando salió de la habitación.

Se giró hacia su marido y puso los brazos en jarras- No tienes ningún derecho.

Él la miró sonriendo- Nena, estuviste muy ocupada con ese esguince.-Se sonrojó intensamente- Y no recuerdo haberte dejado sola tanto tiempo.

-Pinto muy rápido- dijo mirando las pinturas sobre la cama. Todas eran de Steven en diversas posturas. Una en lo alto del acantilado. Otra sentado en la butaca tomando una copa de brandy. Otra montado a caballo. Incluso había una del día de la boda, con el traje que se había puesto levantando una copa de champán.

Él las observó con una sonrisa de satisfacción y ella entrecerró los ojos- Ya las has visto, ahora dámelas.

Se giró –Oh pero son mías

-De eso nada.

-Claro que sí, no me has pedido permiso para pintarlas.

-No necesito tu permiso. –Se acercó a la cama y empezó a recogerlas de malos modos.

-Cielo, no te enfades- dijo disimulando la risa.- No es malo que estés loca por mí

Le fulminó por la mirada- ¿Quieres que te vuelva a machacar la cabeza?

Steven se echó a reír y la cogió por las caderas para volverla hacia el- Tienes que relajarte.Le acarició la espalda – ¿Quieres relajarte?

Esther tiró las pinturas sobre la butaca y le acarició el cuello- ¿Qué tienes pensado?

-¿Te apetece una siesta?

-No hemos comido- dijo soltando una risita.

En ese momento llamaron a la puerta – ¿Les subo una bandeja?- preguntó Issi a gritos

Esther puso los ojos en blanco y Steven se echó a reír. –No gracias, bajamos ahora.- dijo Steven a duras penas.

La cogió del brazo llevándola fuera de la habitación y le dijo al oído- Después del almuerzo, cielo.

Se estremeció al sentir su aliento sobre su oído y él lo notó.

Días después estaba en su sala pintando mientras la abuela bordaba cuando llegó Milton- ¿Sí?

-Milady –dijo nervioso.- Mensaje de Palacio

Se le erizó el bello de la nuca y miró a la abuela. – ¿Qué habrá hecho ahora?- preguntó exasperada.

-No puede ser, querida.- contestó la abuela levantándose del sofá para seguirla a través del salón.

Un mensajero real la esperaba –Condesa Hackford.

-Sí, soy yo- dijo extendiendo la mano. El mensajero le dio el mensaje y lo leyó atentamente.

Gimió arrugando el papel y la abuela se asustó. – ¿Qué ocurre?

-Quiere verme otra vez. –dijo girándose a Issi que la miraba retorciendo sus manos. –Mi

sombrero.

Su doncella salió corriendo- ¿Donde está el Conde?

-En el club, Condesa –dijo Milton.

-Que alguien vaya avisarle.-miró a la abuela –Quédate aquí

-De eso nada ¡Voy contigo! –Cada una cogió su sombrero y fueron hasta la puerta.

Cuando subieron al carruaje se acarició la barriga.- No será nada. No has hecho nada y Steven tampoco.

-¿Estás segura?- preguntó con ironía.

La abuela hizo una mueca haciéndola reír- ¿No estás nerviosa?

Perdió la sonrisa- Estoy muerta de miedo, abuela. Muerta de miedo.

En cuanto llegaron a Palacio las llevaron hasta las habitaciones de la reina. Eso la extraño pues no solía dar malas noticias en sus habitaciones. Las llevaron al salón privado donde las damas las miraron y murmuraron entre ellas. La duquesa se enderezó fulminándolas con la mirada. En ese momento se abrieron las puertas laterales y apareció la Reina con dos damas. Todas hicieron una reverencia y su majestad la miró- Lady Esther ya ha llegado- dijo satisfecha –me alegro mucho de verla.

-Majestad- respondió mirándola.-Gracias, Majestad. Yo también me alegro de verla.

La reina hizo una mueca sentándose en su butaca- Lo dudo pequeña, lo dudo mucho.

Enderezó la espalda pero no respondió- Veo que serás madre en breve.

Se estremeció de miedo acariciando su vientre- Sí, Majestad.

-Siéntate, estarás más cómoda. Tu tía abuela también por supuesto.

Se sentaron en el sofá frente a ella – Recibí la carta de la madre superiora y estoy muy contenta- eso no explicaba porque la había llamado – Sabía que tenías disciplina pues te la habían inculcado en el internado y me sorprendió mucho tu traición la primera vez. Pero la segunda me dejó atónita después de lo que habías pasado.

Miró a su abuela que estaba preocupada- Por eso cuando recibí la carta de la madre superiora reflexioné.

-¿Sobre qué Majestad?

-Sobre que me mentiste ¿no es cierto?

-No mentí- dijo enderezándose.

La reina sonrió- Mentiste por omisión, querida.-La abuela la cogió de la mano- Tendría que haber pasado algo para que contradijeras mis órdenes- dijo mirando a ambas que estaban pálidas- Después recordé que alguien me había dicho que el conde estaba en la ciudad un mes antes de Navidad y había comprado un anillo de compromiso.

-Majestad no la entiendo- dijo mirándola a los ojos.

-Fue él ¿verdad? Él te dijo algo que te convenció a llevarme la contraria. Como ocurrió con Fishburne.- parecía muy satisfecha con sus conclusiones.

-He cumplido mi penitencia- respondió levantando la barbilla. Las damas murmuraron. –Tus dos penitencias – la reina la miró con pena- ¿Cómo es posible que no aprendieras nada de la primera vez?

-No sé que quiere decir Majestad. ¿Por qué no me dice que tengo que hacer ahora para vivir tranquila de una maldita vez?- preguntó entre dientes.

-¡Esther!- exclamó la abuela cogiéndola del brazo.

-Estoy harta, abuela. Quiero terminar con esto de una vez. Estoy harta de tener miedo.

La reina la miró sonriendo- No tienes que hacer nada. Te iba a comunicar una decisión que he tomado.

Se mantuvo callada cuando se abrieron las puertas – El conde Hackford…

Su marido entró como un huracán y al verla sentada en el sofá se acercó inmediatamente- Veo que su marido se ha unido a nosotras. Bien.

Steven hizo una reverencia- Majestad, ella no ha hecho nada.

-Lo sé, Conde. Siéntese. –dijo con una sonrisa.

Se sentó al lado de su esposa- Como le decía a Lady Esther he decidido entregarle una propiedad

como regalo.

Los tres la miraron asombrados y la reina se echó a reír- Eso sí que no se lo esperaban ¿verdad?

-No, Majestad.- respondieron al unísono.

-La propiedad se llama BrantHill. Está en Escocia, según tengo entendido- La abuela y Steven jadearon.

-Pero pertenece al Barón Levine.-dijo su abuela.

La reina chasqueó la lengua- Ha muerto y no hay descendencia. Ni tiene familiares que la reclamen. Era un huraño de mal carácter. Pero según me han dicho es una buena propiedad. Creo que tiene una casa preciosa junto al mar.

La abuela y Steven asintieron – Maravillosa, Majestad.

La reina extendió un brazo y una dama le entregó un documento- Aquí tenéis mi cesión a nombre de Lady Esther.

-Gracias, Majestad- dijo ella levantándose.

-No hay de que, pequeña. Es mi manera de disculparme por haber pensado mal de ti cuando tenía que haber analizado la situación primero. Y de esta manera la buena sociedad sabrá que tu nombre está limpio.

-Gracias, Majestad- Steven hizo una reverencia.

-Comuníquenme si es niño o niña. Tengo curiosidad- dijo divertida.

-Por supuesto, Majestad- Hicieron una reverencia y cuando iban a salir por la puerta la reina dijo- Conde...

Su marido se giró –Cuídela, una mujer que no le delata ante la misma Reina y cumple su condena sin rechistar es una autentica joya.

-Lo sé, Majestad. Lo sé muy bien.

Salieron de palacio rápidamente y se subieron en el carruaje. Steven miró a la abuela y de repente se echaron a reír a carcajadas cuando ella todavía tenía el miedo en el cuerpo- ¿De qué os reís?

Steven la miró tiernamente- ¿Tienes idea de lo que te ha regalado, cielo?

Negó con la cabeza- ¿Un propiedad ruinosa junto al mar?

-Te ha regalado la extensión de tierras más fértiles y fructíferas de todo Escocia. Con una extensión de terreno que no alcanza la vista y que tiene además más de mil cabezas de ganado ovino repartidas por ellas.

Entrecerró los ojos oyéndolo- ¿Hablas en serio?

-¡Querida, esas tierras lindan con las nuestras! Las conocemos muy bien.

-¡Te acaba de hacer una de las mujeres más ricas de Escocia!- exclamó él.

-Menuda lata. –dijo ella dejándolos atónitos- Te encargarás de las ovejas ¿verdad?- preguntó a su marido que asintió.

-Claro cielo, me ocuparé de todo. –la miró extrañado- ¿No estás contenta?

-Estoy contenta de que esto haya terminado pero por la finca no. Ya tengo más dinero del que podré gastar en una vida. ¿Para que quiero yo eso?

Steven sonrió –Cielo, eres increíble. Cualquier otra estaría dando saltos de alegría.

-Yo daré saltos de alegría cuando pueda llegar a casa y comer algo. –dijo tocándose el lateral de la barriga .-El niño está muy inquieto.

-No me extraña.- comentó la abuela.-Con tanto ajetreo.

Después de comer fue a dormir una siesta. El niño le estaba dando unas patadas terribles y estaba muy incómoda. Issi la ayudó a desvestirse y la vio sobresaltarse- ¿Milady?

-Uff – se acarició la barriga- se está pasando.

-¿Le está ocurriendo a menudo?- preguntó la muchacha preocupada.

-Desde que fui a ver a la Reina- se tuvo que sentar pues todavía no se le había pasado el dolor.

-¿No estará de parto?

-Claro que no- dijo mirándola confundida.- ¿Oh sí?

-No lo sé ¿Sino lo sabe usted?

-Estoy bien. Además me faltan unas semanas.

-¿Un par?

-¿Y yo que sé? ¡No me fastidies Issi y déjame dormir! –se tumbó en la cama y su doncella salió

de la habitación.

No pudo dormir. No estaba cómoda en ninguna postura pues el dolor la hacía jadear. Se levantó de la cama y se quedó con la boca abierta cuando algo gelatinoso le recorrió las piernas hasta caer al suelo. Se asustó y tiró del cordón rápidamente. – ¿Milady?- preguntó Issi entrando en la habitación.

-¡Llama al médico!-gritó ella mirando aquello que había en el suelo.

-Ya lo he llamado. Está al llegar- dijo cogiéndola del brazo y llevándola a la cama.

-¡Se ha salido algo del niño!- gritó histérica.

Issi miró lo que le señalaba y negó con la cabeza- No milady, eso es normal.

En ese momento mojó las sábanas- Dios mío ¿me hecho pis?

-No milady, ha roto aguas. Está de parto.

-¿Qué ocurre aquí?- preguntó Steven que llegaba corriendo.

-Milady está de parto.

Al oír esa frase su marido palideció.- ¿Nena?- se acercó a la cama y ella lo miró asustada.

-¿No llega algo pronto?

-Tranquila, cielo- le apartó el pelo de la cara- Todo va a ir bien.

-Ya he llamado al médico. –dijo Issi recogiendo lo que había en el suelo- Se ha asustado al ver esto.

Su marido palideció todavía más-¿Qué demonios es eso?

Issi puso los ojos en blanco- No sé como se llama, milord. Pero lo echan muchas parturientas.

El alivio en su cara fue evidente y Esther no pudo evitar reír hasta que un dolor la traspasó dejándola sin aliento. –Dios, como duele- dijo cuando recuperó la respiración.

-Tú eres fuerte- dijo él al borde del colapso.

-Cariño ¿por qué no bajas al salón? Allí estarás más cómodo.

-Sí Milord, este no es lugar para hombres.

La abuela entró en la habitación- ¿Por qué habéis llamado al médico?- al ver la cara de Esther sonrió- ¿Ya está aquí?

-Casi abuela.

El doctor dijo desde la puerta – ¿Puedo pasar?

- Oh sí, doctor disculpe- la abuela se apartó y el hombre se acercó a su paciente. –Veo que ha roto aguas.

-Sí, doctor. – la revisó y miró al Conde.

-Debería esperar fuera, milord.

-No me voy a mover de aquí.

-Pues siéntese al menos –dijo el médico divertido mientras Issi le ataba un delantal blanco sobre su chaleco para evitar mancharse lo menos posible.- Parece que se va a desmayar en cualquier momento.

-¡Mi marido sólo se desmaya si le golpeo en la cabeza!- exclamó Esther sin saber lo que decía pues venía otro dolor. Gritó arqueando la espalda y Steven se sentó a su lado cogiéndole la mano.

-Lo haces muy bien- dijo él muy preocupado.

-Gracias.

La abuela estaba sentada muy nerviosa a un lado de la habitación. El médico le miró entre las piernas y Esther se sonrojó de vergüenza-¿Eso es necesario?

El medico levantó la cabeza y alzó una ceja- ¿Usted que cree?

-Uff , da igual pero sáquelo de una vez.

-Todavía queda un rato.

-¿Cuanto rato?- gritó ella sintiendo que llegaba otro dolor.

El médico se encogió de hombros en respuesta-¡Cada mujer es distinta!- gritó por encima del grito de Esther que cuando terminó estaba agotada.

-Mi Dios –susurró Steven limpiándole el sudor. Su pelo en pocos minutos había quedado empapado.

-Pero parece que va rápido- el médico volvió a mirar- En un par de horas como mucho..

-¿Un par de horas?- gritó ella muerta de miedo. Miró a su marido- ¡Steven, no puedo estar así

dos horas!

-Tranquila cielo, no será tanto. Ya verás.

Y no fue así pues cuarenta minutos después el médico sonrió- Ha llegado la hora. Dilata rápidamente.

-Gracias a Dios –dijo la abuela levantándose y acercándose a ella.-Vamos querida, ya queda lo más fácil.

-¿Fácil? ¡Tengo que sacar una calabaza por el espacio de un pepino! –gritó histérica

Steven se sonrojó antes de echarse a reír- ¿Te hace gracia?

-No, cielo. – dijo disimulando la risa.-Claro que no.

El médico también se aguantaba la risa y carraspeó cuando Esther lo fulminó con la mirada- Milady, cuando sienta el dolor. Empuje.

No tuvo que repetírselo dos veces pues llegaba un dolor tremendo que le dio unas ganas terribles de empujar. Gritó apretando la mano de Steven mientras le daba ánimos. Agotada se dejó caer sobre las almohadas- Muy bien. ¿Otra vez?

-¿Todavía no ha salido?

-¡Empuje milady!-ordenó el médico.

Empujó con todas sus fuerzas mirando a Steven que le acariciaba el cabello. – ¡Ya está fuera la cabeza!- exclamó la abuela sonriendo.

-¿Sólo la cabeza?- preguntó agotada al borde del llanto. –Dios mío, no puedo más.

-Cielo, lo estás haciendo muy bien- susurró su marido antes de besarla en la mejilla-queda poco.

-¡Condesa empuje!

Tomó aire y empujó pero no tenía fuerzas. – ¡No puedo!

-Está débil- dijo la abuela preocupada.

-Condesa tiene que empujar.-ordenó el médico.

-Vamos, cielo. No te rindes, ¿te acuerdas?- Esther lo miró a los ojos. Empujó fuertemente sin saber de donde sacaba las fuerzas y después de unos segundos se desmayó.

Sintió algo frío en la cara y los gritos de Steven llamándola. Abrió los ojos para volver a

cerrarlos. Le pesaban. –El niño- susurró ella intentando abrir los ojos.

-Es una niña, cielo- dijo su marido limpiando su cara- Está bien. ¿No la oyes?

Negó con la cabeza y Steven gritó al médico – ¡Atienda a mi mujer!

El médico le abrió un ojo- Está agotada, Conde. No le pasa nada fuera de lo normal.

-No estaba bien, Steven. Ha pasado un embarazo poco ortodoxo. –dijo la abuela con la niña en brazos- Gracias a dios que ha podido terminar de dar a luz.

-La niña- susurró ella- quiero verla.

-Es morena, cielo- dijo su marido mientras la abuela la acercaba.

Esther miró a la niña. Era preciosa pero antes de poder cogerla en brazos se quedó dormida.

La despertaron pues la niña no dejaba de llorar y la sentaron en la cama. –Venga preciosa, tienes que darle de comer- dijo Steven sonriendo con la niña en brazos.

Esther agotada sonrió y extendió los brazos. Cuando cogió a la niña se emocionó tanto que no pudo retener las lágrimas- Nena, ¿qué ocurre?- preguntó su marido preocupado.

-Nada- susurró ella mirando sus manitas.

-Milady, tiene que comer- dijo Issi firme abriendo su camisón para dejar sus pechos al aire.

Asintió acercando su pezón a la boquita de la niña que la buscaba inquieta. Cuando se lo agarró, Esther sonrió acariciando su mejilla- Es bonita ¿verdad?

-Preciosa, como su madre- dijo Steven mirándolas maravillado.

-¿Tendré bastante leche?- le preguntó a Issi.

-Seguro que sí.

-No te preocupes por eso sino contrataremos un ama de cría- dijo Steven –A mí no me dio el pecho mi madre y estoy muy bien.

Sonrió mirando como comía la niña. – ¿Cómo la llamaremos?

-¿Issi como te llamas?- la doncella se sonrojó con la pregunta del Conde.

-Isadora, milord.

Steven miró a Esther-¿Te gusta?

-Isadora –dijo sorprendida- Es precioso Issi ¿por qué no lo usas?

Se encogió de hombros- Mi madre me llamaba Issi.

-Isadora- susurró mirando a su marido- Me gusta.

-Pues se llamará Isadora por la mujer que consiguió que nos conociéramos. –El conde miró a la doncella- sino hubiera enviado esa carta...

La doncella estaba terriblemente emocionada –Cambie de teta, milady.

Los condes se echaron a reír mirándola y la niña protestó.- Perdona, cariño. –dijo acariciando su pelito negro.

Cambió el pecho e Isadora no tenía problemas para comer. Eso la aliviaba mucho pues no sabía si sería capaz pues sus pechos no eran muy grandes.

Capítulo 12

-Tengo unos pechos enormes –se quejó un mes después viendo como su escote se quedaba pequeño para retener sus pechos.

Issi se echó a reír- Nunca creí que iba a oír esa frase.

-¿Dónde esta Nat? Tengo que darle el pecho a la niña antes de que me exploten.

La doncella no pudo dejar de reír mientras salía de la habitación para buscar a la niñera. Steven llegó con la niña en brazos-¿Otra vez se la has quitado?- preguntó divertida.

-No estoy seguro que a Isadora le guste- comentó preocupado- Protesta demasiado cuando está cerca.

Puso los ojos en blanco para coger a la niña- Querido, cierra la puerta- se abrió el escote y le dio el primer pecho

-¿Cuando crees qué?

Esther sabía perfectamente lo que quería decir y le hizo mucha gracia como miraba sus pechos- ¿Te gustan?

-Nunca has estado más guapa- dijo él cayéndosele la baba.

Se echó a reír- ¿Qué te parece si lo intentamos en la siesta?

Steven levantó la mirada para mirarla a los ojos. Si por el fuera le haría el amor allí mismo- Luego cariño.

-Nena... tengo que ir...- dijo carraspeando mientras se daba la vuelta –a tomar el aire.

Esther se echó a reír- Cariño quedan sólo unas horas

-¡Y van a ser eternas!-gritó desde el pasillo.

Estaban almorzando cuando la abuela dijo-Creo que va siendo hora de que vuelva a casa.

-¡No!- protestó ella dejando caer el tenedor.

-Lo sabía- dijo Steven mirando a la abuela como si quisiera matarla.

-Abuela sólo un mes más y nos iremos contigo- rogó ella.

-Cariño, llevo fuera de casa desde enero y te recuerdo que estamos a agosto. ¿No crees que ha sido una visita lo suficientemente larga?- preguntó divertida.

-Pues no.

La abuela se echó a reír al ver que lo decía en serio.

-Abuela, Esther tiene razón. En un mes iremos nosotros para quedarnos hasta marzo.

-Está bien- dijo la abuela sonriendo encantada y Esther entrecerró los ojos mirando a Steven que se encogió de hombros.

Estaban en la cama después de hacer le amor cuando Esther le preguntó-¿Crees que la abuela lo ha preguntado por compromiso?

-No me extrañaría, está loca con Isadora.-respondió él sonriendo.

-¿Por qué?

-Como ella ha dicho lleva mucho tiempo de visita e igual por eso se sentía incomoda.

-Que tontería. Se podría quedar para siempre y no importaría.

Él la miró –Quieres que se quede con nosotros ¿verdad?

-Claro que sí. Nunca he tenido una familia y la quiero conmigo.

Su marido sonrió besándola en la sien mientras acariciaba uno de sus pechos- Parece que te gustan mucho- dijo divertida.

-Estoy encantado.- dijo agachándose para besárselos con ternura.

Esther se echó a reír sintiéndose muy feliz.

Una semana después recibió un ramo de rosas rojas y frunció el ceño al Milton-¿Qué es esto?

-Han llegado para usted, milady.

Steven pasó en ese momento con Stuart hacia el despacho cuando su marido se detuvo en seco.

Se giró lentamente y miró las flores- ¿Qué es eso?

-Flores.

-Eso ya lo veo. –Stuart se reía tras ellos – ¿Quién las ha enviado?

Esther cogió la tarjeta y la leyó sonrojándose. Su marido se la arrebató de las manos para leerla rápidamente- Sueño con tu sonrisa. Te veré pronto, mi amor.

La fulminó con la mirada – ¿Qué?

-¿Como que qué?

Stuart estalló en carcajadas- ¿Quién te manda las flores?

-No lo sé- se encogió de hombros empezando a enfadarse con su manera de hablarle.

-¿Qué no lo sabes? ¡Pues él cree que sabes quien es, pues no firma!

-Sí claro, entre toma y toma he salido por Londres buscando una conquista.

-Es ese – dijo señalándola con el dedo- ese idiota de Martin Fishburne. Tenía que haberle pegado un tiro, tenía que haberle retorcido el cuello el día de nuestra boda.

Ella le miró sorprendida – ¿Estás celoso?

Steven frunció el ceño- ¡Claro que no! –Cogió las flores y se las llevó mientras Stuart se reía a gusto dejándola con la boca abierta.

Issi soltó una risita desde lo alto de la escalera y Esther la miró –Increíble.

Al día siguiente recibió un paquete y Steven se lo arrebató de las manos a Milton. Lo desenvolvió rápidamente para ver dentro de una caja de terciopelo un maravilloso colgante de oro. En la nota ponía “Sueño con tu mirada. Te veré pronto, mi amor”

Steven estaba fuera de sí y se llevó la caja dejándola con la boca abierta. –Steven ¿quieres hablar de esto?- preguntó viendo que su marido se metía en su despacho y cerraba la puerta de golpe.

Un estrépito de algo golpeando la pared le indicó que no, e hizo una mueca.

Esa noche no le hizo el amor y se empezó a preocupar porque ese admirador empezaba a perjudicar su matrimonio.

Al día siguiente llegó otro paquete, Steven miró el frasco de su perfume como si fuera veneno y leyó la nota- “Sueño con tus labios sobre mi cuerpo. Te veré pronto, mi amor”

El frasco de perfume terminó estrellado en la chimenea.

-Cielo, no tienes que darle importancia. Es una tontería.

-¿Que dirías si una mujer me enviara regalos y dijera que sueña con mis labios?- gritó a los cuatro vientos.

Ella le miró con los ojos entrecerrados- Pensaría que me estás engañando.

Steven se acercó a ella que estaba sentada en el sofá- Como me entere de que me engañas…

-No digas cosas de las que puedes arrepentirte, Steven- dijo la abuela muy seria.

Furioso salió del salón y esa noche tampoco le hizo el amor.

De la preocupación pasó al enfado. Se sentía abandonada. Le dolía que no confiara en ella.

Después de dar la toma a Isadora a media mañana decidió salir a pasear al parque. Tenía que pensar. Como estaba cerca le dijo a Issi que iba a salir y fue hasta Hyde Park. Estaba caminando por la acera paralela al parque cuando sintió que alguien la observaba. Se giró pero nadie le llamó la atención. Siguió paseando y dio la vuelta a la manzana cuando lo volvió a sentir. Se volvió y frunció el ceño al ver un hombre de espaldas que iba calle abajo. Furiosa camino hacia él y le estrelló la sombrilla en la cabeza- ¡Idiota! –le gritó.

Steven se volvió lentamente- Nena, no es lo que piensas.

Entrecerró los ojos muy disgustada y se giró de golpe haciendo volar sus faldas intentando no llorar. –Cielo...

-¡Déjame! ¡No me hables!- exclamó antes de echar a correr hacia la casa.

Cuando llegó, subió corriendo las escaleras y se encerró en la habitación, cerrando también la puerta que comunicaba con Steven.

Se echó a llorar sobre la cama. Le parecía increíble que la hubiera seguido, seguramente intentando descubrir a su amante. Intentaron abrir la puerta – Nena, abre. Tenemos que hablar.

No contestó limpiándose las lágrimas. Abrazó la almohada muy disgustada.

Después lo intentó con la puerta de comunicación de las habitaciones. – ¡Esther, abre la puerta!

En ese momento estaba furiosa con él. No quería ni verle, mucho menos hablar con él.

-¡Milton, trae la llave maestra!

-No la encuentro, milord- dijo el mayordomo al otro lado de la puerta.

-¡Búsquela hombre!-gritó Steven fuera de sí- Nena, como no abras la puerta la tiro abajo.

Esther se sentó en la cama de golpe mirando la puerta con los ojos entrecerrados- ¡Déjame sola, Steven!

-¡Te doy cinco segundos! Uno, dos...

Se levantó rápidamente. Ese loco podía tirar la puerta y ni se inmutaría- ¡Espera!- gritó ella alarmada- Ya abro.

Se acercó a la puerta y giró la llave. Abrió la puerta bloqueando la entrada. Su marido pareció aliviado cuando la miró.- Cielo, lo siento. ¿Has llorado?- preguntó intentando tocarla.

Ella dio un paso atrás – Me has seguido como si fuera a hacer algo malo- murmuró ella.

-Lo sé – parecía muy arrepentido.

-No te fías de mí- dijo a punto de llorar otra vez.

Steven no dijo nada y ella se enfureció- ¿No te fías de mí?- gritó mirándolo a la cara.- ¡Tendría que ser yo la que no me fiara de ti!

-¿De mí?- preguntó sorprendido- ¡No soy yo el que recibo regalos de una mujer! ¡Eres tú, Esther!

-¿Y que culpa tengo yo?

-Oh, vamos ¡Sabes quien es! –gritó él – ¡Tienes que saberlo!

-¡No lo sé! ¡Y no he hecho nada para que desconfíes de mí!

-¡Te recuerdo que te he visto flirtear con otros hombres ante mis narices!

Esther abrió los ojos como platos – ¿Cuando?

-¡Te besaste con un salteador de caminos ante mis ojos y disfrutaste mucho!

-¡Me beso él!- dijo ofendida.

Steven entrecerró los ojos – Pero disfrutaste.

-Eres idiota. Me tratabas fatal y te quejas de que otro hombre se fijara en mí.

-¡Y Stuart! Y ese retrasado de Fishburne. Desde que te conozco no hacen más que perseguirte hombres ¡y eso que casi no sales de casa! Si salieras tendría que seguirte armado.

Entonces Esther sonrió dejándolo atónito-¿De qué te ríes?

Su esposa se echó a reír al verle la cara y él se ofendió- ¡Esther, no tiene gracia!

-Claro que sí. Estás celoso de un salteador de caminos, de Stuart que es tu mejor amigo y de un hombre que se dio por vencido el día de nuestra boda.

-Pues hay uno por ahí que no se da por vencido y te juro que lo encontraré- se dio la vuelta y salió de la habitación dando un portazo. El llanto de Isadora la hizo poner los ojos en blanco. La había despertado.

Ese día un par de horas después llegó otro paquete y Steven estaba que se subía por las paredes. El regalo era una sombrilla y Esther abrió los ojos como platos cuando la vio. –Me ha seguido- susurró mirando el regalo. Aquello empezaba a ponerle los pelos de punta mientras Steven leía la nota.- ¿Qué pone?

-“Sueño con tu pálida piel junto a la mía. Te veré pronto, mi amor”- leyó su marido frunciendo el ceño.- Esto no me gusta. Nos ha seguido y ha visto nuestra discusión.

-Cielo ¿y si es un loco? Isadora…

-No os pasará nada- dijo mirándola a los ojos – En dos semanas nos iremos a Escocia y desaparecerá.

Esther miró la sombrilla. Era muy parecida a la que había roto-¿Dónde la compraría?

Steven entrecerró los ojos- Ya veo por donde vas. –Cogió la sombrilla de sus manos y le dio una beso rápido en los labios.- No salgas de casa sola e Isadora que no salga tampoco.

-Nat está preparándola para un paseo – dijo ella.

-No, os quedareis en casa hasta que esto se resuelva.-dijo yendo hacia la puerta.

Salió con la sombrilla en la mano y Esther miró al mayordomo- Avise a Nat.

-Enseguida, milady. –dijo antes de hacer una inclinación y subir las escaleras.

Fue hasta su sala de estar y cogió un lienzo. Le apetecía pintar y empezó un retrato de su hija. Estaba dando los primeros esbozos cuando Milton se acercó – Milady, ha llegado una nota del

Conde.

Ella cogió la nota que estaba sobre la bandeja de plata y la leyó rápidamente. Frunció el ceño- ¿Quién ha traído esto?

-Un lacayo, milady.

Volvió a leerla. –Muy bien. Traiga el carruaje.

-Ya está preparado, milady.

-Entonces vamos. Mi marido me espera.

Antes de salir se puso el sombrero y cogió su bolso- ¿Milady, se va?

-Sí –le dijo a Issi que bajaba las escaleras con la niña en brazos- ¿Ocurre algo?

-No encuentro a Nat – dijo su doncella mirando alrededor.

-¿Cómo que no encuentras a la niñera?

-Llevo buscándola media hora pues Isadora estaba llorando sola en su habitación.

-Milady, debemos irnos.

-Sí, sí. – miró a la doncella y le dijo –No te separes de la niña.

Issi frunció el ceño y asintió- Bien, milady.

-Bajo ningún concepto. Ya hablaré con Nat cuando vuelva- dijo enfadada.

-No se preocupe, milady.-la doncella miró al mayordomo- ¿Milton dónde vas?- preguntó Issi sorprendida al ver que abandonaba la casa.

-Tengo que cumplir un encargo con la Condesa- dijo exasperado.

Issi frunció el ceño y Esther también. Le extrañaba todo aquello pues Steven les había ordenado que no salieran de casa- Milton, he cambiado de opinión. Esperare aquí a mi esposo.

El mayordomo agachó la cabeza y suspiró- Bien.- entonces sacó una pistola del interior de la chaqueta y la apuntó asustándola. Issi dio un paso atrás protegiendo a la niña –Ahora y sin hacer aspavientos vamos a subir a ese carruaje.

-¡No!- exclamó Esther muerta de miedo. Milton tenía una mirada que no le había visto nunca y era helada, sin remordimientos.

Milton apuntó en dirección a Issi y Esther jadeó- ¡Deja a mi hija!

-Le juro milady, que como no suba a ese carruaje le pego un tiro. Yo no tengo nada que perder. Acércate Issi.

La doncella miró a Esther que muerta de miedo y esta asintió. Cogió a Issi del cuello mientras apuntaba a la niña- ¡Suban al carruaje y rápido!

Bajaron los escalones y subieron al coche. El carruaje comenzó a andar y Esther miraba al hombre muerta de miedo- ¿Qué quieres de nosotras?

-De ellas no quiero nada- dijo mirándola con odio –Pero de ti quiero mi dinero.

-¿Tu dinero?

-Oh sí, me lo has quitado todo y ahora voy a recuperarlo- dijo Milton con odio- Sino hubiera sido por ti no habría perdido mi casa, ni mi estatus.

Una idea comenzó a rondarle en la cabeza y miró sus ojos azules- Dios mío, eres Milton…

-¿Quién?- preguntó Issi al borde de las lágrimas.

-Es el hijo de mi padrastro. El mayor. No nos habíamos conocido nunca ¿verdad?

El hombre sonrió con descaro- Cuando tu madre se casó con mi padre, estaba de viaje por Europa.

-Con el dinero de mi dote, sin duda- dijo ella con desprecio.

-Seguramente, mi padre es un poco derrochador.

-¿Qué quieres de mí?- preguntó muy enfadada.

-Sólo que recojas el dinero en el banco. Es simple, hermanita.

-No soy tu hermana- dijo con desprecio- Eres una sanguijuela. No eres nada mío.

-Me he encargado de enviar una misiva al director del banco diciéndole que a lo largo de esta semana recogerías cien mil libras. – parecía muy satisfecho de sí mismo – y eso vas a hacer en este mismo instante. Después desapareceré.

-Fuiste tú el que enviaba esos regalos ¿verdad?

-Tenía que conseguir que se sembrara la duda en ese matrimonio y un amante era perfecto conociendo un poco al Conde. Es muy celoso. Sabía que la terminaría siguiendo y que usted se enfadaría con él. Cuando un matrimonio se enfada no pasa tanto tiempo juntos y tendría mi

oportunidad para sacarla de la casa sin que él se diera cuenta. Lo que no esperaba era tener que cargar con la doncella y la niña- dijo mirando a Issi con desprecio

-¿Qué le has hecho a Nat?

- Oh me vio espiándolos hace un par de horas y no podía dejar que me delatara. Tendrá un dolor de cabeza terrible cuando se despierte. Si se despierta.

Aquel hombre no tenía sentimientos. Nada le importaba.- ¿Después nos dejarás ir?

Él la miró a los ojos- Claro que sí.

Esther supo que le estaba mintiendo. El miedo se alojó en su estómago y miró a Issi que estaba destrozada. ¡Ese era el hombre con el que pensaba casarse! Sintió mucha pena por ella. – Te daré el dinero en la puerta del banco y nos dejarás en paz.

-No, milady- dijo con burla – La esperaré aquí con su adorada hija. Y si hace alguna tontería sabe lo que pasará ¿verdad?

Se le pusieron los pelos de punta.- No le harás daño a un bebé.

-En este momento me importa poco. He tenido que servir en esa maldita casa temiendo que alguien me reconociera para encontrar el momento oportuno. No podía decir en el banco que recogería el dinero y que no fuera así .Así que me has obligado a gastarme mi propio dinero en esos regalos para provocar esto.

-¿Por qué no lo hiciste antes?- preguntó Issi. –Tuviste oportunidades de sobra cuando salió del convento.

-En eso te equivocas Issi, mi amor- dijo con burla- Al tener un embarazo tan avanzado no podía arriesgarme a que diera a luz y estropear el plan.

-Dios mío, estás loco- dijo Esther con desprecio.- ¿Y por qué tenías que engañar a Issi?

-¿Quién sabe más de su señora que su doncella?

Issi se sonrojó intensamente y Esther sintió pena por ella.

-Si mi padre no hubiera sido tan estúpido, hace años que tendría tu dinero. –dijo con desprecio- Mi sugerencia de casarme contigo en cuanto terminaste el colegio no le gustó pues no quería a una mujer en casa que pudiera recriminar su actitud licenciosa .

-Como mi madre- dijo rencorosa.

-Exacto- su sonrisa diabólica le puso los pelos de punta y se preguntó si la enfermedad de su madre habría sido intencionada.

-Dios mío- dijo Issi llegando a la misma conclusión.

El coche se detuvo – Si grito, el cochero vendrá a ayudarme.

-Sí, pero antes de que abra esa puerta verás morir a tu hija y a tu doncella. ¿Quieres eso Condesa?

-No- dijo casi sin voz.

Milton perdió la sonrisa –Ahora entra ahí y tráeme mi dinero. Y no hagas tonterías por que como avises a alguien, os mataré. Como vea algo fuera de lo normal, os mataré.

-Nos matarás igual- dijo Issi- Sabemos quien eres y no nos dejarás libres.

Aquella nauseabunda persona se echó a reír- Eso no lo sabes, Issi. ¿Quieres arriesgarte?- preguntó apuntándola a la cabeza.

-¡Está bien! Voy a por el dinero.

-Buena chica.

Esther abrió la portezuela y bajó. Entró en el banco rápidamente y fue directamente a la oficina del director –Quiero ver al director- dijo con voz dura a su secretario –soy la Condesa de Hackford.

-Oh sí, milady. La esperábamos.- el hombre se levantó y llamó a la puerta del director abriendo inmediatamente- La condesa de Hackford.

El director salió rápidamente –Condesa, es un honor.

-Vengo a recoger mi dinero.

El hombre se sonrojó por su crudeza –Por supuesto, milady. Recibimos su nota. Pase a mi despacho.

Entró en el despacho exasperada. Estaba aterrorizada por lo que ese loco pudiera hacerle a su hija. Se sentó en una de las sillas mientras el hombre la miraba con el ceño fruncido- Es mucho dinero, milady.

-Sí.

-¿Ocurre algo? Si tiene que pagar esa cifra de dinero siempre puede hacerlo con un pagaré efectivo en caja. Llevar tanto dinero encima es peligroso- El hombre no era tonto y se puso más nerviosa aún.

-No ocurre nada –dijo simulando una sonrisa- Quiero darme unos caprichos.

El director se sentó en la silla- Si ocurre algo sólo tiene que decírmelo. En unos minutos estará aquí la policía, milady.-dijo muy serio.

-En unos minutos habrán matado a mi hija- respondió angustiada al ver que no le daría el dinero- Déme mi dinero.

-Tranquilícese.-El hombre la observó- Tiene que tranquilizarse para que no sospechen.

Respiró hondo y el hombre sonrió – Muy bien, ahora yo voy a salir del despacho y voy a ir a por su dinero. Mientras lo hago uno de mis hombres saldrá por la puerta de atrás a hablar con la policía.

-Está armado y tiene a mi doncella con mi hija.

-Bien, le daré el dinero. Él no verá a la policía, se lo aseguro. Los seguirán hasta que consideren adecuado actuar. ¿De acuerdo?

Ese le parecía el mejor plan. Asintió muerta de miedo.-Bien, no perdamos el tiempo.

El director se levantó sonriendo y salió del despacho. Nerviosa miró hacia la puerta y le vio hablar con una sonrisa con uno de sus hombres que se echó a reír. Esos hombres eran unos actores de primera. Se estrujó las manos cuando el hombre desapareció de su vista y el director con otro hombre fueron hasta la caja fuerte. Ya no pudo ver lo que hicieron. Diez minutos después venía hacia ella con una bolsa de cuero en la mano. – ¿Milady?- entró en el despacho y cerró la puerta- Escúcheme. Lleva el dinero en esta bolsa.- Se acercó a ella para entregársela y disimuladamente le dio pequeña una pistola.- Si cree que puede usarla, no lo dude ¿Tiene bolsillos en el vestido?

Asintió muerta de miedo- No la saque del bolsillo. Dispare a través de la tela para que no la vea. ¿Sólo es un hombre?

-Que yo sepa sí.

-Bien, ahora salga como si tal cosa.

-Gracias- dijo al borde de las lágrimas

-No llore, milady- dijo mirando hacia fuera a través del cristal que daba a la calle- enderécese. Y salga como si tal cosa. No dudo que nos observa desde la ventana del carruaje.

Asintió levantándose después de guardar la pistola en su bolsillo. El hombre hizo una reverencia y salió del banco. Entró en el carruaje rápidamente sentándose ante Milton- ¿Por qué has tardado tanto?- gritó enfadado.

-El director era un poco pesado y tardó en entregármelo –dijo nerviosa dándole la bolsa de cuero.

Él revisó nervioso la bolsa distraído por su avaricia y ella no lo pensó. Disparó dos veces y él la miró sorprendido. Se abrió la puerta del carruaje de golpe haciéndolas gritar del susto mientras Milton caía sobre el asiento aferrado a su bolsa. Dos hombres le arrebataron la pistola a Milton mientras la niña lloraba al igual que Issi. – ¿Están bien?- preguntó uno de los hombres.

-Sí- dijo temblando todavía. Sacó lentamente la pistola del bolsillo

-Bien hecho, milady- dijo el director desde fuera sonriendo de oreja a oreja- ¡Es una heroína!

El director cogió la bolsa de manos del policía- Ingréselo, por favor.-dijo ella en un susurro.

-No se preocupe, milady. Me encargo de todo.

La ayudaron a salir del carruaje y se acercó a Issi para que le diera a la niña que lloraba por todo aquel jaleo. La acunó mientras Issi bajaba del carruaje. Su amiga lloraba sin consuelo tapándose la cara con las manos. –Ya pasó, Issi- susurró ella intentando consolarla. La policía sacó a Milton del carruaje. Estaba moribundo y aun así la miraba con odio. Esther apartó la vista asqueada.

-Me engañó- dijo entre sollozos.

-Nos engaño a todos.

El cochero no salía de su asombro pues no se había enterado de nada e insistía en que él no tenía nada que ver. La gente les rodeaba y Esther nerviosa se acercó al director –Quiero irme a casa. Estamos llamando la atención.

-Por supuesto, milady –dijo mirándola preocupado. –Suba al carruaje. Yo me encargo de todo.

Puede que la policía la visite en su casa.

-Bien, pero quiero irme .Tengo que darle de comer a mi hija y no soporto esta situación.

El director asintió y la llevó hasta el carruaje. Issi también subió mientras la policía revisaba el cuerpo de Milton.

Cuando el coche inició la marcha suspiró de alivio. –Lo siento, milady- dijo Issi limpiándose las lágrimas con las mangas de su vestido.

-¿Por qué?

-Porque tenía que saber que no era trigo limpio. Tendría que haberme dado cuenta.

-No es culpa tuya, Issi. Su sangre no es buena. No era bueno su padre y tampoco lo era él. Así de simple.- dijo acunando a la niña que berreaba pidiendo su alimento.-Shuss mi niña, ya llegamos.

-Espero que no se le haya cortado la leche- comentó Issi.

La miró horrorizada – ¿Eso puede pasar?

Issi se encogió de hombros- Lo comentan las viejas.

-Madre mía, lo que nos faltaba- dijo mirando a la niña que no dejaba de llorar.

Cuando llegaron a casa se bajaron rápidamente del coche. La puerta se abrió de golpe apareciendo Steven muy enfadado. – ¿No te he dicho que no salieras de casa?

-Coge a la niña- le dijo muy nerviosa mientras Issi se acercaba llorando

-¿Qué ha pasado?

-Sube conmigo- dijo ella mirando a su marido- Te lo contaré mientras le doy de comer.

Steven con el ceño fruncido subió tras su esposa mientras Issi se dejaba caer en una de las sillas del hall. Lo sentía por ella pero ahora Isadora era su prioridad. Entraron en su habitación- Nena, ¿qué pasa?

-Nos han secuestrado –dijo abriéndose el vestido mientras se sentaba en la cama.

-¿Qué?- su marido la miró asombrado.

-Milton nos ha secuestrado- dijo alargando los brazos.

-¿El mayordomo?

Esther cogió a su hija y la puso a mamar. Al ver que chupaba hambrienta suspiró de alivio.

Después levantó la cabeza para mirar a Steven que la miraba desconfiado- ¿No me crees?

El hizo un gesto y ella se indignó- ¡Sino tuviera la niña en brazos te partiría la cabeza otra vez! ¡No he pasado tanto miedo en la vida!- gritó ella.

-¿Por qué no empiezas desde el principio?- preguntó cruzándose de brazos.

-Cuando te fuiste llegó una nota tuya –dijo mirándolo a los ojos- en la que me decías que tenía que reunirme contigo en la sombrerería Turne´s en la calle Bond. Pedías que Milton me acompañara.

-Yo no he enviado ninguna nota-dijo con voz grave.

-¿Me dejas acabar?

Su marido asintió- Estaba a punto de salir cuando Issi bajó las escaleras con la niña en brazos diciendo que no encontraba a Nat. –abrió los ojos como platos- Dios mío Nat. Debe estar en algún lugar de la casa malherida.

Steven salió de la habitación y a gritos ordenó al servicio que buscaran a Nat. Volvió a su lado- ¿Qué más?

-Issi le preguntó a Milton que a donde iba al ver que salía conmigo e hizo un gesto que no me gustó. Le dije que no me iba pues tú me habías dicho que no saliera de casa- su marido asintió- Entonces sacó una pistola y nos obligó a salir a las tres de casa. –Steven se tensó visiblemente- Nos llevó hasta el banco. Había enviado una misiva para sacar cien mil libras de mi cuenta y naturalmente me necesitaba a mí para recogerlo.

Steven asintió mientras cambiaba el pecho- El director del banco reconoció la situación como extraña. Milton se había quedado en el carruaje apuntando a Isadora con la pistola y yo no sabía que hacer…- de repente se echo a llorar de los nervios.

-Tranquila, cielo- Steven se sentó a su lado y le acarició la espalda.

-Así que se lo dije- dijo entre sollozos- El hombre me dio una pistola y la bolsa con el dinero mientras uno de sus empleados iba a llamar a la policía. Pensaban seguirnos hasta que pudieran actuar sin ponernos en peligro.

-Muy bien, cielo. Has sido muy valiente.

-Cuando subí al carruaje Milton miró la bolsa y le pegué dos tiros. Está muerto

Steven estaba asombrado – ¿Le mataste tú?

Asintió limpiándose las lágrimas con la mano libre. -En cuanto disparé apareció la policía.

Su marido la miraba como sino la conociera- Así que quería el dinero.

-Era mi hermanastro, Steven y yo no tenía ni idea. Fue Milton el que envió los regalos para alejarnos el uno del otro y sacarte de casa para hacerlo. Y tenía que hacerlo esta semana pues había enviado la misiva al banco para que tuvieran el dinero preparado. Si yo no hubiera aparecido, el director se habría puesto en contacto conmigo o contigo y hubiera quedado al descubierto que pasaba algo raro.

-Por eso los regalos llegaron estos días.

-Exacto.

-Dios mío. Pero si parecía el mayordomo perfecto.

-Claro, es aristócrata y nadie se sorprendería de que fuera un estirado. Conocía lo que tenía que hacer. Lo veía todos los días.

-Pero lleva meses aquí.

-No quería perpetrar su plan antes de dar a luz pues si mandaba el aviso al banco y yo me ponía de parto, todo su esfuerzo no habría servido de nada.

-Lo tenía todo muy bien pensado.

-Nos iba a matar, Steven- dijo entre lágrimas mirando a su hija- Lo sé.

-Has sido muy valiente, cielo.

La niña había terminado de comer y él la cogió para que soltara los aires. Se sentó a su lado y la cogió por el hombro acercándola a él – Lo has hecho muy bien.

Se abrochó el escote sorbiendo la nariz cuando se abrió la puerta. Issi llegaba descompuesta- La encontramos, milady.

-¿Está bien?

-Está muerta, milady- dijo llorando.

Esther jadeó tapándose la boca- Dios mío.

-Issi, coge a la niña- ordenó Steven muy serio. Miró a su esposa – Tranquila, yo me encargo de todo. No salgas de la habitación.

Esther asintió nerviosa con los ojos rojos de tanto llorar. Su marido salió de la habitación rápidamente y ellas se miraron.

Esa misma tarde la abuela, Steven, Stuart, Issi y ella tuvieron que hablar con la policía.

-¿Creen que tenía algún cómplice?- preguntó su marido con los ojos entrecerrados.

-¿Por qué dices eso?

-Porque el no pudo salir a comprar la sombrilla.

Esther palideció llevándose una mano al pecho- Oh Dios mío. Y tampoco pudo ver como te la partía en la cabeza pues estaba en la casa.

-Exacto –La cogió de la mano y se la apretó.

-Lo investigaremos.

-Tenía hermanos.

-Lo investigaremos, Condesa.

-Yo de momento me llevo a mi familia a Escocia. Allí estarán más seguras.

El policía asintió y después miró a la Condesa- Ha sido muy valiente, milady.

-Gracias.

-Lo ha hecho usted todo- el policía hizo un gesto a sus compañeros que salieron del salón- Investigaremos a sus hermanastros, no se preocupen.

Todos se miraron los unos a los otros hasta que Steven dijo muy serio mirando a su amigo que también estaba preocupado. – Empezar con el equipaje, nos vamos de Londres.

Capítulo 13

Dos días después iniciaban el viaje. Dos carruajes y un carro con el equipaje de todos pues Stuart se unió al viaje. Los hombres iban fuertemente armados, incluidos los ocho lacayos que los acompañaban. No les dio tiempo a contratar una nueva niñera pero Issi decidió encargarse de la niña. Era su más fiel defensora y a Esther la tranquilizaba que se encargara de ella. La servidumbre iba en el segundo coche con la niña. Eso había provocado un conflicto pues Esther no quería separarse de ella ni un momento. Pero su marido le dijo que iba más segura en el otro carruaje pues era a Esther la que habían acechado. Eso la tranquilizó pero como tenía que darle de mamar tenían que parar cada cierto tiempo.

Llevaban un día de viaje cuando pararon en una posada a comer. Eran muchos, así que el posadero se alegro bastante de verlos. Esther entró con su hija en brazos cuando un hombre pasó ante ella. Levantó la vista distraída y se quedó con la boca abierta- Querida ¿no me digas que te has casado?- preguntó el hombre divertido.

Cerró la boca de golpe y miró hacia atrás. Steven estaba hablando con uno de los lacayos y en ese momento se dio la vuelta. – ¡Lárguese!- exclamó ella mirando a su asaltador de caminos.

La miró a los ojos sonriendo- Está todavía más hermosa. –después miró a la niña – y das preciosos hijos. ¿Quieres fugarte conmigo?

Dio un paso a un lado para intentar pasar y él se lo impidió- Mi marido viene hacia aquí y como le vea…

-¡Esther!-gritó Steven en el vano de la puerta.

Gimió dándose la vuelta- Querido ¿te acuerdas de…?

Steven sacó la pistola del interior de la chaqueta y el salteador levantó las manos- Tranquilo amigo- y con su irresistible sonrisa añadió- Veo que has sabido escoger. Tienes buen gusto.

Su marido se acercó y la agarró de la cintura sin dejar el arma- Te aconsejo que te largues.

-Lo mismo me decía su hermosa esposa.-respondió irónico.-Pero tengo hambre.

Esther miró a su marido de reojo que estaba realmente tenso y estaba a punto de pegarle un tiro- Steven, la niña tiene que comer.

-Unn – dijo el salteador mirándola con deseo.

Steven dio un paso adelante cuando Stuart entró en la posada- Dios mío Caldwell ¿qué haces aquí?

Todos se volvieron a Stuart que miraba con una sonrisa de oreja a oreja al salteador- ¿Le conoces?- preguntó Steven con los ojos entrecerrados.

-Claro, es primo segundo mío.

-El mundo es un pañuelo- dijo Esther entre dientes.

Stuart y su primo se saludaron dándose un fuerte abrazo- Increíble. No nos veíamos desde…

-¿Qué asalta caminos?- preguntó Steven acabando su frase.

Stuart entrecerró los ojos- ¿Qué?

Esther puso los ojos en blanco- Este es el que nos asaltó el año pasado, Stuart.

Su amigo de repente se echó a reír pero al ver que ellos no se reían perdió la risa-¿De veras?

El tal Caldwell se cruzó de brazos sonriendo de oreja a oreja- Les robe una buena bolsa.

-Por el amor de Dios- dijo Stuart enfadado- ¿Es que te has vuelto loco?

-Necesitaba efectivo.

-¿Por qué no me pediste el dinero?

-Es más fácil robarlo- comentó ella.

-¿No tenía que darle de comer a su retoño, princesa?

-No le dirijas la palabra- susurró Steven dando un paso al frente.

Stuart gimió- ¿Tú eres ese que la besó?

Caldwell miró a Esther con una sonrisa de satisfacción que la sonrojó intensamente –Veo que la princesa lo ha comentado.

-¡No necesitaba comentarlo pues lo hiciste en público, patán!- exclamó Steven con unas intensas ganas de matarlo.

-Querido ¿me acompañas? Dejemos solos a los primos- Lo cogió del brazo para tirar de él.

-Espera cielo, que creo que esto va a acabar en golpes o tiros.- dijo entre dientes. Esther gimió y después miró a Stuart rogándole con la mirada.

Pero su amigo no hizo nada pues estaba asombrado. Así que decidió ser dura- Steven, no quiero líos. Ya he pasado suficientes ¿no crees?

Su marido la miró pensándoselo y al final cedió- Vamos, cielo. Pediré que nos den una habitación.

La cogió del codo llevándola hasta la recepción mientras miraba por encima del hombro de vez en cuando con inquina. –Déjalo, no merece la pena.

-Me robó, Esther y te besó ante mi cara.

-A él le hacía falta y a nosotros no.- dijo sonriendo- y me he casado contigo ¿no?

-Porque te obligue- dijo rencoroso.

-No vayas por ahí, conde.

Cuando se sentaron a comer ella estaba hambrienta. Ni se había fijado que el salteador compartía su mesa hasta que levantó la vista y lo vio dos asientos más allá mirándola con deseo. Se atragantó con el cochinillo que estaba comiendo y tuvo un ataque de tos. –Nena, ¿estás bien?- preguntó su marido que todavía se estaba sentando a su lado.

Asintió y bebió un sorbo de vino. –Sí- dijo con voz ronca.

Steven se sirvió el cochinillo cuando su mano se paró en seco –No me lo puedo creer- murmuró.

Esther le agarró el muslo – No digas nada. Disgustarás a Stuart.

-¿Has visto como te mira?

Gimió –Olvidado. Mira hacia el otro lado. –Al otro lado estaba la abuela e Issi que los miraban sin perder detalle.

-Ese hombre tan apuesto ¿quién es?- preguntó la abuela en bajo.

-El salteador que besó a milady, duquesa- dijo Issi en alto haciendo que toda la mesa la mirara.

Esther gimió cuando Caldwell le guiñó el ojo- ¡Se acabó!- Steven se levantó de la silla y se lanzó sobre la mesa tirando a Caldwell de espaldas al suelo

-¡Stuart, haz algo!-gritó al ver que se daban de puñetazos.

-¿Estás loca? Me molerían por interrumpirlos.- Esther miró sorprendida a ese hombre que era más grande que ninguno de los otros dos.

-¡Señores, señores!- gritaba el posadero intentando llegar entre los sirvientes del conde que le animaban.

Esther gimió cuando Caldwell le dio un puñetazo en el ojo y aplaudió cuando su marido le dio un puñetazo en el estómago doblándolo.- ¡Dale Steven!- gritó como cualquiera de sus lacayos.

Issi levantó una ceja con la niña en brazos y se encogió de hombros –Si no puedes con ellos, únete.

La duquesa hacía el gesto del golpe mientras hacía muecas con la cara por los golpes que sufría Steven. Un fuerte derechazo del Conde le dio en la nariz, seguido de otro en el ojo, hizo que el asaltante cayera al suelo sentado y al parecer sin sentido. Steven se estiró la chaqueta- Bien, ahora a comer que tenemos mucho camino por delante- dijo limpiándose la sangre de la comisura de la boca. Se acercó a su esposa y Esther sacó un pañuelo, lo mojó en agua y se lo pasó por el labio- Tonto- susurró ella mirando el corte en el labio.

La cogió por la cintura- Nena, que bien me siento.

Lo miró con sus ojos azules- ¿Te sientes bien? –preguntó ella con voz ronca. Steven le miró la boca- ¿Sabes que me he excitado al verte?

Steven la cogió por la muñeca arrastrándola fuera del comedor ante la mirada atónita de su familia.

Por supuesto salieron más tarde de lo normal pues los condes habían desaparecido. Esther se sonrojó al salir de la habitación pues no llevaba el mismo peinado elaborado que le había hecho Issi y todo el mundo se dio cuenta. La abuela soltó una sonrisilla y Stuart unas carcajadas

mientras que el salteador había desaparecido. Comieron rápidamente e iniciaron camino.
Tres días más tarde llegaron a Castelblack afortunadamente sin más inconvenientes. Esther estaba agotada pues no había dormido muy bien desde el episodio del secuestro y cuando lo conseguía se tenía que levantar para darle el pecho a la niña. Steven la miraba preocupado pues sabía que casi no dormía y por supuesto él tampoco. Se fue directamente a la cama sin cenar.
Estaba ya en camisón cuando llegó su esposo.-Cielo, deberíamos contratar un ama de cría.
Esther lo miró sorprendida- ¿Por qué?
- No podrás estar continuamente con la niña, tienes que iniciar otras actividades- él la miró fijamente- Además, tienes que dormir. Últimamente duermes poco.
-No es por la niña.
-Lo sé. Pero no sólo lo digo por eso. Estarás más cómoda así. No te puedes separar de la niña más de tres horas y eso no puede ser, nena.
Esther lo entendió. No podían ni ir a una cena sin la niña, mucho menos a un baile. –Dios mío ¿sólo hemos ido a un baile en un año?
-Lo del convento también tuvo algo que ver.
-Lo siento.
-¿Por qué?- le preguntó acariciando su cabeza
-Desde que nos conocemos no has tenido mucha vida social – dijo con pena.
-Nena, todo está bien- susurró él.
-¿De verdad?
Steven se agachó y la besó suavemente en los labios. –Todo es perfecto.-Sonrió –Ahora duerme.

Una semana después su marido la despertó con una caricia en la espalda. –Levántate dormilona.
-¿Por qué?- gruñó cogiendo la almohada y cubriéndose la cabeza.
Steven se rió entre dientes- Porque hoy es tu primera lección.
Sacó la cabeza de debajo de la almohada y le miró con picardía- ¿Qué me vas a enseñar que no

me hayas enseñado ya?

Su marido se echó a reír- Sobre ese tema todavía tengo mucho que mostrarte.

-¿De verdad?- le acarició el pecho y Steven le agarró la mano.

-Sí, pero no se trata de ese tipo de lecciones.

-En este momento solo quiero aprender eso- le besó en el cuello.

-¿No querías aprender a montar a caballo?

Esther se levantó de un salto y corrió hacia el armario desnuda. Steven elevó una ceja divertido- No te has hecho mucho de rogar.

-¿Qué me pongo? – se pregunto a sí misma –No tengo traje para montar.

-Ponte el vestido más cómodo que tengas- dijo su marido sonriendo. Se acercó a ella y le acarició el trasero.-Casi me arrepiento…

-Quita- dijo apartando sus manos. Sacó un vestido verde de los antiguos y corriendo fue a por la ropa interior.

Cuando se hubo vestido él la miró con los ojos entrecerrados. –Cielo, ese vestido lo enseña todo.

Se miró el pecho –Desgraciadamente mi pecho ha aumentado. Me pondré una chaquetilla.

-Desgraciadamente no. ¿No tienes botas?

Negó con la cabeza- Bien, después del desayuno nos acercaremos al pueblo para equiparte.

La llevó hasta el establo – Primera lección- dijo mientras el lacayo sacaba un caballo –cómo colocar la silla.

El lacayo lo miró sorprendido y rápidamente le quitó la silla. Esther se echó a reír –Veo que eres un profesor muy preparado.

-Ven aquí. –Se acercó a él y vio como le colocaba la manta al caballo. Después colocó la silla y cogió las correas que colgaban ajustándolas bien- Asegúrate de que están bien apretadas pues si están sueltas la silla puede ladear, tirándote del caballo.

Asintió muy seria y vio como la quitaba. –Ahora tú.

Siempre había sido buena estudiante y aquello era fácil. La colocó exactamente como el había dicho y Steven asintió satisfecho. –Muy bien, ahora el bocado.

Le enseñó como poner el bocado al caballo. Tenía miedo que la mordiera pero no lo mostró pues no quería quedar en ridículo ante su marido. –Bien, ahora sube. –dijo él divertido- Parece que sabes hacerlo de toda la vida.

-Lo he visto mil veces aunque nunca lo he hecho. –Se acercó al caballo y se subió a horcajadas. Steven alzó una ceja al verla coger las riendas como una amazona experimentada

-Cielo, ¿seguro que no has montado antes?- preguntó al ver su postura.

-No ¿Por qué?

-No, nada- el lacayo sacó su caballo.

No era el purasangre y Esther frunció el ceño-¿Por qué no usas tu caballo?

-No quiero poner nerviosa a tu yegua- dijo montando- Bien, golpea ligeramente los talones y no tenses las riendas. Déjala a su aire.

Esther asintió .Empezaron en un ligero trote y ella sonrió. –No es difícil.

-Lo haces muy bien. –estuvieron un rato en ese ritmo hasta que Steven dijo-¿ te sientes segura?

-Sí, ¿cabalgamos un poco?- preguntó emocionada.

Steven se echo a reír- Podemos aumentar un poco el ritmo.

En ese momento Esther le dio con los talones en los flancos y su yegua aceleró el ritmo más de un poco. Al principio se asustó. Era como si el caballo fuera más rápido que ella pero luego se acostumbró y se sintió cómoda. Volvió la vista a Steven que sonreía ampliamente – ¡Bien, reduce el paso!-gritó él.

Esther se dio cuenta que eso tenía que habérselo enseñado antes y lo miró con el ceño fruncido – Eres un profesor pésimo. Eso tenías que habérmelo explicado primero- dijo tirando de las riendas suavemente hasta detener a la yegua. La giró para mirarlo enfadada- ¡No te dejaré enseñar a Isadora!

Él la miraba asombrado y de repente se echó a reír asustando a su yegua que se movió inquieta. Esther la retuvo con maestría y su marido no salía de su asombro al ver como le acariciaba el cuello al animal.- Cielo, has nacido para montar.

-¿De verdad?- preguntó maliciosa.

Él se acercó cogiéndola del cuello y besándola apasionadamente. Esther suspiró junto a sus labios.

-Te has ganado tu propio caballo.

-Hay muchos caballos en el establo.

-Cielo, hay caballos y caballos. –volvieron a la casa. –Mañana repetiremos.

-Estupendo –dijo bajando sola del caballo dejando ver la ropa interior al bajar una pierna y luego la otra.

El lacayo se había quedado con la boca abierta y el Conde meneó la cabeza –Nena, ten cuidado con la ropa interior- dijo él –se te ha visto todo.

Esther se sonrojó intensamente y el lacayo desapareció antes de quedarse sin trabajo.- ¿Y si me pongo pantalones?

-Lo que me faltaba- la cogió por la cintura y se la subió al hombro haciéndola reír.

Después de dar de comer a su hija bajó a desayunar con un vestido de mañana de flores. –Aquí está la amazona- dijo su marido levantándose para apartar su silla.

-Me ha dicho Steven que hasta habéis galopado un poco- la abuela estaba que no salía de su asombro

Se encogió de hombros –No es difícil.

Stuart, la abuela y Steven se echaron a reír. Esther frunció el ceño- ¿Qué ocurre?

-Cielo, lo que has hecho hoy un niño tarda en hacerlo años.

-Eso es porque nos da miedo de que les pase algo- razonó ella –Y no los dejamos avanzar como deberían. La culpa es de los mayores.

Su razonamiento era tan inteligente que no supieron que decir mientras la veían llenarse el plato de comida. –Nena, estás hambrienta por lo que veo.

-Sí, no sé que me pasa pero estos últimos días siempre tengo hambre.

Empezó a comer y su marido la miró con el ceño fruncido. De repente gimió dándose un golpe en la frente y todos lo miraron asombrados – ¿Querido estás bien?

Él asintió levantándose – Vuelvo en un momento, se me ha olvidado algo.

Esther miró a la abuela que se encogió de hombros. Cuando su marido volvió a la mesa parecía preocupado. – ¿Qué ocurre?

-Nada –intentó sonreír pero le salió una mueca.

-Pareces preocupado por algo.

-No de verdad, no es nada.- cogió la taza de té y bebió.

Esther no se lo tragó y en cuanto terminaron de desayunar lo acorraló en el despacho. – ¿Qué ocurre?

Él suspiró apoyándose en el escritorio.- Nena. No sé como decirte esto…

-¿El qué?- empezaba asustarse y se acercó a él.

-Estás embarazada.

Fue como si le hubiera caído un rayo. Se quedó de piedra- ¿Qué?

-Issi me lo acaba de confirmar.

-¿Y ella que sabe?

-No has tenido el periodo desde que has tenido a la niña.

Ese era un síntoma sin duda pero a lo mejor no le había bajado después de parir porque era algo normal que no le bajara.

-Tenemos que hablar con alguien que haya tenido hijos, Steven –sintiéndose más aliviada- puede que sea normal.

Él asintió pensando en ello –La cocinera ha tenido seis hijos.

Esther se acercó al cordón y llamó al servicio. Roulf abrió la puerta – ¿Milady ha llamado?

-Dígale a la cocinera que venga.

-Sí, milady.

No hablaron mientras llegaba. Se miraron de reojo algo preocupados. Cuando llegó la buena mujer parecía algo asustada. Hizo la reverencia con Roulf detrás- Eso es todo, Roulf.

Se retiró cerrando la puerta- Señora Roger…- dijo Esther sin saber como empezar.

-¿Sí milady? ¿Algo no les ha gustado del desayuno?

-No, no es eso –respiro hondo y decidió ir al grano- El conde me ha comentado que usted ha

tenido varios hijos.

La mujer sonrió ampliamente –Sí milady, seis hermosos varones.

-Verá, tenemos una duda.

-Pregunte sin miedo.- dijo la mujer al verla sonrojarse.-Si puedo ayudarla, lo haré con gusto.

-No me he tenido el periodo desde que nació Lady Isadora…

La mujer asintió – ¿Y quiere saber si es normal?

-Sí.

-Bueno –dijo la mujer acariciando su enorme barriga cubierta por un impecable delantal blanco- cada vez es distinta. Con mi primer hijo no la tuve en cuatro meses.

El alivio de su cara fue evidente- Pero con mi Michael no la llegue a tener.

-¿Y eso?- preguntó el conde frunciendo el ceño.

-Porque me quedé en estado de James antes de que me bajara. –dijo sonriendo orgullosa – Mi hombre es mucho hombre.

Esther la miró horrorizada y la cocinera añadió- Pero eso según me han dicho es raro.

-Ahí Dios- Esther tuvo que sentarse.

-Cielo, es una buena noticia. ¡Es normal!- dijo el conde sonriendo de oreja a oreja- Yo pensaba que era un hecho.

-No se preocupe milady, si tarda en bajarle. ¿Alguna cosa más?

-No, gracias – dijo Esther con una débil sonrisa.

-Si tienen alguna otra duda no duden en llamarme. –Hizo una reverencia y salió del despacho.

Steven se acuclilló delante de ella.- Todo va bien.

-Si pero hay posibilidades, Steven. –le miró a los ojos- De hecho hay posibilidades todos los días. ¿Cuanto tardaré en quedarme otra vez en estado?

Su marido hizo una mueca –Al paso que vamos no creo que tardes mucho.

-No sé si seré capaz de dar a luz otra vez.-dijo con pánico.

-La última vez lo hiciste muy bien y eso que estabas más frágil que ahora. –le acarició la mejilla. –Y según me dijo el médico fue muy rápido. Además el segundo será más fácil.

-¿Tú crees?

-Cielo, ahora siento haber sacado el tema- dijo arrepentido- pero es que estaba convencido de que...

-No te disculpes, yo ni siquiera me había dado cuenta- Esther sonrió y se acercó a darle un beso en los labios.

En ese momento llamaron a la puerta. –Adelante –dijo Steven incorporándose.

El señor Tempelton abrió la puerta y Esther sonrió al verlo levantándose de la silla para saludarlo- Que alegría volver a verlo.

-Condesa, está muy hermosa- dijo el secretario besando su mano.

-Gracias, es muy amable como siempre.

-Acabo de ver a la niña con la Duquesa. Es preciosa.- miro a Steven y sonrió- ¿quién diría que esto iba a terminar así?

Su marido se echó a reír dando una palmada en la espalda al hombre. –Todavía no ha terminado. Queda mucho por vivir.

-Por supuesto.

-Os dejaré solos para que habléis de vuestras cosas.

-En realidad quería hablar con usted condesa.

-¿Conmigo?

-Sobre su propiedad aquí en Escocia.

-Si es sobre las ovejas tiene que hablar con mi marido- dijo sonriendo.

-No es eso, milady. –El secretario miró a Steven.- Es sobre la mina.

-¿La mina? ¿Qué mina?

Steven se echó a reír- Nena .En tu propiedad hay una vieja mina de oro.

-¡Vaya! – Esther no salía de su asombro- ¿Y?

-En ella se guarda el whisky que fabrican algunos de tus hombres.

-No saben si pueden seguir guardándolo allí pues al descubrirse la veta…

-¿Que veta?- Abrió los ojos como platos- ¿de oro?

Steven se echó a reír.- La Reina te ha hecho mucho más rica de lo que pensábamos, cielo.

-Que locura- murmuró ella saliendo del despacho- No quiero saber nada. Steven...

-Sí cielo, yo me encargo.

El señor Tempelton lo miró asombrado- ¿No le interesa?

-Mi esposa tiene otros intereses que no tienen nada que ver con el dinero. –dijo satisfecho- La niña , la pintura y bordar. Con eso es feliz y yo también.

-Se os ve felices.

-Lo somos, a nuestra manera.

-Que la Reina le regalara esa finca ha sido increíble. Y lindando con las tierras de tu padre y el castillo de la duquesa. Vuestro heredero tendrá un gran patrimonio.

-La finca es de Esther y ella decidirá quien la heredará. –dijo sonriendo.- No tiene nada que ver con el condado, como la herencia de su madre.

-¿Su padrastro la llegó a dilapidar?

-Sólo la dote. ¿Cuéntame que novedades hay? Hace meses que no nos vemos. ¿Cómo han quedado las obras?

Esther estaba mirando por la ventana al mar y decidió ir a dar un paseo. Acababa de dar de mamar a Isadora, así que disponía de tiempo. Se puso un abrigo pues por las tardes hacía algo de frío y bajó las escaleras. –Querida, ¿vas a salir?- le preguntó la abuela- ¿No estás cansada después de ir al pueblo?

-Un paseo hasta la playa, abuela. Todavía no he bajado- dijo con una sonrisa.

-Está bien, pero ten cuidado no te caigas. –la abuela entró en el salón y ella fue hasta la puerta. Salió de la casa y la rodeó para ir hasta el sendero que llevaba a la playa. Admiró el mar desde lo alto del acantilado y sonrió. Era un espectáculo maravilloso ver esas impresionantes olas y la espuma llegando a la arena. Comenzó a bajar lentamente recordando las palabras de la abuela. Oyó como caía una piedra de lo alto y levantó la mirada pero no vio a nadie. Cuando llegó abajo

suspiró mirando al mar y se encaminó hacia la orilla. Se giró para mirar la casa cuando vio a tres hombres bajando por el sendero. Entrecerró los ojos cuando se acercaron corriendo y al reconocer a uno de ellos gritó comenzando a correr por la orilla de la playa. Ellos corrían más rápido y sabía que la atraparían rápidamente. Esther gritó cuando uno de ellos se acercó tanto que le tiró del pelo. Consiguió zafarse volviéndose rápidamente y pasando entre ellos pero antes de avanzar varios metros la atraparon por el abrigo. Se giró rápidamente golpeando al hombre en la cara que la soltó pero del impulso Esther acabó tirada en la orilla de la playa mojándose toda la ropa. – ¿Quién sois?

-¿No nos recuerdas, hermanita?- preguntó uno de ellos mientras Esther se arrastraba hacia atrás por la arena.

-Acaba Jules. Mátala de una vez. No quiero que salga todo el castillo y nos pillen aquí.- dijo uno de ellos que la miraba con odio.

-¿Matarme?

-No creerías que nos ibas a echar encima a toda la policía de Londres y matarías a nuestro hermano quedándote con nuestro dinero ¿verdad?- dijo otro mirando por encima de su hombro

-¡Es mi dinero, sabandijas!- gritó ella sabiendo que iba a morir mientras seguía arrastrándose hacia atrás.

Los tres avanzaron – ¿Tu dinero?

-¡Y me alegre mucho de matar a ese cerdo!

Uno de ellos se agachó y la cogió por el cuello levantándola. Esther lo cogió por los antebrazos intentado evitar que la estrangulara – ¿Te crees muy hombre? –preguntó con dificultad-Tres hombres contra una mujer. Sois basura.- dijo con desprecio antes de escupir en su cara.

La golpeó violentamente tirándola sobre la arena cuando sonaron varios disparos. Esther gritó tapándose la cabeza. Cuando vio que delante de ella caía uno de los hermanos, volvió a gritar levantándose rápidamente y echando a correr, sin saber ni a donde corría. – ¡Esther!- gritó alguien.

Se giró sin dejar de correr mirando sobre su hombro y vio a su marido cuando tropezó con algo

cayendo al suelo de cara. Steven se acercó corriendo arrodillándose a su lado- Nena, ¿estás bien?

Gimió levantando la cara –Creo que me he roto la nariz- dijo con voz gangosa.

Su marido la cogió en brazos- Dios cielo, no he pasado tanto miedo en la vida- susurró abrazándola.

-Steven, llama a un médico- dijo llorando al ver como le sangraba la nariz.

Stuart llegó corriendo con una escopeta en la mano y la miró preocupado- ¿Están muertos?- preguntó histérica mirando a los hermanos tirados en el suelo mientras el señor Tempelton y varios hombres los observaban con armas en la mano.

-¡Dime que están muertos, Steven!

-Sí, cielo. Lo están.

La subió a la casa rápidamente- ¿Como lo sabías?

-Te observé salir de la casa y los vi seguirte. –respondió sentándola en el sofá.

La abuela llegó corriendo con Issi- Madre de Dios ¿qué te ha pasado?

-Me he roto la nariz- dijo llorando.

Steven le inclinó la cabeza hacia atrás para mirarle la nariz- No te la has roto, cielo.

-¿Cómo lo sabes?

Issi le pasó a Steven un paño húmedo y él empezó a limpiarle la cara- Porque Stuart me la rompió una vez.

-Eh, tú te pusiste en el camino de mi codo ¿qué culpa tengo yo?

Steven le tocó el tabique y apretó a ambos lados- No, no está rota pero vas a estar preciosa unos días, cielo.

-Se te va a poner como un pepino- dijo Stuart divertido ganándose una mirada fulminante de Steven y Esther.

-¿Cómo te has hecho eso?

-Abuela, que te lo explique Stuart. –dijo levantando a su empapada mujer del sofá. –Issi un baño.

La doncella salió corriendo mientras subía a su mujer hasta su habitación. Prácticamente le arrancó la ropa- Malditos cerdos.

-Eran los hermanos de Milton- Esther se quitó la ropa interior dejándola caer al suelo. Steven llegó con una toalla y empezó a secarla para que entrara en calor.

-Me lo imaginaba. Supongo que querían venganza ¿no?

Asintió llorando y Steven la abrazó- Ya pasó, nena. No te molestaran más. Se terminó.

-He pasado tanto miedo...

Issi llegó con el agua y con otras dos doncellas cargadas con cubos. Steven la cubrió con una manta hasta que salieron de la habitación. – ¿La ayudo, milady?

-Ya me encargo yo, Issi. –dijo Steven preocupado mirando a su esposa.

La ayudó a meterse en la bañera y Esther suspiró de alivio cerrando los ojos- ¿Mejor?- preguntó él bañándola con jabón de lavanda.

-Sí.-susurró.-Mucho mejor.

-Dime que estás bien, cielo.

Esther abrió los ojos y miró a su marido. Alargó una mano para acariciarle la mejilla – ¿Estoy bien y tú?

Él le cogió la mano y se la besó- He pasado tanto miedo… pensaba que te perdía.

Sonrió soportando el dolor en la nariz- Yo pensaba que no te vería más, ni a la niña. –Se mordió el labio inferior antes de decir- Me gustaría tener otro hijo. Me gustaría tener diez hijos contigo.

Steven le acarició la mejilla mirándola muy serio- Te amo. No puedo perderte.

Esther le miró con lágrimas en los ojos- Nunca me lo habías dicho. Me podía haber muerto y no me lo habías dicho.

-Mi amor. –la sacó en brazos y la llevó hasta la cama cubriéndola con la bata. La sentó sobre sus rodillas y la miró a los ojos- Te lo diré todos los días.- la besó en la frente para no hacerle daño- Te lo diré tanto que pedirás que me calle.

Ella abrazó su cuello –Te amo- susurró contra su oído.

-Lo sé.

Se apartó de él – ¿Cómo lo sabes?

-Cielo cuando la Reina te acusó de haberla traicionado y me encubriste, me di cuenta.- dijo

sonriendo con suficiencia.-Sino me hubieras delatado.

-¿Y los celos?

Él hizo una mueca- Todavía me siento a veces algo inseguro, pero se me pasará con el sexto niño.

Esther soltó una risita y gimió llevándose la mano a la nariz-¿Duele?- preguntó apartando su mano.

-Mucho- protestó ella haciendo pucheros.

-Estás fuera de combate, entonces.

-¿Y no celebrarlo?- preguntó con picardía.

Epílogo

-Con que era poco probable ¿eh?- dijo furiosa

-Nena ¿yo que sabía?

-Maldita sea- gimió cogiéndose la barriga- Sino me gustara tanto te la cortaría.

El médico abrió los ojos como platos y luego se echó a reír- Condesa ¿pero qué dice?

-Déjela hombre ¡tiene derecho a quejarse un poco!- exclamó Steven cogiéndole la mano.

-¿Por qué siempre tiene que doler tanto?-gritó ella furiosa- ¡Usted dijo que los siguientes partos serían más fáciles!

-Normalmente es así, Condesa.

-¡Pues este es el cuarto! ¡Tendría que salir caminando!

Steven reprimió una risa y ella lo fulminó con la mirada- Más te vale que el regalo de Navidad sea bueno.

-¿Qué te parece un viaje a Italia?

-Ya era hora, amor.

-Y vamos a por el niño.

FIN